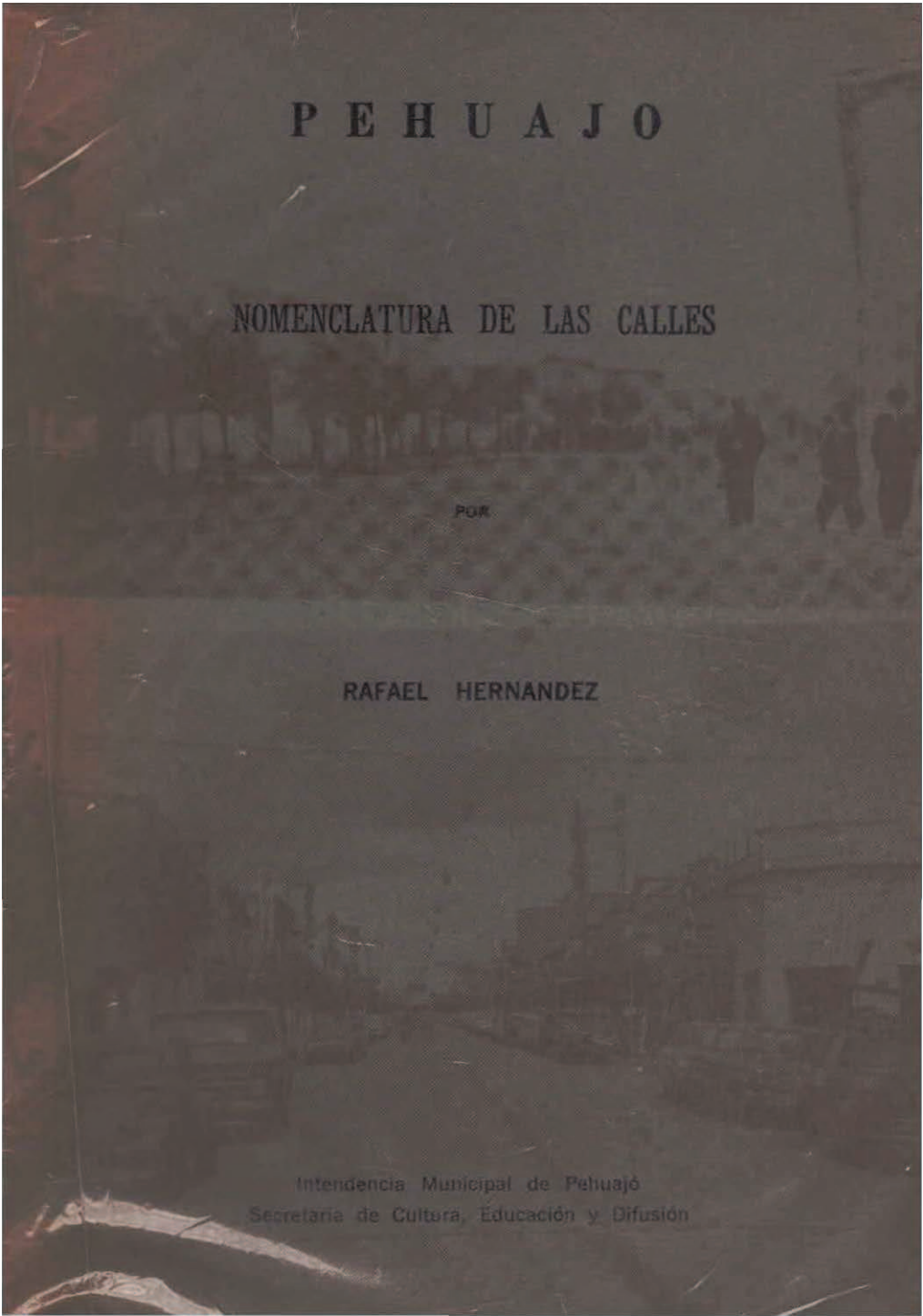




PEHUAJÓ

NOMENCLATURA DE LAS CALLES

POR

RAFAEL HERNANDEZ

Intendencia Municipal de Pehuajó
Secretaría de Cultura, Educación y Difusión

P E H U A J O

60
H

NOMENCLATURA DE LAS CALLES

POR

RAFAEL HERNANDEZ

Intendencia Municipal de Pehuajó
Secretaría de Cultura, Educación y Difusión

PROLOGO

RAFAEL JOSE HERNANDEZ

Esta ciudad de Pehuajó fue fundada por un decreto, por un arado y por un libro. El decreto se debió al gobernador Dardo Rocha; el arado lo empuñaron los colonos de "Las Mellizas" y el libro —que le confiere al hecho fundador una distinción universal— fue escrito por Rafael José Hernández en 1896 y es éste que, por segunda vez y a setenta años de su publicación, vuelve a editar la Municipalidad en homenaje al sesquicentenario de la Independencia Nacional y en el 83º aniversario pehuajense. Homenaje oportuno y señalado por cuanto en sus páginas, como lo fuera consecuentemente en las calles de la ciudad, se rinde, por primera vez en la República, justo y emocionado agradecimiento a los poetas de la Revolución de Mayo.

De la motivación del libro es redundante hablar porque está claramente expuesta en él. Digamos, sí, que es una de las primeras historias literarias argentinas con antología, rara para nuestro tiempo, y que es valioso por sus noticias esclarecedoras sobre autores y obras y, sobre todo, porque en él aparece la primera y más autorizada biografía de José Hernández y la primera evaluación nacional del Martín Fierro, el poema cumbre de nuestra literatura.

Lo que sí se impone es una referencia, aunque breve, a la personalidad de su autor, uno de los prohombres de la civilidad argentina de la segunda mitad del siglo pasado.

Rafael José Hernández nació en Barracas, el 1º de setiembre de 1840, y murió en su casa de la calle Charcas, en Buenos Aires, el 21 de marzo de 1903. Era, pues, seis años menor que su hermano, el autor del poema inmortal.

A los doce años quedó huérfano de padre y madre, por lo que se educó y se hizo hombre al amparo paternal de José, que hará referencia en su poema al amor fraterno, a la mutua devoción que los unió permanentemente llevándolos a una identificación total de acción y de ideario nacionales:

*"me han contaó que el mayor
nunca dejaba a su hermano."*

Cursó estudios en el Colegio Republicano Federal de Buenos Aires y pasó luego a la Universidad, de cuya Facultad de Ingeniería egresó como Agrimensor Nacional.

Comenzó entonces su activa existencia empresaria en favor del progreso del país, destacándose, aún ante nuestros días, por sus visionarias y patrióticas concepciones y realizaciones, al extremo de que podemos decir que el genio creador de José se duplica en este hermano menor que escribe poemas fundamentales con el idioma épico de las cosas. Porque él lleva a la práctica su Martín Fierro fundando pueblos y colonias agrícolas en varias provincias, como Bolívar y Nueva Plata en la de Buenos Aires; levantando y fomentando, en todos los rumbos del país, industrias para la materia prima nacional; demostrando en la legislatura porteña, con su temida oratoria formidable e

incomprendida por lo visionario de los conceptos, cuál era la ruta segura y verdadera que debía seguir la civilización nacional; creando el Club Industrial de Buenos Aires y una de las primeras compañías de seguros: "La Previsora"; logrando reformar la justicia en lo criminal que era una oprobiosa justicia criminal; guerreando como abanderado en Cepeda y en Pavón y defendiendo la libertad de los pueblos americanos, hasta el último momento, en Paysandú; fundando en 1889 la Universidad de La Plata (de cuya Facultad de Agronomía fue el primer decano ad honorem), quince años después nacionalizada por el doctor Joaquín V. González; desbaratando maniobras de los trusts extranjeros con las arpilleras y los hilos para las cosechas; publicando constantes notas esclarecedoras en los diarios, escribiendo folletos y libros valiosos para la argentinidad; oponiéndose a la venta —al regalo, como él lo demostró— del primer ferrocarril argentino, el del Oeste, a los ingleses, porque daba excelentes ganancias con poca tarifa, triplicada enseguida por los compradores; demostrando, en 1877, que con la considerada plaga del cardo se podía fabricar el envase para los cereales, de la misma manera como con el cemento nacional se podía construir puertos y caminos sin el oneroso "portland" importado de Inglaterra; abogando, en 1890, por la justicia social, por la pensión, por la jubilación, por el aguinaldo.

Como escritor, se deben a Rafael Hernández los siguientes trabajos, demostrativos de su versátil y sólida cultura y de su magistral manejo del idioma: "Cartas Misioneras", "Historia de un peso", "Quince años de historia contemporánea", "Justicia Criminal", "Materialismo y Espiritualismo", "Cartilla Taquigráfica", "El Catastro", "Transmisión Telegráfica", "En barro inglés diez millones", "Irrigación de la provincia con las aguas del Riachuelo", "El 25 de mayo", "Sufragio Calificado", "Patria y Caridad", "Pozos semisurgentes", "Mi perra Filis", "El Mus", "Armonías Industriales".

Cuando en 1896, para orgullo histórico de nuestra ciudad —en la que el propio José iba a radicarse como colono y que le debe a Rafael, según constancia parlamentaria, el hecho definitivo de su fundación— siendo presidente de nuestro Concejo Deliberante se lo comisiona para redactar un proyecto de ordenanza que impusiera nombres a las calles flamantes, el proyecto se convierte en este libro, cuya primera edición comunal se perdió o se destruyó en su casi totalidad. De aquí la necesidad de esta reedición, que satisface un largo reclamo.

A través de la disposición de las autoridades municipales y en oportunidad del Primer Festival Nacional del Folklore Pampeano que la Comisión Hernandiana de Pehuajó, organiza en homenaje a las veneradas memorias patrióticas de José y Rafael Hernández, es con justificada satisfacción que la comunidad pehuajense de hoy entrega esta segunda edición como un valioso aporte para la investigación especializada y para la historia cultural del país.

Pehuajó, 10 de noviembre de 1967.

DISCURSO

EL PRESIDENTE DEL CONCEJO DELIBERANTE

A LOS

ALUMNOS DEL DISTRITO

La Municipalidad de Pehuajó, al disponerse a fijar la nomenclatura de sus calles, ha querido perpetuar los nombres de algunos Argentinos, cultores de las bellas letras, que brillaron y permanecen como estrellas resplandecientes en el cielo augusto de la Patria.

No es un capricho extravagante, sino la modestísima iniciativa de homenaje que ya tarda en tributarse, a esos modestos pero eficaces obreros de la nacionalidad Argentina.

Por todas partes vemos repetidos los nombres gloriosos de nuestros héroes y de nuestros estadistas, aunque muchos yacen aun en la soledad sombría ignorados sus grandes méritos, y la imaginación popular, deslumbrada por el resplandor glorioso de nuestras armas triunfadoras, desde la Patagonia al Chimborazo y desde las torres de Santo Domingo hasta el llano de Maipú, no se detiene a contemplar los servicios de esa legión de obreros del pensamiento, que al cantar en clásicas estrofas las hazañas de los héroes, alentaban la esperanza de los pueblos; retemplaban al guerrero en sus desastres; enardecían a los jóvenes lanzándolos a los combates tras sus caudillos legendarios, exaltados por el sentimiento sublime de la patria libre, rebosantes en las mismas aspiraciones y capaces de los mismos heroísmos.

El mundo entero reconoce y no discute el hecho de que la Revolución Francesa, origen de la libertad Universal, no solo es la obra magna de los que la ejecutaron, sino tanto o más, de aquellos grandes genios, filósofos, estadistas, y poetas, que en todas las formas literarias, la engrandecieron en el sentimiento y la prepararon en la acción.

De la misma manera, nuestra Gran Revolución, antes de tocar a rebato el 25 de Mayo de 1810, estaba bien difundida en el ánimo del pueblo por pensadores y poetas, que ya en escritos trascendentales, como en la forma galana y ligera del verso, muy prestigiado en la época, derramaron en el seno del pueblo la semilla fructífera de la libertad que debía florecer en seis Repúblicas.

Desde entonces la poesía tomó entre nosotros un carácter militante: los vates acompañaron a los guerreros; abillantaron y popularizaron sus hazañas; cantaron los triunfos y no ocultaron los reveses; pero sostuvieron el ánimo Argentino en temple varonil, para perseverar y al fin vencer.

Los poetas de la revolución, tienen pues derecho al homenaje póstumo, y los modernos lo tienen también; porque ellos, antorchas del pasado, maestros del presente y profetas del porvenir, forman con su genio la diadema brillante de la Patria.

Al conmemorar sus nombres en las calles de este Pueblo, la Corporación Municipal ha tenido la idea de infiltrar en la juventud que se educa en sus escuelas, un estímulo hacia las bellas letras, que no solamente dan gloria y provecho al que las cultiva con éxito, sino que son base necesaria para todos los ramos del saber humano, y contribuyen poderosamente a la felicidad de las personas como al engrandecimiento de la Nación.

Decretar los nombres sin dar una breve noticia siquiera de cada uno, hubiera sido completamente ineficaz, porque no hay casi elementos para conocerlos y muchos están hasta ignorados; así es que he debido aceptar ¡obligado! la comisión con que me ha favorecido el Concejo, en cuyo nombre os hablo: no porque exceda a las fuerzas,

que sostiene la voluntad, sino porque la majestad del asunto sobrepasa mi preparación y competencia.

Nadie debe buscar aquí un trabajo de archivista, que fuera obra magna ejecutar; ni de crítica, que es inútil esgrimir; solo se trata de una ligera noticia, que debo poner al alcance de los niños, incitándolos a que en adelante dirijan su atención hacia las grandes personalidades cuyos nombres desde hoy señalarán su camino en el terreno, como su ejemplo debe señalarles el rumbo feliz del porvenir!

Muy difícil, ¡imposible! me sería asignar orden jerárquico para cada uno, con relación a su mérito literario, como a su influencia política: tarea es esta que pertenece a otras generaciones; por tanto seguiremos mas bien el orden cronológico en cuanto sea posible, considerando a todos con iguales méritos, pues que dieron cuanto poseían, y tanto vale el cobre de la viuda como el oro del millonario; además, porque ese método sirve para memorizar las páginas de la historia y esto será de alguna utilidad a los que estudian.

Antes de entrar en materia, debo advertir que no existen biografías ni datos compilados, respecto a la mayor parte de estos personajes, pues el único que ha tratado de formar una galería que viene a prestar gran concurso, fue el Dr. Juan M^a Gutiérrez, en un libro "Apuntes Biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado, etc.", editado en 1868, y es limitado su número.

También se ocupa de esta interesante materia nuestro laborioso compatriota el Dr. Arturo Reynal O'Connor, una de las inteligencias mejor preparadas y que seguramente dotará al país de trabajos interesantes.

Hubieran podido ocupar un sitio en este cuadro, varios distinguidos sacerdotes, como el Dean Funes, Maziél, Molina, Castañeda y algún otro, pero no faltará oportunidad de estudiarlos y merecidamente honrados a los unos, habiéndolo sido con justicia en distintas oportunidades ya los otros.

La nomenclatura de las calles en esta forma, es una necesidad que se hace sentir, por el desarrollo rápido del comercio y las exigencias de una población de tres mil habitantes, esparcida en 25 calles, con 6 escuelas públicas en el Municipio, donde se educan como 500 alumnos, en mayoría hijos de extranjeros, que no pueden suministrarles noticia alguna respecto a los hombres y a los hechos de la Nacionalidad Argentina, haciéndolo en la medida de sus fuerzas con la propia.

Ellos os enseñarán a amar y respetar su patria: enseñadles vosotros a amar y respetar la nuestra; que por esta senda se llegará a la unificación de las naciones realizándose la idea Masónica de la Fraternidad Universal.

Solo me resta deciros que: así como lo primero que conviene estudiar en las escuelas, es la geografía, el idioma, la historia, y la naturaleza del suelo nacional; porque aquí hay que vivir, aquí hay que comerciar, aquí hay que templar nuestro espíritu para la lucha en la vida; aquí están nuestras afecciones y aquí está nuestra felicidad o desgracia, nuestra fortuna o miseria —pues por las mismas razones hay que conocer nuestros literatos, y nuestra literatura, que es la palpitación más reflexible de la vida nacional.

Con esto, vendremos a sellar la reacción de la vieja escuela que nos educaba eruditos y envidiosos de todo lo extranjero, manteniéndonos ignorantes de nuestra historia, nuestra geografía, nuestra espléndida naturaleza y hasta de los ingenios que han ilustrado nuestras letras.

Procurado ¡Oh jóvenes estudiosos! procurad con afán, adquirir y leer esos libros; en ellos encontraréis novedades que sorprenden, bellezas que deleitan, sabiduría que ilumina, patriotismo que exalta, y un conjunto armónico de grandezas naturales y de moral activa, capaz de levantar serena y pensadora, vuestra frente orgullosa de llamaros ARGENTINOS!

CALLE LAVARDEN

El Doctor Juan Manuel de Lavarden nació en Buenos Aires en 1725, de distinguida familia española. Algunos escriben el apellido *Labarden*, pero hay motivo para suponerlo rama del famoso mariscal *Lavardin*, que acompañaba en su carroza al buen Rey Enrique IV cuando fue asesinado por Ravallac en París en 1610; o bien del embajador *Lavardin*, que tan grave conflicto promovió entre Luis XIV y el Papa Inocencio XI. Este nombre se pronuncia en francés *Lavarden*, y tal es la razón que, en mi sentir, prevalece ahora, hasta que algunos documentos revelen la verdad.

Finalmente, ramas de este ilustre origen que he conocido hasta hace pocos años, escribían indistintamente "Lavarden" y "Labarden".

Admiraré a muchos que en personas tan esclarecidas, sea materia de inquirir hasta el nombre, pero debe recordarse que entonces no había imprenta; que la primera que se introdujo fue traída de Córdoba, despojo de los jesuitas expulsados el 3 de Julio de 1767 y con la cual se dotó a la casa de Niños Expósitos en 1780; pero solo imprimía escasos libros de devoción y recién en 1801 se publicó un periódico, "El Telégrafo Mercantil". Así, pues, los documentos como las producciones literarias, circulaban en copias manuscritas —estas últimas casi siempre sin firma de autor. —Esto da también una idea de la labor que reclama la exhumación de tales glorias nacionales, ya que restaurarlas por completo, es imposible.

El señor Lavarden fue graduado en la universidad de Charcas, en la cual recibieron también la misma investidura muchos distinguidos argentinos, entre ellos, el eminente estadista Manuel José García, tronco de la ilustre estirpe que lleva su nombre.

Se trasladó a Buenos Aires, donde contrajo matrimonio y ejerció de abogado. Fue licenciado del Consejo de su Majestad, su Oidor honorario de la Real Audiencia de La Plata, Teniente General, asimilado por ser Auditor de Guerra de la Capitanía General del Río de la Plata y probablemente desempeñó otros empleos.

Por su carácter un tanto despreocupado, en que se transparentaba el republicanismismo de su alma entre la brumosa atmósfera de la colonia, hubo de sostener una verdadera contienda de estado con el procurador síndico Don Manuel de Basavilbaso, que hoy sería ridícula, pues éste le acusaba de haber asistido a la Audiencia sin el bastón de mando y descuidando otros requisitos de la etiqueta.

La contienda se terminó con los años, retratando una faceta de las rancias preocupaciones que dominaban a nuestros dignos progenitores. Debido a la interposición del Capitán General Bucarelli, restableciase la amistad en estos dos personajes.

Sus obras principales, conocidas, son la "Oda al Paraná" y la tragedia en 4 actos titulada *Siripo*, basada en el argumento de la Lucía Miranda, que hallaréis en vuestras lecturas sobre el descubrimiento y población de estos países.

La tradición, armónica con los escasos archivos, nos hace conocer al señor doctor Lavarden como el primer cantor nacional; su personalidad política se desarrolla entre los obstáculos con que el exclusivismo metropolitano alejaba de la escena a los nativos del país, salvándolos la energía de su propio valimiento; en su espíritu cultivado

palpitaba el sentimiento republicano, y sus trabajos, al estilo de los grandes pensadores del siglo XVIII, contribuyeron a preparar el estallido de nuestra emancipación política.

En un discurso pronunciado en 1778, con motivo de un certamen de filosofía, resumiendo conclusiones, se revela el pensador científico, rechazando la escuela dominante que no admitía ánima espiritual en los brutos, "ni aun siquiera inferior a la del hombre", manteniendo por su parte, que: "están dotados de cierta luz de razón y que tal aserto, que parecía una temeridad escolástica, era efecto de una seria contemplación".

La escasez de datos respecto a este personaje, no impide que su nombre sea tradicionalmente recordado con gran respeto y gratitud por todos los hombres ilustrados del país, y no habrá uno solo que no lo declare digno de un verdadero homenaje nacional.

Fue uno de los fundadores de la "Casa de Comedias", rudimento del teatro en una ciudad que, un siglo después, debía contar más de 30 centros donde se ofrecen día y noche toda la variedad de espectáculos que hay en el mundo. Fue también miembro de una Logia Masónica en 1804, época en que estas asociaciones eran perseguidas por Gobiernos y pueblo, pues revestían positiva importancia política y social.

Si el señor Lavarden no es el primero, es ciertamente de los primeros introductores de los carneros merinos en Buenos Aires, hecho que muchos apologistas han atribuido al señor Rivadavia, convirtiéndolo en acaparador de todas las cosas buenas hechas y por hacer en este país, pero que la posteridad se encargará paulatinamente de descartar. Con decir que se le atribuye hasta la fundación de las escuelas ¡al que aprendió a leer en ellas! basta para afirmar este juicio.

El señor Lavarden, convertido en estanciero el año 1794, hizo traer de España 10 carneros y 20 ovejas merinas, que se embarcaron en el puerto de Cádiz en la fragata "Santa Ana".

La constancia de este hecho se ha encontrado en los libros de la casa de comercio de Don Tomás Antonio Romero, en la anotación correspondiente al señor Lavarden, que dice así:

1794 — Diciembre 10—187 ps. y $\frac{1}{2}$ rs. corrientes que han tenido de costo y gastos, diez carneros y veinte ovejas que de su cuenta y riesgo se embarcaron en Cádiz abordo de la fragata "Santa Ana", como consta por menor de su respectiva cuenta.

Recuérdase una anécdota de su época de estudiante que merece referirse, cuando menos por su sabor criollo: Cierta día que se hallaban sentados a la mesa todos los pupilos del colegio, tocole en su plato un hueso de caracú, pero tan escaso de tuétano como de carne. El silencio era general, cuando nuestro estudiante alza en alto aquel hueso y se pone a sonar en él como si fuera una trompeta. El alboroto fue grande: el Bedel se precipita a exigir la reparación de semejante irreverencia y preguntado por qué lo hacía, muy tranquilo contestó:

—Estoy llamando a juicio a ver si se opera el milagro de que la carne se junte a los huesos.

Inquiriendo empeñosamente los datos respecto a la fecha y sitio de su muerte, hasta hoy ignorados, los obtuve al fin del erudito en asuntos nacionales Dr. Carranza, quien me los envió con esta interesante carta, que es el mejor documento de su exactitud:

Mi amigo Hernández:

En un interesante manuscrito histórico que obtuve en Salta —del que es autor el finado teniente coronel D. Manuel José Borije, ayudante que fue del general Güemes— se lee este pasaje: "...D. Juan Manuel de Labarden, falleció en mis brazos, en la Colonia del Sacramento, el 31 de octubre de 1808, día de su llegada de Buenos Aires. Yo me había casado con su hermana Francisca Labarden, el 23 de setiembre de ese año, en Buenos Aires, donde la perdí el 13 de setiembre de 1813 —después de haberme dado tres hijos que murieron muy niños...".

Este dato, va en el Preliminar de mi Epopeya de la Revolución Americana —1810-1825— cuya impresión se termina, como le consta a Ud., y es el que ofrecí a nuestro ilustrado amigo el Dr. Reynal O'Connor, que prepara un trabajo serio sobre aquel poeta al que Juan María Gutiérrez estudiándolo con afán perdida la pista de sus postrimerías, lo hace vivo más allá de 1812...

Contribuyó pues con esta primicia, al éxito de sus patrióticas investigaciones — y dejando satisfecho su deseo, me repito su adicto amigo—

ANGEL JUSTINIANO CARRANZA.

S. c. Paraguay, 1465—31-X-96.

CAYETANO RODRIGUEZ

He aquí uno de los sacerdotes más distinguidos por sus virtudes, su ilustración y su patriotismo.

Nació en esta Provincia, en San Pedro, entre 1759 a 1761 y tomó el hábito de San Francisco en 1777, ordenándose sacerdote a la temprana edad de 22 años.

En los primeros momentos de la revolución de Mayo, se distinguió como patriota, escribiendo en muchos periódicos, manifiestos y canciones patrias que se cantaban por el pueblo, y proclamando los principios de la libertad de América: como orador sagrado desde la cátedra, y como patriota en todas las formas de su actividad y talento; lo cual le valió ser nombrado Diputado al Congreso de Tucumán, cuyas actas él redactó y finalmente firmó, y es probable que redactase también el acta final de nuestra Independencia, el 7 de Julio de 1816.

Fue profesor de filosofía y teología en la Universidad de Córdoba, lector Provincial Jubilado, examinador sinodal de los Obispos de Buenos Aires, Córdoba, Paraguay y Concepción de Chile, lo que bastaría para probar el alto concepto en que eran tenidos sus conocimientos teológicos por los contemporáneos del gremio. A raíz de la resolución de Mayo, fue designado junto con D. Saturnino Segurola, para desempeñar el cargo de Bibliotecario, por elección que hizo de su persona el ilustre Moreno, promotor fundador y protector de esa institución.

Las auras del majestuoso Paraná, que mecieron su cuna; los pintorescos cuadros de la paradisíaca región que se extiende desde las altas Barranqueras hasta donde la vista alcanza, despejaron en el joven clérigo el numen poético que desarrolló en composiciones devotas, mundanas y patrióticas.

De este género es muy recomendable la canción encomiástica que escribió a nombre de "La Municipalidad de Buenos Aires dedicada al General D. José de San Martín" la cual se halla en *La Lira Argentina*, pág. 153 edición 1824. En el mismo libro se encuentran: la "Oda, al 25 de Mayo de 1813" pág. 62 "Oda, a la acción del 13 de diciembre de 1813" pág. 72, "Oda a la heroica Victoria de los Andes, en Chacabuco" pág. 37 y "El Triunfo de Maypu" pag. 180. Cito las páginas en que están, porque la gran mayoría de las composiciones que forman ese tomo, base del Parnaso Argentino, no llevan firma al pie y solo el trabajo metódico y laboriosísimo de nuestros ilustrados bibliófilos, ha podido descubrir a través de los tiempos sus legítimos autores. —En este caso debo agradecimiento al señor Teniente General Mitre y al Dr. Angel J. Carranza, por haberme favorecido con sus preciosos datos, para conocer muchos de los autores que constituyen este importante libro.

Excusado es decir que sus composiciones del género profano son tan límpidas cual corresponde a su delicado carácter, y como muestra, hela aquí:

A UNA MOZA PINTORA

*Eres, Pepa, en pintar tan gran maestra
Que Apeles envidiara tus pinturas:
Tan aplicada al arte, que si duras,
Podrás salir con él a la palestra.
Pintas con la derecha y la siniestra,
Pintas a buena luz, pintas a oscuras,
También durmiendo pintas, si me apuras
Tan hábil eres y en pintar tan diestra
Oh! Joven singular! Por Dios, enseña
Esa tu habilidad encantadora
A tanta joven que en pintar se empeña.
Y para que te busquen, pon desde ahora
En la puerta este aviso y contraseña
"Aquí vive Josefa la pintora."*

Era este buen sacerdote, persona de muy estimables prendas en sociedad, particularmente apreciable por su erudición como por su genio, y la Patria que tanto amó, no olvidará jamás la memoria de este hijo, pues "en él se reunían los mejores talentos a una vida llena de probidad", como lo decía "El Argos" de 23 de Enero de 1823 —con motivo de su fallecimiento ocurrido el día 21 del mismo, en Buenos Aires, a los 62 años de su brillante y benéfica existencia.

¡Sacerdotes argentinos! rememorad el nombre y procurad imitar las virtudes de FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ!

CALLE RIVAROLA

El Doctor Pantaleón Rivarola es uno de aquellos miembros conspicuos del alto clero Argentino, que tanto lustre ha dado a la religión y tan inestimables servicios ha rendido a la Patria. Forman verdadera falange en nuestra historia: Gregorio Fúnes, Baltasar Maziol, Pantaleón Rivarola, Agustín Molina, Cayetano J. Rodríguez, Francisco Castañeda, Manuel Alberti, Julián Segundo de Agüero, Saturnino Se-

gurola, Juan Francisco Martínez, Valentín Gómez, Pedro Zenteno, José Manuel Pérez, José E. Colombres, Manuel Calixto del Corro, Luis José Chorrarín, Antonio Sáenz, Domingo Victorino Achega, Diego Estanislao Zavaleta, Mamerto Esquiú y un centenar más de ilustres sacerdotes, cuyo espíritu levantado ha impreso un sello de liberalismo nacional a la religión dominante en el Plata, totalmente distinto de otros países donde el clero católico ha sido siempre el apoyo más firme de los déspotas, y el que ha consagrado la autocracia por derecho divino en la conciencia de los pueblos a su influjo sometidos: como el Ecuador en nuestros días, República consagrada oficialmente, por sanción del congreso, "al Corazón de Jesús" y sin embargo, gobernada por un sistema de azotamientos, cadalsos y deportaciones que poco envidian a la denodada Cuba.

El padre Rivarola asistió como capellán del Regimiento *Fijo*, en las dos invasiones inglesas, siendo actor diligente en aquellos hechos memorables, donde por primera vez ensayaron sus facultades como guerreros los hijos de esta tierra, avasallados por la dominación Peninsular. El ensayo fue bastante feliz y fecundo, pues produjo una revelación de fuerzas que no tardaron en dirigirse contra la opresión secular, sobre cuyas ruinas sangrientas levantaron el trono de la libertad en seis Repúblicas.

Tocole al Dr. Rivarola cantar en dos hermosos ramones "La gloriosa Reconquista de 1806" y la "Gloriosa Defensa de 1807" y de tal circunstancia podemos inferir a su favor el título de primer poeta patrio.

Pues si es verdad que otros inspirados, cantaron las bellezas de nuestro país y las glorias de su conquista, sobresaliendo entre todos el poema histórico de gran aliento "La Argentina" en 27 cantos de octavas reales y 396 pág. con 78 notas, por el arcediano Don Martín del Barco y Centenera, publicado en Lisboa el año 601 (de que poseo con grande estima un ejemplar), el hecho es que el criollo genuino, el guerrero nativo, el hijo de la República, se presentó recién en liza, mezclado con los valerosos españoles, al rechazar la dominación Inglesa.

Por esto los cantos de Rivarola son la primera nota poética de nuestras glorias bélicas.

El tono de estos romances es algo desaliñado y a veces vulgar, pero él mismo nos explica que quiso hacerlo así, para familiarizarlo con el pueblo y "que fuesen cantables para los labradores, para los artesanos, para las mujeres en los campos, en los talleres, y hasta en las plazas públicas".

Deseando ofrecer una idea de estos trabajos, ambos escritos en el mismo metro, transcribiremos la introducción del primero:

1 8 0 6

*Santísima Trinidad,
Una indivisible esencia,
Desatad mi torpe labio
Y purificad mi lengua,
Para que al son de mi lira
Y sus mal templadas cuerdas,
El hecho más prodigioso
Referir y cantar pueda
Ea escuchadme, señores,
Que la relación comienza.
La muy noble y leal ciudad*

De Buenos Aires (qué pena!)
Por un imprevisto acaso
O por una suerte adversa
Del arrogante britano
Se lloraba prisionera
Sin que lograra romper
Las fuertes duras cadenas
Que hacían toda la gloria
De las lúgubres banderas

Es oportuno recordar que este romance fue mandado recoger por el Cabildo, a causa de que en su relato no se hacía mención de los hechos que en esta gloriosa jornada había producido.

Mis excursiones en los archivos, como la investigación de todos los autores que de estas cosas han tratado, fueron ineficaces para averiguar las fechas de su nacimiento y su muerte, ocurrida en Buenos Aires, obteniendo solo la reiterada constancia de su reputación confirmada como sacerdote sabio, virtuoso, esclarecido patriota, e inspirado poeta digno de conmemoración.

CALLE ROJAS

Esforzado guerrero, poeta levantado, ciudadano distinguido, el Coronel Don Juan Ramón Rojas nació en Buenos Aires en 1784; hizo sus estudios en el Colegio de San Carlos y siguió el curso de filosofía en la cátedra de Don Valentín Gómez, de 1799 a 1801.

Esgrimió sus primeras armas como soldado, cuando las invasiones de los ingleses, y como poeta, describiendo en verso la heroicidad del pueblo en la reconquista.

Asistió como oficial de artillería a la campaña de Montevideo de 1812 a 1814; perteneció al Estado Mayor del Ejército de las *Provincias Unidas del Río de la Plata* en 1818 y ya se hizo conocer por su amor a las letras y su especial inclinación a la poesía, ejercitando sus preciosas facultades en los asuntos que llenaban por completo el corazón de los americanos en la época de nuestra epopeya nacional.

Con motivo de la apertura de la famosa SOCIEDAD PATRIÓTICA, en 1812, de la que era miembro, compuso una Oda, rebotante de entusiasmo y fe en el porvenir, redondeando la idea en este final:

Execración, al pérfido egoísta,
Que ve espectador frío
La causa augusta, emanación del cielo:
No hay profanar, liberticida impío,
El país, que así degrada; y el que exista
O el plan sostenga, o abandone el suelo:
Y el vil, el enervado
Vaya entre esclavos, muera encadenado,
Y tú, del sabio inspiración fecunda,
Academia sublime
De la virtud, de América esperanza
Muy más que un sello, la igualdad imprime;
Derrama ese torrente; el libre funda
Su prez en tí, no burles su confianza.
Salve, fausto instituto,
Gózate, Madre Patria: este es tu fruto.

El año 13 fue promovido a Comandante del escuadrón Granaderos a Caballo, puesto en el cual se distinguió brillantemente en nuestra desastrosa retirada de Sipe-Sipe.

Perteneciendo Rojas a la falange inmortal de pensadores, que aspiraban a engrandecer la patria perfeccionando al pueblo por la difusión de la ciencia y de las letras, fundó en 1814 la "Sociedad del buen gusto del Teatro" y perteneció a otras asociaciones literarias.

Conviene tener presente estos datos, para los que creen que eran semi-salvajes los próceres de nuestra emancipación, y que recién en tiempo de Rivadavia se fundaron las escuelas —cuando en realidad no sólo había en Buenos Aires escuelas, sino Universidades, asociaciones científicas y literarias y grande amor a la sabiduría. Rojas se distinguió como soldado valiente y pundonoroso, en las primeras campañas de la Independencia y sus inspirados cantos a nuestras glorias guerreras, enardecieron muchas veces a sus compatriotas, siendo uno de los primeros que escribió la "Oda" "A las provincias del Interior, oprimidas". Adviértase que se refiere a las Provincias del Virreinato incluyendo a Bolivia, además de las provincias hermanas que se constituyeron después.

Sus composiciones se publicaron en periódicos, hojas sueltas y cuadernos, que circulaban con grande aceptación.

En *La Lira Argentina* se hallan algunas.

Su muerte ocurrió de una manera trágica, durante la navegación de Montevideo a Buenos Aires, el 9 de Setiembre de 1824, en el "Banco Ortiz", por naufragio del paquete "Mosca", buque de vela que hacía el servicio en esa carrera y desapareció durante una tempestad, arrastrando 20 personas al fondo de las aguas.

Tan triste fin, nos hace recordar a Luca, pereciendo con su lira entre las ondas de nuestro Estuario; al famoso ingeniero Don Angel de Monasterio, su digno jefe y maestro en el arte de construir armas, que murió de igual manera; al bardo peruano Manuel Nicolás Corpancho, terminando en pleno Océano en el incendio del Vapor "Mexican", como a Felipe Larrazábal, panegirista de Bolívar, y como Lafinur músico y poeta, y en fin tantos otros a quienes pueden aplicarse estos bellos versos del vate Colombiano I. T. Caro:

*¡Oh, morir en el mar ¡morir terrible y solemne,
Digno del hombre! Por tumba el abismo, el cielo por palio,
Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla;
Que eche encima el mar sus olas—y el tiempo sus años!*

CALLE LUCA

Don Esteban de Luca y Patrón es uno de los obreros más modestos y más útiles de nuestra emancipación nacional.

Criollo, en la legítima acepción de la palabra, era su padre de origen italiano, desposado aquí con Doña Juana Patron, de patriótica prosapia, y pariente inmediato del médico notable J. Antomarchi que acompañó a Napoleón en Santa Elena.

Nació Luca en Buenos Aires el 2 de Agosto de 1786. Alumno del famoso Colegio de San Carlos, que tantos argentinos ilustres preparó en sus claustros, en él fue graduado a los 21 años de edad, siendo sus

condiscípulos Don Tomás Guido, Manuel Dorrego, Patricio Lynch, Sebastián Lezica y otros.

En las dos invasiones inglesas de 1806 y 1807, tomó las armas como abanderado del batallón de Patricios; y lo hallamos en 1810, capitán del Regimiento de América.

Los entusiasmos de la revolución de Mayo exaltaron su numen poético y publicó los primeros cantos convocando a los hijos de América:

*La América toda
Se conmueve al fin,
y a sus caros hijos
Convoca a la lid;
A la lid tremenda
Que va a destruir,
A cuantos tiranos
La osan oprimir.*

Una de las primeras medidas del Gobierno patrio, fue fundar una escuela de Ingeniería militar que confió al famoso ingeniero Don Angel de Monasterio y a ella se incorporó de Luca, llegando a dirigir la primera fábrica nacional de armas, fundiendo en ella cañones y morteros; fabricándose fusiles y hasta diez mil pares de herraduras para las mulas del ejército de los Andes.

Escribió un informe facultativo sobre la maleabilidad del hierro meteórico del Chaco; hizo pistolas de arzon con rejas de ventana y maderas del país y fabricó una docena de espadas de caballería como ensayo, cuyo temple y finura competían con las mejores europeas.

Todos estos trabajos le atrajeron los más honrosos testimonios oficiales, científicos, y del pueblo, pues en aquella época, cada arma tenía un valor inapreciable; como que de ellas dependían nuestra libertad y la de todo el continente Americano.

En 1822 formó como fundador en la sociedad literaria, colaborando en "El Argos" y la "Abeja Argentina", cuya aparición fue una novedad, pues nadie creía que hubiese ingenios nativos con preparación bastante para tal esfuerzo intelectual.

Allí sobresale su canto dirigido "Al Pueblo de Buenos Aires", obra maestra de arte poética, de sentimiento patrio, de preparación para el gobierno y de visión clara en el porvenir industrial y rural de nuestro país.

En la "Oda" que compuso a la VICTORIA DE CHACABUCO, canta así:

*¡Oh Patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron;
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.
Las sombras irritadas
De Tucapel, Caupolicán, Lautaro
Dejaron los patriotas hoy vengadas.
Hoy vuestro nombre caro
Llama al hijo de Arauco que la lanza
Tiñe en sangre española en la matanza.*

Escribió en 1818, a nombre de la Secretaría de Estado en el Departamento de Gobierno, un hermoso canto, que es todo un poema,

dedicado a su héroe favorito el General San Martín, desarrollando los principales sucesos de la campaña Chilena y la descripción de la catástrofe que sufrió nuestro ejército en la luctuosa noche de Cancha Rayada: es uno de los trozos más remarcables y dignos de ser conocidos.

Su Oda "Montevideo rendido" es otra de las hermosas piezas de la "Lira Argentina", pág. 41.

En setiembre de 1821 el Gobierno del general Martín Rodríguez, siendo Ministro Rivadavia, y con motivo de la toma de la ciudad de Lima por el vencedor en Chacabuco y Maipú, le encomendó oficialmente que cantase también la destrucción del coloso español en América y la libertad del Perú.

Luca presentó en el término de 15 días su canto lírico "A la libertad de Lima", que es el mejor florón de su corona poética, el cual fue premiado por el Gobierno con un valioso presente que consistía en las obras completas de Ossian, Homero, Virgilio, el Tasso, y Voltaire, en las mejores ediciones, como demostración al mérito y estímulo de las letras argentinas.

Es verdaderamente magistral, solemne, la entrada en este canto, que comienza así:

*No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insano
A doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y orfandad;...*

Todas estas composiciones se hallarán en la "Lira Argentina", libro muy escaso, de que debiera hacerse numerosas reproducciones para servicio de la juventud y honor del país.

Militar, hombre de ciencia, poeta laureado cuyo estro había vibrado en la gama armónica desde el tono épico hasta la endecha amorosa, se iniciaba con éxito en la vía diplomática como secretario del doctor Valentín Gómez, Ministro en el Brasil, cuando a su regreso, el 10 de Marzo de 1824, el bergantín americano "Agenoria" que los conducía, varó en el Banco Inglés, y después de siete días mortales, viendo que el barco se hundía, hicieron una balsa en que se embarcaron algunos para Montevideo, sin duda con idea de requerir auxilios. Luca iba en ella, mas no alcanzó a tocar tierra, mientras que el doctor Gómez, que permaneció a bordo, logró salvarse con el resto de los tripulantes.

La desaparición del ilustre naufrago causó general consternación en Buenos Aires y los argentinos le debemos un monumento más significativo que el que hoy le consagramos, perpetuando su nombre imperecedero en un modesto pueblo de su país natal, al que tan meritorios servicios prestó y del cual es su gloria, verdadero motivo de satisfacción y orgullo.

CALLE GODOY

Don Juan Gualberto Godoy era hijo de la ciudad de Mendoza, donde nació el 12 de Julio de 1793, cursando sus primeras letras en una modesta escuela de mujeres.

Enseñóle a escribir el Sr. Alejo Nazarre, que fue Gobernador a principios de la revolución de Mayo, y tan eficaces resultaron sus lec-

ciones, que llegó a hacerse un calígrafo distinguido, y tuvo oportunidad de ganar su subsistencia con este delicado arte.

Aprendió algo de latín con los Padres Belermitas y con tan corto bagage, en tiempo que los libros escaseaban, merced a su talento y contracción, sin haber conocido las aulas, nutrió su espíritu, iluminó su entendimiento y esparció los fulgores de su ingenio hasta ocupar un puesto distinguido entre los poetas argentinos.

Con saber que el año 1848 desempeñó con brillo el puesto de Director de la Escuela Normal de preceptores en Chile, donde se hallaba migrado, basta para juzgar al hombre superior, por su talento y por su esfuerzo.

Godoy es el tipo que podeis admirar en los inapreciables libros de Samuel Smiles "El Deber", "La Voluntad" y "La Ayuda propia", con cuya traducción ha rendido un verdadero servicio al país nuestro compatriota Edelmiro Mayer, y que os recomiendo leer y aplicar.

Si el hombre es las más veces hijo de las circunstancias y flota en las corrientes de su ignoto destino, arrastrado por fuerzas que provienen del medio social en que le tocó nacer y desarrollarse, no faltan ejemplos luminosos para enseñarnos que el alma fuerte y bien templada, con una voluntad firme, sabe romper las barreras materiales que la circundan, y arrollando dificultades, salvando obstáculos, venciendo todo género de resistencias, elevarse hacia los destinos superiores que les trazan las luces de su genio y los presentimientos de su corazón.

Don Juan Gualberto Godoy es uno de esos espíritus que se levantan con vuelo majestuoso a las esferas de luz, cuyo medio ambiente aspiraron quizás en anteriores existencias.

Sus primeros pasos en la vida, lo llevaron a ser agricultor, y ya manifestó síntomas de su enérgica complexión, procurando hacer vinos por procedimientos fáciles y metódicos, iniciando así la gran industria que constituye hoy la riqueza de su provincia; fue también comerciante y minero, y en medio de tan rudas tareas se perfeccionaba en las letras.

Sus primeros ensayos fueron como simple trovador, escribiendo décimas y composiciones sencillas, de estilo gauchesco, que circulaban los payadores y enamorados del pueblo, y recién a los 25 años, después de su segundo viaje a Buenos Aires, donde estrechó relaciones con el Dr. Lafinur, se resolvió a publicar un periódico *El verdadero amigo del pueblo*, donde aparecieron sus primeras composiciones poéticas. Redactó *El Coracero*, en verso, contra los montoneros, y escribió un opúsculo contra Francisco Corro: diálogo, junto al fogón, en versos de estilo gauchesco.

Posteriormente publicó otras composiciones en que esgrimió con éxito el látigo de la sátira, para combatir los vicios y las arbitrariedades que sublevaban su alma anhelante de justicia y de virtud.

Aunque se mostró siempre adverso al ejercicio de las armas, poseía el valor cívico que ha hecho decir al señor Domingo de Oro, que en aquellos tiempos se necesitaba más valor para obrar como Godoy, que para pelear en los campos de batalla: "En estos se podía sucumbir sin perecer".

No se crea por esto que fuera indolente a las glorias bélicas y al porvenir de su patria, al contrario: sus más hermosas composiciones son de esta índole. He aquí un ejemplo:

A LA BANDERA ARGENTINA

SONETO

*¡Argentinos! Mirad ese estandarte
Que nos abrió a la gloria ancho sendero;
Su vista supo hacer cada guerrero
Más intrépido y bravo que el Dios Marte.
A su encuentro fue el León en cualquier parte
Convertido mil veces en cordero
Y a su sombra forjó el baluarte.
Le visteis en los Andes tremolando,
Y allá en el Ecuador lleno de gloria
A nuestros enemigos aterrando.
Jurad, si le abandona la Victoria
Que la muerte será por él lidiando
El último renglón de vuestra historia.*

Con acertado juicio ha dicho su biógrafo Domingo F. Sarmiento (hijo) que Juan Gualberto Godoy pertenece a esa clase de hombres (a que también pertenecía su digno padre) que saben, sin llevar el sello de maestros; a esas inteligencias cultivadas y despiertas, que no tienen diplomas universitarios, y que jamás se han inscripto en las matrículas de las aulas.

Godoy, nacido al pie de los Volcanes, levanta su alma a la elevada cima y exclama:

*¡En qué tiempo, en cuál día o en qué hora,
No es grandioso, soberbio e imponente,
Altísima, montaña,
Tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
Se refleja en las nieves de tu frente:
Grande, si desde en medio del espacio
El sol las ilumina;
Y magnífico, en fin, si en el ocaso
Tras de la onda salada y cristalina
Su disco refulgente se ha escondido,
Dejando en su alta cumbre
Algún rayo de luz que nos alumbre
Aunque no veamos ya de dó ha partido.*

*.....
.....
Yo veo en esa mole gigantesca
La obra de un Ente Eterno,
Y de la eternidad me da la norma.*

Si algún defecto de arte se nota en esa estrofa desaparece ante la majestad del pensamiento.

*El soplo del Eterno que me anima
Bendice a su Hacedor y agradecido
Se postra en su presencia enmudecido.*

Labrador, minero, industrial, forjose filósofo y científico, culminando su personalidad al fin, por su innata preciosa facultad de poeta. Ejercitó su estro como verdadero apóstol de la idea: combatiendo lo malo, enaltecendo lo bueno, entonando loores a la patria, extasiándose ante las maravillas de la creación, razonando ante las grandezas natu-

rales, moralizando siempre y exaltando al pueblo en sus anhelos de libertad y de gloria.

Soportó persecuciones, destierros y pobreza, y cuando en 1853 fue nombrado Diputado al Congreso, renunció tan alto honor para conservarse en pacífico retiro.

El 16 de mayo de 1864, a los 71 años de edad, falleció en su ciudad nativa, rodeado de la consideración pública, que cuando es legítimamente conquistada, aumenta en razón directa de los tiempos que transcurren.

Sus poesías recopiladas y recientemente publicadas en Buenos Aires por su sobrino Berghmans, forman un hermoso volumen de 442 páginas, cuya lectura enseña, deleita y dignifica.

CALLE LAFINUR

¡LAFINUR! He aquí una de las figuras relevantes de nuestra Nacionalidad naciente. Soldado, filósofo y poeta, resplandeció con luces propias iluminando el horizonte de la patria en sus albores.

Nacido en las cerranías de San Luis a la falda del Cerro Rico, en un pueblecillo del Valle de "la Carolina" el 27 de Enero de 1797, fue educado en las escuelas de la ciudad docta, Córdoba, ingresando al Colegio de Monserrat, donde se hallaba distinguiéndose en las aulas de filosofía, cuando el General D. Manuel Belgrano emprendió su campaña al Norte.

Movido del sentimiento dominante en la juventud, sintiéndose enardecido del fuego sacro, se incorporó a él, asistiendo a la academia de matemáticas que aquel ilustre ciudadano improvisado general, fundó para instrucción de los cadetes de su ejército.

En 4 de Setiembre de 1817 obtuvo su baja con el grado de teniente, asistiendo probablemente a las batallas de Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma como a la derrota de Sipe-Sipe, pues en aquellos tiempos y en aquel ejército no se obtenían galones de ministerio, sino soportando sacrificios y zahumados con la pólvora.

En 22 de Mayo de 1819 fue nombrado Catedrático de filosofía del Colegio de San Carlos, erigido en nuestra Universidad en Agosto de 1821, y en esta Cátedra empieza la lucha legendaria de este adalid del pensamiento y a descollar en el escenario político y social.

Sus doctrinas avanzadas chocaban con el clasicismo dominante, y si la falange estudiosa rodeaba con su simpatía al joven maestro, la escuela retardataria, sostén y resabio de la dominación colonial, no podía menos de sentirse conmovida por la difusión de una enseñanza que arrastraba a la juventud en un orden de ideas reformador y liberal.

Acusósele de ateo y materialista, como a Sócrates de pervertir la juventud; y aunque fue científicamente defendido y demostró él mismo ser verdadero creyente en Dios y en la inmortalidad, tuvo al fin que renunciar su cátedra y en busca de subsistencia trasladarse a Mendoza, donde fundó un Colegio en 1822, que atrajo lo más florido de la juventud a su cátedra de Filosofía.

Nuevas luchas y por iguales causas le esperaban en la Ciudad Andina: *El Amigo del pueblo*, redactado por el dominico Torres, dirigió sobre él todas sus baterías y tuvo que fundar *El Verdadero amigo del país* para repelerlas.

Sin embargo, muy pronto el Cabildo Mendocino dictó un decreto desterrándolo a San Juan; pero él se trasladó a Chile, donde se recibió de abogado; casóse con una señorita de distinguida familia y falleció en 13 de Agosto de 1824, a los 27 años de su fugaz y luminosa existencia.

El destierro de Lafinur y otros sucesos concordantes, revelan la influencia dominadora que el clericalismo ejercía en aquella sociedad y no puedo menor de notar la transformación que han sufrido las ideas en aquella región y en tan corto tiempo, pues entre todas las provincias argentinas, *las cuyanas*, San Luis, San Juan y Mendoza, se distinguen por su tibieza en punto a religión.

Para bosquejar los méritos de Lafinur como filósofo, habría que repetir párrafos enteros del folleto en que el Dr. Arturo Reynal O'Connor ha estudiado y analizado esta personalidad, dejando constancia que "al par de los más fogosos compañeros de su generación, supo sacrificarse por la idea de la independencia, y que su destino de filósofo no le impidió luchar con las legiones godas y derramar su sangre como los guerreros".

Así como la filosofía y la espada fueron para él elementos de combate contra los ejércitos y contra las ideas monárquicas, el estro poético fue también un poderoso ariete para derrumbar las últimas almenas de la dominación colonial, y le conquistaron un puesto distinguido entre los poetas argentinos. Tres composiciones métricas sobresalen en sus obras: "El Canto elegíaco al General Belgrano", "El Canto Fúnebre" y la "Oda a la oración pronunciada por el Dr. Valentín Gómez" en las exequias del héroe, al que profesó siempre entrañable cariño y veneración.

Estas tres composiciones se hallan en la "Lira Argentina" ya citada.

Para tener una idea de la majestad de su estilo, ved la introducción a la primera:

*¿Por qué tiembla el sepulcro y desquiciadas
Sus sempiternas losas, de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo
El angel entregado de la muerte,
Que a la virtud persigue; ella medrosa
Al tûmulo volose para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal a los tiranos: ni la hueste
Repite de la Patria el santo nombre
Decreto de victoria tantas veces.*

En el "Canto Fúnebre" el poeta empieza así:

*¿Adónde alzaste fugitivo el vuelo,
Robándole al mortal infortunado,
Virtud, hija del cielo?
¿Quién tu templo inmaculado
Y tu antorcha apagó?*

El Dr. Juan María Gutiérrez en su grande obra "Enseñanza Pública Superior", nos hace notar que la interrogación es la figura favorita del poeta y juzga LA ODA como una joya de nuestra literatura: *magister dixit*. La batalla de Maypu, la libertad de Lima y otros sucesos patrios, excitaron su inspiración y arrancaron a su lira notas

imperecederas, que vibraban con ecos de clarín en el alma de sus compatriotas.

El Dr. Juan Crisóstomo Lafinur era el tipo esbelto y arrogante del joven puntano, alto, delgado, de hermoso rostro, varonil continente y modales distinguidos que le realzaban en sociedad por su conversación amena y variada, y por su maestría en el arte para tocar el piano, ejecutando de memoria todas las principales composiciones de los grandes maestros. En esta parte era afamado también nuestro gran estadista Dr. D. Juan Bautista Alberdi.

Al colocar esta humilde chapa metálica, que conmemora su nombre, ejecutamos el primer acto de orden público para honrar a uno de los primeros factores de nuestra emancipación, por la idea; pero abriguemos la esperanza de que iniciamos una reparación nacional que se aproxima: muy en breve, su provincia natal, cuna de heroicos guerreros y esclarecidos patriotas, que ha levantado la estatua a Pringles, en su primer centenario, como hará con Pedernera, honrará a Palma y otros, tributará también los homenajes debidos al que en la lucha de la idea no fue menos meritorio que el batallador de la Independencia, el vencido de Pescadores y el héroe de Cepeda(1).

La Nación Argentina se honrará siempre con hijos como LAFINUR.

CALLE VARELA

Con este nombre rememoramos a dos distinguidos patriotas e inspirados poetas: Juan Cruz y Florencio Varela.

Fue su cuna la ciudad de Buenos Aires, donde nació don Juan Cruz el año 1794, y sus padres, observando sus felices disposiciones, lo enviaron a la Universidad de Córdoba a los 16 años de edad.

Allí cursó teología y cánones, que eran las ramas predilectas del saber en aquella época, y apenas graduado en sus estudios, en 1816, fue nombrado Diputado al Congreso General de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Es decir que, al dejar las aulas, se halló incorporado al movimiento político en el alto y delicado rango de Representante de la primera Provincia. Posteriormente, fue nombrado Secretario del Congreso y desempeñó el puesto desde 1826 hasta su disolución.

Activo, inteligente y ardoroso, fue redactor y fundó también varios periódicos políticos y literarios, entre los que se recuerdan: *El Centinela*, el *Mensajero Argentino*, el *Tiempo*, el *Porteño*, el *Granizo* y algún otro.

Como producción literaria, alcanzaron celebridad sus tragedias *Dido* y *Argia*, pero son también de alto merecimiento: el "Canto a

(1) *El Coronel Eusebio Palma era el Jefe del Batallón Nº 1 de Línea del Ejército de la Confederación que, con el programa de INTEGRIDAD NACIONAL, a las órdenes del General Urquiza, triunfó en Cepeda contra los separatistas de Buenos Aires el 23 de Octubre de 1859. En este cuerpo, que adquirió el renombre de BATALLON PALMA, que conserva la memoria popular como modelo de disciplina, valor y perseverancia, figuraban tres oficiales Porteños: Teniente Adolfo Cordero; ayudante José Hernández, y abanderado, el autor de estos apuntes. Permitid el homenaje de este recuerdo a mi querido desafortunado jefe y compañeros.*

los Generales San Martín y Balcarce", la "Oda a los valientes de Maypo", el "Canto a la muerte del general Belgrano", y la "Oda a la Libertad de Lima" en la que hay esta estrofa:

*Solo es dado a los poetas y a los Dioses
Sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
A Enéas y sus hechos conociera?
¿Quién de Priamo triste los atroces
Dolores, y la llama asoladora
De su infeliz ciudad, si no viviera
La musa de Maron? Y sin Homero
Qué fuera ya de Aquiles?...*

También la canción que se cantaba en la escuela de música de los niños: este es el

CORO

*¡BUENOS AIRES! Tu gloria elevemos
En festivos cantares al cielo,
Y de Ocaso a la Aurora en el suelo
Buenos Aires, se escuche sonar.*

Y sobre todos, su famoso canto lírico a la VICTORIA DE ITUZAINGÓ que mereció ser traducido al inglés.

Pertenecen también al mismo autor las ardientes estrofas publicadas en "El Argos" de Buenos Aires, con motivo del saqueo, destrucción e incendio del pueblo de Cangallo, en el Perú, y la matanza impune de 1.000 indígenas, cuya inhumanidad vandálica se cumplió del 29 de Noviembre al 2 de Diciembre de 1820, por el General Ricafort, seguida de otras no menos crueles por el entonces Coronel José Carratalá y con la aprobación explícita del Virrey La Serna, quien en 11 de Enero del 22, mandó por decreto demoler las pocas paredes o casas que restaban, y proscribir para siempre el nombre de CANGALLO.

La amorosa madre España trataba con tal ternura a estos sus hijos, que les arrancaba cantos como el que comienza así:

*¡Venganza eterna! ¡Sin piedad venganza!!!
¡Hijos del sol! ¿qué hacéis? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Iberia...*

Y terminan con la siguiente estrofa:

*¡Cangallo miserable! Pueblo amigo,
Condenado a llenar en nuestra historia
Las páginas de llanto! tu memoria
No pereció contigo;
Ya vengarte juramos;
Vengarte: sí, y a la venganza vamos!*

Las convulsiones políticas que precedieron y prepararon el advenimiento de Rosas al poder, lo arrojaron a Montevideo, donde lo sorprendió la muerte el 24 de Enero de 1839, a los 44 años y algunos meses de su edad, en medio de importantes trabajos literarios que quedaron truncados, entre los que debe mencionarse una traducción de la *Eneida* en colaboración con el no menos insigne latinista Doctor Dalmacio Vélez Sársfield.

El doctor Florencio Varela era hermano menor del precedente, nacido también en Buenos Aires el 23 de Febrero de 1807. Desde muy joven se ejerció en la poesía, pero a los 28 años abandonó la lira para esgrimir sus armas como político y como periodista.

Emigrado en Montevideo por su antagonismo ardiente contra Rosas, fundó el *Comercio del Plata*, diario que adquirió grande importancia, porque no solamente trataba con vehemencia y habilidad las cuestiones políticas, teniendo por colaboradores los más autorizados corifeos del partido Unitario, sino que a la vez discutía las materias económicas, industriales y científicas, con preferencia las que interesaban a la ganadería y la agricultura.

En la noche del 20 de Marzo de 1848, al introducir la llave en la puerta de su casa, calle Misiones y Cerrito cayó mortalmente herido de una puñalada que le asestó el canario Andrés Cabrera, el que inmediatamente se refugió en el campamento del jefe sitiador de la Plaza, General Manuel Oribe de quien dijo con verdad el eximio prosista Tomás Guido, que "alguna vez manchó con sangre inocente su espada de caballero".

Este fue, pues, un crimen político digno de eterna reprobación, que empañó sin ventaja la historia de un partido, abriendo a la víctima las puertas de la inmortalidad.

El doctor Varela, formó parte de la Comisión Argentina en Montevideo cuando el bloqueo Francés y la invasión del General Lavalle a Entre Ríos, firmando con el plenipotenciario Bouchet Martigny el protocolo de 22 de Junio de 1840, en que se declaraba que la hostilidad de Francia no era al pueblo Argentino sino únicamente a Rosas.

Sin embargo, desde 1819 aquel gabinete pretendía convertinos en Monarquía, coronando a Carlos Luis de Borbón, duque de Luca, maniobras en que figuró muy significativamente don Bernardino Rivadavia, como decidido sostenedor del sistema monárquico sustituido después por la forma Unitaria, que es la que más se le aproxima.

El tiempo se ha encargado de confirmar que:

En todo el continente Americano

El Francés, ni el Inglés, ni el Castellano

Su mano asentaré

Mitre.

Desempeñó una importante misión en París, relacionada con los asuntos del Plata, mereciendo especial acogida por Monsieur Thiers, primer Ministro de Francia.

Es bueno sepan nuestros jóvenes y los que al país se incorporan, que las preciosas libertades de que disfrutaban las han conquistado con hazañas y perseverancia nuestros padres; no solamente sacudiendo el despotismo Español en toda la América, sino desbaratando intrigas palaciegas y venciendo brazo a brazo a los Ingleses, a los Portugueses, a los Brasileños y también a los Franceses. Las más cruentas lides, las más acerbas represalias, han mediado entre nosotros mismos, durante la penosa tarea de reorganizar en pocos años con los más adelantados principios del mundo moderno, con bases imperecederas de civilización y libertad—una Nación arrancada al despotismo metropolitano por su esfuerzo propio; minada por vicios de un coloniaje decrepito y las tendencias de multitudes heterogéneas que sin ninguna preparación análoga, actúan en nuestro desenvolvimiento político y social.

El Martirologio Argentino, es demasiado extenso para no demostrar con elocuencia sublime, cuánto patriotismo, cuánta abnega-

ción, cuánta inteligencia y cuántas virtudes, se han sacrificado en los altares de la libertad que alcanzamos, imponiéndonos el deber permanentemente de custodiarla!

Apresuremos el día fausto en que nuestra justicia se administre por los jurados que la Constitución ordena, en que se establezca el voto calificado, y entonces podremos decir a los que piensan que hay otros países mejores y más libres que la Argentina: —¡NO LO CREAN!

JUAN MARIA GUTIERREZ

La Biografía completa de este ciudadano y el catálogo analítico de sus obras, ocuparían un libro: tan activa, múltiple y fecunda ha sido su existencia!

Agrimensor, periodista, poeta, filólogo, estadista, educacionista, crítico, orador, compilador: ciencias y artes, desde el logaritmo hasta el madrigal, desde las fortificaciones hasta las modas, a todo ha tocado; en todo fue maestro; en todo ha sobresalido tanto, como en su patriotismo acrisolado y su prodigiosa dedicación al trabajo.

Nacido en Buenos Aires el 6 de Mayo de 1809 —año fecundo en celebridades patricias, próxima la hora de su misión providencial— fueron sus padres: D. José Matías Gutiérrez, de origen español, que a sus títulos de muy ilustrado y prudente consejero reunía una probidad acrisolada y esforzados servicios en las dos sangrientas resistencias a la invasión Británica, —y Da. Concepción Granados de Chiclana; nobilísima estirpe de la Nueva Patria!

Estudió Matemáticas y se hizo Agrimensor en la Universidad; su primer trabajo del género fue en 1836 formando parte de la comisión que el 6 de Enero midió el ancho de la nave central de nuestra iglesia Metropolitana, para la conservación del patrón lineal (la vara castellana) que ha regido hasta hace pocos años.

El primero, en el orden literario, fue en 1837, una disertación sobre la "Fisonomía del saber Español", leída en el salón de lectura de D. Marcos Sastre, punto de reunión de los miembros de la Asociación de Mayo, que pronto atrajo las ojerizas de Rosas, obligándole después de 3 meses de prisión a emigrar a Montevideo en 1839, donde colaboró en el *Iniciador*, fundado por personajes argentinos emigrados; tomó parte en la redacción del periódico "Muera Rosas", cuyo título dice su programa, y fundó con Rivera Indarte *El Talismán*, periódico de modas, literatura, teatro y costumbres, que se publicó en 1840.

Fue laureado en 1841, en el primer certamen poético Americano, que se celebró en aquella ciudad para solemnizar las fiestas Mayas, y desde este punto es ya imposible seguir en toda su extensión este raudal inmenso que se derrama en todo el Plata y asciende por el Pacífico hasta el Ecuador; ya murmurando cual manso arroyuelo entre los verjeles de la poesía lírica; ya entonando la trompa bélica en la "Oda a Mayo", ya atacando la tiranía en sus baluartes, ya difundiendo conocimientos científicos, formando asociaciones, planteando institutos, dictando cátedras y esparciendo por todas partes el limo fecundo de su sabiduría, su patriotismo y sus virtudes.

En 1843 partió a Europa y visitó la Italia, Francia, España y Suiza para fijarse al fin en Valparaíso, ejerciendo como Lincoln en Sagamon la fatigosa profesión de Agrimensor.

Allí dio vuelo a sus inclinaciones literarias y a sus conocimientos matemáticos, que aprovechados por el Gobierno, fundó y dirigió la Escuela Naval, a bordo de la fragata CHILE.

Por este hecho, si nuestros vecinos de allende los Andes nos deben, con la libertad de que gozan, la iniciación de sus ejércitos y las glorias de sus primeros triunfos en tierra, nos deben también, y bueno es saberlo, por Godoy, su Escuela Normal, por Vera Pintado su Himno Patrio, hoy sustituido, y por Juan María Gutiérrez, el nacimiento y los albores de esa marina de guerra que tanto cacarean, sin acordarse que, solo, el *Huascar* peruano, la hizo muchas veces *cacarear*.

En 1846 publicó la "América Poética", el "Lector Americano" y muchas otras, considerándose su obra monumental "La Enseñanza Superior en Buenos Aires", que abarca un período de 1767 a 1829, trabajo laborioso y de grande aliento.

Hallábase en el Perú a la caída de Rosas y vino a Buenos Aires donde se declaró adicto al General Urquiza y fue uno de los pocos unitarios que permanecieron fieles al vencedor en Caseros.

Formó parte de la Convención Constituyente que dictó la actual Constitución Federal en 1853 (reformada en parte) y participó como Ministro de Relaciones Exteriores del primer Gobierno Federal en el Paraná.

Quizá esa preocupación vulgar que inclina a las gentes a creer que la sabiduría se adquiere con el Doctorado, ha hecho que el señor Gutiérrez, como Sastre, como Rivadavia y otros, fuera generalmente titulado *doctor*, sin serlo en la acepción universitaria.

Aunque dista mucho de ser completa la Biografía publicada por el erudito D. Antonio Zinny, es lo bastante para producir la admiración a nuestro personaje, que en su trayectoria de 42 años por el Plata ha sido sucesivamente: Miembro del Departamento Topográfico de Buenos Aires, Del Instituto Histórico de Montevideo, Director Fundador de la Escuela Naval de Chile, Miembro del Instituto Geográfico del Río de la Plata, fundador del Colegio de Abogados en Buenos Aires, Diputado dos veces, Ministro, Constituyente, Plenipotenciario, con el Brasil y la Cerdeña, Rector de la Universidad, fundador de nuestra escuela de ingeniería, Presidente de la Comisión para la Exposición Universal en París, Jefe del Departamento General de Escuelas, Colaborador del Diccionario Universal Castellano, Primer Decano de nuestra Facultad de Ingeniería y miembro protector y corresponsal de numerosos institutos nacionales y extranjeros, habiendo dejado en todos alguna prenda de su laboriosidad y sus talentos.

Su muerte, el 26 de Febrero de 1878, fue un duelo público. Jamás se ha visto mayor concurrencia de pueblo, de Gobiernos, de legislaturas, de institutos y sociedades, ni más numerosos oradores, ni más sentidos discursos de los que dieron a Gutiérrez la última despedida hacia la inmortalidad.

Muchos nombres de argentinos y americanos estimabilísimos hubieran quedado ignorados, sin los eruditos trabajos de nuestro compatriota, que los ha exhumado del polvo de los archivos para transmitirlos gloriosos a las generaciones venideras en sus "Rasgos Biográficos, de estadistas, oradores y hombres de letras americanos", obra interesante de que no se encuentra siquiera un ejemplar.

¡El que ha honrado a tantos, bien merece los honores de la posteridad!

CALLE ECHEVERRÍA

Puede decirse que el señor Esteban Echeverría es el poeta de más característico molde argentino, y su reputación se ha extendido por todos los países del habla española, honrando a la tierra de su nacimiento con las galas de su ingenio.

Nacido en Buenos Aires en 1809, según Cortés, escribió su primer poema *Elvira* o *La novia del Plata*, composición en que muestra ya la tendencia melancólica del joven poeta. Este poema apareció en 1832, y dos años después le siguió un tomo de poesías fugitivas titulado *Consuelos*, porque dice, que esas fugaces melodías de su lira fueron el único alivio a su alma en una época de amargura. Después publicó las *Rimas*, libro que gozó de gran favor, y los poemas *La Guitarra*, *Ave-llaneda*, *La insurrección del Sud*, *El Angel Caído*, que llena solo un tomo de 540 páginas, y por encima de todos, destacándose con la esbeltez altiva y melancólica de la palmera tropical, el precioso poema *La Cautiva*, que fue reproducido en numerosas ediciones, en tiempos que no se agotaba ninguna. ¡Qué poema! No hay nada más genuinamente americano: el gaucho, el indio, la Pampa, el pajonal, el malón, el incendio, el combate a lanza seca entre Chañil y Brian, el heroísmo de María, la muerte del héroe, ¡oh! todo está pintado con belleza encantadora, con rasgos que se graban en la mente de tal modo, que mil veces me han alejado horas de pesadumbre y hastío, repitiéndolos al acompasado galope del caballo, en las soledades del desierto, como en la solemne espesura de los bosques, y no me es posible olvidarlos aunque hace 45 años que los aprendí. ¡Considerad si querría reproducirlos todos y si me cansaré en recomendaros su lectura!

La primera edición de las obras coleccionadas, se hizo en 1870 a 73, por el Dr. Gutiérrez, en cuatro volúmenes, imprenta Casavalle, pero han sido nuevamente reimpresas en 1885, bajo la dirección del distinguido poeta Rafael Obligado, con un prólogo digno del eminente autor, como del inspirado vate que rinde al país un valioso servicio.

Antes de considerar a Echeverría como poeta, debe considerársele como político y como filósofo, pues no es del corte de aquellos que agotan su númen en trivialidades propias de música callejera. Echeverría es todo un hombre de estado, un batallador y un sociólogo que penetra en las profundidades del alma y de la vida, iluminando sus misteriosos arcanos con las luces de su genio: ved su *Himno al dolor*... *Al Corazón*... y tantas otras.

Ahí está, en el último tomo, su *Dogma socialista*, dedicado a los mártires de la libertad, en que después de estudiar el movimiento intelectual del Plata desde el año 37, entre anatemas a la dominación de Rosas, formula máximas fundamentales para un democracia progresista: *Todo para el pueblo y por la razón del pueblo* es el principio sobre el cual, dirigiendo la acción primitiva del sufragio popular al centro Municipal, se elevara hasta la Representación política, concediendo solamente a la propiedad el derecho de constituir las legislaturas.

Esto es mucho más de lo que pretendíamos en la constituyente de 1889, los que abogamos por el voto calificado en favor de los que supieran leer y escribir, para suprimir el escándalo llamado *sufragio universal*, que solo sirve para arrebatar con masas inconscientes los más legítimos derechos al verdadero pueblo. Mientras no se modifiquen las cosas de alguna manera inconcebida y prevalezca el sufragio popular

sin limitación de capacidades, creemos con Echeverría, con don Vicente Fidel López, y con Alberdi, que es inútil cuanto se legisle y proclame sobre purificación electoral.

Reconociendo la existencia necesaria de los partidos Unitario y Federal, sin decidirse por ninguno en la apariencia, prepara la formación de un partido nuevo; aunque los principios del dogma son eminentemente federales, no podía confesarlo entonces sin escándalo público y desvirtuar su misma propaganda, pues Rosas, el *Gran Unitario*, se había apoderado de la bandera y título Federal, y con esta mistificación levantó una odiosidad en la generación coetánea, que palpité hasta hace muy pocos años en nuestras sociedades.

"Por la ley de Dios y de la humanidad todos los hombres son iguales", clamaba; y de este origen nacía en su entendimiento, una democracia ordenada y progresista.

Obligado a estrechar estos apuntes, no es posible seguirlo en su propaganda política, que comienza en Buenos Aires en 1837 con las bases del dogma social, dirigiéndose a la juventud argentina, y es un anatema contra los tiranos; manteniendo sus luchas de partidista contra Rosas, cuyos más formidables ataques están condensados en las cartas al director del *Archivo Americano* don Pedro de Angelis, desde Montevideo, en 1847, y vamos a reseñar ligeramente sus títulos como poeta.

Aquí encuentro más acertado suprimir lo escrito, para insertar dos preciosos párrafos de una biografía del poeta que estamos tratando, tomándolos del ilustrado periódico "El Tiempo" fecha 8 del corriente Setiembre, cuya sustitución el lector agradecerá.

Esa biografía, de tan feliz oportunidad, está escrita de mano maestra, firmada por Luis Beriso, joven que se inicia bajo excelentes auspicios en el terreno de las letras.

Me parece tan acertado y tan justo lo que en las siguientes líneas se contiene, que no he vacilado en retirar lo propio, para obsequiarlos con esta primicia:

"Echeverría, el dulce ruiseñor de los *Consuelos*, que en otro tiempo se recomendó a los escritores nacionales, seguro que irían por una vía recta si al seguirlo conseguían asimilarse sin fracasar en la demanda las tendencias elevadas de su númen profético—es un poeta original, que pinta en cada estrofa, una flor. No es el acumulador de ritmos más o menos bien medidos y sonantes, no corta todas sus producciones con la misma habilidad suma e impecable: no existe en sus actavas el fuego arrebatador de las de Olmedo, ni la metálica fibra de Mármol, ni la cadencia melancólica de Mendive, ni la virilidad del pensamiento filosófico de Encina, ni los arranques frenéticos y desencadenados de Andrade; pero hay realismo, sensibilidad, reflexión, y esto basta.

"Considerémoslo, pues, en la faz en que se impone.

"Echeverría no se detiene en la superficie, allí donde otros se dejan mecer sin tener suficiente intuición para penetrar en los arcanos de la belleza y del arte, él rompe la espesa capa que las veda y se va al fondo de las cosas. Cante los fenómenos del mundo físico o las pasiones morales, la naturaleza o el amor, no gira en torno de su temas, sino que los acomete con brío y los dilucida como filósofo; no muestra únicamente el dorado fruto, sino que hace saborear el jugo, facultades excelsas del poeta".

El señor Echeverría, que había hecho sus estudios en Buenos Aires y provenía de una familia pudiente, fue enviado a Europa para ampliar y perfeccionar sus conocimientos, lo que hizo en París, donde

residió algún tiempo, hasta que regresó al Plata y hostilizado por Rosas, se arraigó en Montevideo.

En el tomo IV de sus obras se halla un notable discurso para la festividad de Mayo en 1844; un Manual de enseñanza para las escuelas primarias y otras no menos interesantes producciones.

El poeta, filósofo, sociólogo y eminente Argentino, murió en Montevideo en Enero de 1851, cuando sus ojos, enardecidos por la pasión de la Patria, empezaban a vislumbrar los albores de la libertad que un año después alumbrara el sol radiante de Caseros.

CALLE SASTRE

Siendo este acto un homenaje tributado solamente a los poetas que inciensaron con los perfumes de su genio al altar de la patria, cuyos cantos heroicos o líricos forman la aurora de nuestro Parnaso, debemos justificar la excepción con este nombre, que no se hallará probablemente al pie de más de una composición métrica.

Es que el señor Marcos Sastre, como literato, como patriota, como propagador de las letras, ha llenado el espacio durante más de medio siglo, desde la modesta banca de la escuela rural, hasta la soberbia cátedra académica: enseñando y deleitando al profesor como al alumno, al niño y al anciano, al espíritu cultivado como al entendimiento basto, al filósofo como al rústico. Ha cantado en prosa, cual pudo hacerlo en verso, y de tal manera supo realzar las galas que la espléndida naturaleza de nuestra patria despliega por do quier, que sus narraciones entusiasman y admiran por la esbeltez de las formas, la brillantez del colorido, la verdad descriptiva, y la certeza de las observaciones con que su rara penetración nos sorprende e ilumina.

Si el señor Sastre nació en Montevideo, donde residían sus padres, don Antonio Sastre y doña Gerónima Rodríguez, llamados popularmente *el patriota* y *la patriota*, el hecho es que, nacido en 1809 antes de formarse estas naciones, sus padres atravesaron el Uruguay perseguidos por el dominador portugués que se posesionó del Estado Oriental en 1816, y se fijaron en el arroyo de la China, con su hijo pequeño. El doctor Magariños Cervantes nos lo presenta a la edad de ocho años, extasiándose ya ante las bellezas naturales en las islas de Santa Fe.

Enviáronle sus padres al colegio de Monserrat de Córdoba, y tanto se distinguió, que en 1827 fue trasladado a Buenos Aires, por cuenta del Colegio, para perfeccionarse en el arte pictórico, pues había hecho cuadros notables como simple aficionado. El año 28 fundó allí su primer establecimiento de educación y perfeccionando métodos, compuso la famosa Anagnosia, que por muchos años estuvo en boga en nuestro país, método que, sin mejorarlo, se halla sustituido con otros que mantiene el imperio de la moda.

El año 1830 vino a Buenos Aires, ingresando a la Universidad como estudiante de Jurisprudencia, pero abandonó el curso y pasó a Montevideo, empleado de Oficial Mayor en el Congreso. Los diarios de la época registran muchos artículos sobre crítica literaria y educación popular debidos a su pluma. Al año siguiente contrajo matrimonio, en Córdoba, y regresó a Montevideo, donde ocupando aún su empleo editó por la imprenta de la Caridad (1832) su *Epítome Historiæ Sacræ*, para entender el latín independizándolo del Nebrija y Calepino de Salas.

En el ejemplar que poseo se leen las siguientes líneas escritas y firmadas de su puño y letra:

Marcos Sastre trabajó como cajista en esta 1ª edición. En el mismo año de su publicación esta obrita fue adoptada para la enseñanza del latín en la Universidad de Buenos Aires. El Gobierno Argentino (Administración Mitre), la designó como libro de texto obligatorio en todos los colegios Nacionales. Dedico este ejemplar, etc. 1877—Marcos Sastre.

En seguida renunció su empleo y se fijó definitivamente en Buenos Aires, ejerciendo el comercio en la *Librería Argentina*, donde empezó a circular libros baratísimos, con lo cual y con la instalación del *Salón Literario* el año 1837, que fue disuelto por un golpe autoritario, prestó eficaces servicios a la instrucción pública.

Recogiose entonces a la vida del campo contrayéndose a la mejora de sus industrias y publicando tratados sobre la cría y refinamiento de las ovejas negretes y merinas.

Clasificado como *Salvaje Unitario* el año 42, y confiscados sus bienes, emigró, regresando tres años después para tomar la dirección de un colegio en la Capital. El año 46 fundó un colegio en San Fernando, y perseguido nuevamente por don Antonio Reyes, se refugió en Santa Fe, amparado por el General Echagüe, apreciador justo de su importancia como educacionista.

En el número 114 del semanario *El Voto Santafeño*, correspondiente al 26 del mes de América (Mayo) de 1849, se registra el "Himno Patriótico" para la inauguración del Colegio de San Gerónimo, celebrada el día 25, y dedicado al Gobernador Brigadier General don Pascual Echagüe. Empieza así:

CORO

*Juventud, emprended el camino
Del honor, la virtud, y el saber,
Que el glorioso renombre argentino
En su brillo debéis sostener.*

Consta de 18 estrofas y es probablemente la única composición en verso que lleva su nombre.

Poco tiempo después pasó con su familia a Entre Ríos, donde fue nombrado Inspector General de Educación, y cuando el pronunciamiento de Mayo de 1851 se hizo cargo de la redacción del periódico oficial *El Federal*, en la ciudad del Paraná, por confianza del General Urquiza; a la caída de Rosas, vino a Buenos Aires y fue nombrado Director de la Biblioteca Pública (Marzo de 1852) y poco después Regente Fundador de la escuela Normal.

Este puesto de la Biblioteca le fue arrancado violentamente, pues el señor Sastre, que había sido perseguido por Rosas como Unitario, no fue más feliz con estos, por Federal. "Güelfo entre los Gibelinos y Gibelino entre los Güelfos" como él decía, en la noche del 3 de Abril de 1853 fue encarcelado en su casa, incautados sus papeles, sellada la Biblioteca, y sepultado en un calabozo incomunicado. Así permaneció una semana y el 10 de Abril el Gobernador General Pinto y su ministro Lorenzo Torres, dictaron un decreto destituyéndolo, cuyo considerando decía: "Resultando de las declaraciones tomadas a don Marcos Sastre... que había pasado al campo enemigo a conferenciar con el General Urquiza". Pero el caso cierto es, que ni había salido de la ciudad ni se le había tomado ninguna declaración.

En 1855 fue nombrado inspector general de Escuelas, empleo que desempeñó muchos años, y en 1864, siendo además encargado del Departamento General de Escuelas, renunció este puesto por desacuerdo con el Gobierno que había declarado en un decreto que podían ser preceptores de las escuelas del Estado personas de una profesión de fe distinta al catolicismo.

Es el acto más acentuado de intransigencia religiosa que se le conoce.

El *Tempe Argentino* es su obra magistral: verdadero poema en prosa, en que describe con la pluma de Chateaubriand y de Bernardino de Saint Pierre las islas del Paraná, estudia su Geología y productos naturales, enseña sus métodos de cultivo y predice con acierto su gran porvenir. Este libro, rebosante de poesía pacientísima observación, ha merecido con justicia los más encomiásticos juicios de todos los hombres pensadores del Plata, siendo adoptado como libro de lectura y de premio en las Repúblicas Argentina y Uruguay.

En Diciembre del 59 hizo su 2ª Edición y el 62 la tercera conteniendo un mapa del Delta concurrencia de los ríos Paraná, Uruguay y La Plata. Siguió a este los *Consejos de Oro*, sobre educación escolar y doméstica, opúsculo en el cual el autor ha reunido toda la sabiduría de los grandes maestros, sazónada con su propia experiencia, y que ha merecido los más levantados encomios de todos sus críticos, por lo que ningún educacionista debe desconocerlo. Las obras de Sastre forman un Catálogo de cuarenta títulos, casi todas de materias didácticas, algunas de agricultura, cría y refinación de ovejas y otras materias de grande aplicación y utilidad.

Fue socio del Instituto Histórico Geográfico; la Sociedad de Amigos de la Historia Natural del Plata lo acogió en su seno el 22 de Agosto de 1855; miembro del Directorio del Círculo Literario; Presidente de la Sociedad propagadora de la enseñanza pública, y socio corresponsal de varios centros científicos del país y del extranjero.

El Doctor Magariños Cervantes (1) le llama *Doctor* y aunque no hemos hallado el dato de haberse graduado, ni él se atribuyó jamás tal título, era el señor Sastre positivamente *docto* en muchísimas materias. Su 2º biógrafo el educacionista J. B. Zubiaur, dice que *murió en su puesto de maestro de escuela* y presenta como su último trabajo una producción de 1864; pero el que ha tenido la felicidad de cultivar su relación amistosa y gozar su sociedad muy amena e instructiva, por varios años, desde que poseía su librería en la Plaza "6 de Junio", Arenales hoy, donde propagaba libros escogidos a ínfimos precios, la que trasladó en 1880 a Belgrano, puede afirmar que falleció siendo miembro del Consejo Nacional de Educación, en su quinta belgranense calle "Primera" entre Necochea y Pavón, el 15 de Febrero de 1887, cuatro meses después de haber editado por la casa Igon su último y hermoso libro de *Lecciones sobre objetos*. Este libro tiene 300 páginas y 80 capítulos y puede decirse que remató su ya gastada naturaleza, pues le produjo una fuerte hemorragia nasal, que al repetirse terminó con él.

Su misión era educar, y ya tenía entre manos un tratado de *lectura en alta voz*, que verdaderamente falta entre nosotros (y cuyos apuntes se hallan en poder de un ilustrado educacionista que sabrá

(1) *Biografía de Sastre 1858, reproducida en Notoriedades del Plata —1860.*

utilizarlos), cuando sobrevino la muerte, dejando su viuda pobre con dos hijos menores, una niña de seis años un varón de tres, que el país debe honradamente proteger y educar.

¡Su padre ha educado a tantos!

Era el señor Sastre lo que se llama un hombre equilibrado: patriota modesto y obrero infatigable de la instrucción popular, a la que prestó servicios incomparablemente mayores que muchos cuyos nombres andan mistificando en la historia.

No es una modesta calle con su nombre, sino una estatua en la gran capital, la que nuestra generación le debe consagrar.

CALLE ASCASUBI

El primero que hizo versos que circularon en estilo gaucha, fue quizá don Juan Gualberto Godoy; más como por el centro en que actuaba entonces y la cuerda puramente amorosa que pulsaba no adquirieron resonancia, ni el coleccionista de sus poesías las hace figurar en el libro que las contiene, deben descartarse de nuestros fastos literatos. El que descoló por vez primera y con éxito imperecedero fue Bartolomé Hidalgo, el cual debía figurar en este sitio por ser anterior a Ascasubi en el tiempo y en el género, más nuestros hermanos Orientales podrían suponerlos la codicia de arrebatarles sus gloriosos hijos, habiéndolo ya incorporado a Sastre, y esta es la única razón porque, contra mi voluntad, queda excluido de la lista este poeta. La verdad es, que Hidalgo no nació Argentino, ni Uruguayo, sino bajo la dominación española, aunque a la banda oriental de aquel gran río, y no solamente se creó, se educó y residió siempre entre nosotros, sino que aquí cantó desde sus primeros versos, participando de nuestras agitaciones y nuestras alegrías, celebrando las glorias de Chacabuco y de Maipú, como puede verse en su canto "El triunfo" dedicado a Buenos Aires, en la página 204 de "La Lira", edición 1824, y sus composiciones gauchas patrióticas como el diálogo de Jacinto Chano y Ramón Contreras en una estancia de la Guardia del Mante, en esta provincia, que se hallará en el mismo libro.

Tales títulos bastarían a mi entender para acreditar su adopción y concediéndole carta de ciudadanía y sitio de honor como poeta Nacional: en prueba de sinceridad nótese la eliminación intencional del gran poeta Ventura de la Vega, que con ser argentino, le negamos este modesto tributo, porque no se acordó jamás de la cuna en que nació.

Con todo esto, y con haber Hidalgo terminado sus días entre nosotros, no me atrevo a vencer mis escrúpulos, acaso por la notoriedad del personaje, presento por primero a don Hilario Ascasubi, autor de muchas y no menos meritorias obras de literatura gauchesca.

El *mulato Ascasubi*, como el pueblo lo denominaba y en efecto no dejaba enteramente de parecerlo, nació en un punto de la Provincia de Córdoba que él nunca quiso recordar, a imitación de Cervantes, el 14 de Enero de 1807. Siendo niño de 14 años fue tomado en una leva y embarcado como tambor en una goleta armada en corso, hasta que apresado por un buque Portugués, fue conducido a Lisboa, de donde escapó y arrastrado por su destino tanto como a impulsos de su ánimo inquieto, pasó a Inglaterra, estuvo en Francia y en Valparaíso, hasta que atravesó la cordillera y volvió al Plata.

En la época de Rosas afilió al partido Unitario lo que le valió estar 23 meses en un ponton; sirvió con Lavalle el año 31, y hallóse en el sitio de Montevideo, que duró 8 años, donde prestó con su pluma importantes servicios a la causa, pues sus composiciones gauchescas y patrióteras, en prosa y en verso contra Rosas, Oribe y Urquiza, llenas de intención y chistosas ocurrencias de corte criollo, corrían de boca en boca en el Estado Oriental, Entre Ríos y Corrientes y agrupaban el gauchaje alrededor de la bandera partidista que agitaba.

Como gozaran de gran celebridad entonces las composiciones de Hidalgo, resolvió explotarlas en favor de su partido y acaso de su propio nombre poco conocido en aquel país: publicó los diálogos imitativos, usando los mismos nombres, sobre el mismo tema y con el mismo estilo, titulados "Chano y Contreras" "Chano y Barragán" que en nada desmerecen del original; pero que han ocasionado a muchos confusión.

Cuando el General Urquiza abrió la campaña contra Rosas en 1851, se trasladó a la Concepción, y en un banquete abordo del vapor "Uruguay" Paulino Lucero expresó su adhesión en un brindis que empieza así:

*Costante el gaucha Paulino
a la Patria y al amor,
a los veinte años, señor
vuelve a caer a este destino;
como patriota Argentino
solo cumplo mi deber
viniéndomele a ofrecer
a Vuecelencia a mi modo;
es decir, con cuerpo y todo
hasta morir o vencer.*

El General Urquiza que no se hallaba en momentos de recordar ajenas veleidades de que él no estuvo jamás exento, aceptó sus servicios en calidad de ayudante en la campaña de Caseros, y aunque nunca más militó, obtuvo después el grado de Coronel bajo el gobierno separatista, con más títulos que muchos; porque fue guerrero de verdad, esgrimiendo su influyente pluma en Buenos Aires durante el sitio de 1853, nuevamente contra Urquiza, como antes lo hiciera en Montevideo con Rosas.

Sus descripciones del combate del Tonelero, la batalla de Caa-guazú, la corrida de toros en que se lució Rosas, el fusilamiento de Camila O'Gorman y otros, tienen singular mérito, revelando un observador sagaz, de original concepción y extremada facilidad para versificar.

Su crítico Juan Antonio Argerich, dice que fue, como Hernández, un *prosista insoportable*.

Perdónalos, Señor!...

La musa de Ascasubi no revoloteó cual "ligera mariposa en las floridas praderas: arrullada con gorjeos de pintados pajaritas, al saludar la rosada aurora y refrescando sus alas de sed en las brisas del bosque perfumadas", etc., etc. ¡Oh no!

Era poeta de cota de malla; poeta político, político luchador, luchador tenaz y resistente y esto no lo perciben los que creen que la poesía consiste en concertar madrigales, pintar como querer, y no en rodear de galana y atrayente vestidura, lo que es verdad en la naturaleza y utilidad en la vida.

Ponderar a Hidalgo y menospreciar a Ascasubi es cosa que nos hace pensar cuán difícil es el arte de criticar a los demás sin poner en la picota nuestros defectos propios.

Sus composiciones entraban como cohetes a la Congreve en los escuadrones desordenando sus filas; y a veces, avanzando audaces como los gauchos de Güemes, se introducían de improviso y esparcían la confusión en el centro mismo del campamento enemigo.

La Biografía más nutrida que se ha escrito de este poeta, lo fue por el ilustrado literato Heracleo C. Fajardo y difiere en algunos detalles de la nuestra, fundada en recuerdos personales y referencias de familia.

Según ese escritor, Ascasubi estuvo en Salta, donde fundó una imprenta, la que abandonó el año 25 para formar parte del batallón de Cazadores que al mando del entonces coronel José María Paz vino de contingente para la guerra del Brasil. A fines del año 26 fue destinado a Catamarca a formar parte de un regimiento de Caballería de línea en cuyas filas asistió a las campañas y acciones de guerra que en esa época tuvieron lugar contra los prestigiosos generales Quiroga, Ibarra y Bustos, y un año después de triunfar estos volvió a Buenos Aires, donde el Gobernador Dorrego lo nombró teniente de artillería de marina, embarcándose en la escuadra nacional a las órdenes de Brown, donde permaneció hasta la paz con el Brasil.

No es fácil comprender cómo pudo hallarse en tan distintos sitios y empleos casi a la vez: en la caballería de línea del interior, y en la escuadra con Brown.

Ascasubi fue comisionado por el Gobierno separatista del Estado de Buenos Aires, para contratar soldados y diestros tiradores en Europa, especialmente en Suiza, con los que formaron legiones de mercenarios, para regar con sangre de federalistas nuestros campos de "Cepeda" de "Pavón" y de "Cañada de Gómez"; pero esto no es pecado personal, sino colectivo, que debe juzgar la historia.

Su hijo predilecto Américo, fue nuestro prisionero en el batallón Palma en Cepeda, y proclamó siempre la benignidad con que fue tratado, lo mismo que todos sus compañeros de desgracia.

En 1872 Ascasubi editó en París sus obras en 3 voluminosos libros titulados: *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo*, y *Paulino Lucero*; alucinado con sus éxitos y exclusivo dominio del género, se propuso agrandar aquellas producciones acaso para aumentar su lucro, pero el resultado fue contraproducente, concurriendo en gran parte la circunstancia de haber aparecido poco antes el *Martín Fierro*.

Los numerosos chistes que campeaban en las composiciones primitivas, aparecen desleídos en versos inútiles y las animadas descripciones languidecen sensiblemente, perdiendo su colorido y sabor criollo entre una versificación a veces amanerada, pues no habiendo sido nunca realmente gaucho, y alejado tantos años de los tipos que con verdadera maestría copió, su espíritu imitativo no podía resistir la acción del tiempo y el medio social en que vivía: así es que pagó con mengua de su fama el error muy explicable que cometió.

Esto no debe inducirnos a negar la evidencia de su talento y el intrínseco valor de sus trabajos, que perpetúan su personalidad en el sensorio nacional.

Falleció nuestro vate en Buenos Aires, poco tiempo después de su regreso de Europa, el 19 de noviembre de 1875, y existe aquí numerosa descendencia.

Diga lo que quiera la crítica pedantesca que ha logrado eliminar en la 2ª edición de la *América Literaria* de Lagomaiore, su nombre el de Hernández y otros, que estaban en la primera de 1883; pero el juicio público, al colocar por sufragio unánime una corona sobre sus sienes, le ha conferido el título de poeta eminentemente Americano y popular, ocupando por derecho de conquista, su puesto en nuestro Parnaso.

CALLE GORRITI

Al revistar los cultores de las bellas letras argentinas, no es posible dejar en olvido a la más elegante y más fecunda escritora de nuestro país, capaz de rivalizar con éxito entre cuantas damas han aparecido en el mundo, animadas del sagrado fuego.

La señora Juana Manuela Gorriti de Belzu, nació en la Provincia de Salta el 15 de Junio de 1809, según algunas biografías, aunque el doctor Pastor S. Obligado, su ilustrado biógrafo, señala el año 1818 como el de su nacimiento. Fue hija del general José Ignacio Gorriti, brillante orador, y de doña Feliciano Zuviría; sobrina del ilustre canónigo Gorriti que brilló por su elocuencia en el famoso Congreso del año 26, y como se ve, por ambas líneas descendiente de la aristocracia salteña y sangre azul americana.

Educose en el colegio de monjas Salesas de su ciudad capital y desde muy joven pisó el campo de las letras que debía dominar durante medio siglo como la primer novelista de Sud América.

Las obras que deja escritas JUANA MANUELA, como la llamaban familiarmente sus cofrades en la república igualitaria de las letras, son las siguientes:

Sueños y Realidades, 2 tomos; *Panoramas de la Vida*, 2 tomos; *Veladas literarias*, 4 tomos, pero solamente uno publicado; *Misceláneas*, 1 tomo; *Mundo de los recuerdos*, 1 tomo; *Oasis en la Vida*, 1 tomo; *Perfiles*, 1 tomo; *Tierra natal*, 1 tomo; *Cocina ecléctica*, 1 tomo. Dejando concluidos *Lo íntimo* y tres tomos de *Veladas*.

Entre los materiales interesantes de estos libros sobresalen: El guante negro; El pozo de Yocci; La Quena; Juez y verdugo; La hija del mazorquero; Gubi Amaya; Confidencias; Leyendas bíblicas; Escenas de Buenos Aires; Visita al país natal; Leyendas andinas; Recuerdos del 2 de Mayo (acción de guerra contra los españoles en el Callao, 1866, en que ella fue la heroína de las ambulancias y mereció ser condecorada con la medalla de honor acordada "a los vencedores"); Peregrinaciones de un alma triste; El ángel caído; Quien escucha su mal oye; El tesoro de los Incas; Una hora de coquetería; Güemes; El general Vidal; La novia del muerto; El lecho nupcial; Tres noches en una historia; Una noche de agonía; Un drama en el Adriático; Una apuesta; y además las biografías de los generales Gorriti, Puch y Belzu, así como otras narraciones y episodios nacionales.

Contrajo matrimonio en Bolivia con el capitán Manuel Isidoro Belzu y hubo dos hijas: Edelmira, viuda hoy del ex-presidente de Bolivia, Jorge Córdoba; y Mercedes Belzu de Dorado, distinguida poetisa que ha traducido poesías de Lamartine, Hugo y Shakespeare.

Su esposo, afamado guerrero y revolucionario, ascendió a general y fue presidente de Bolivia en 1848 a 1855.

En 1866, en momentos que celebraba en el palacio de gobierno de La Paz el triunfo que acababa de obtener en las barricadas, derribando al presidente Melgarejo, este audaz y terrible luchador, desesperado con su derrota, intenta suicidarse, más por inspiración de Campero, saltan juntos la trinchera, se dirigen a palacio seguidos de unos pocos temerarios, suben las escaleras, atraviesan los salones donde alborozados los guerreros celebraban su triunfo, llega él a Belzu, lo mata de un pistoletazo, se presenta en el balcón de la plaza y grita a la multitud:

—¡Ha muerto el tirano! ¡¡Viva Melgarejo!!

Y antes que los circunstantes vuelvan de su estupor, antes que puedan explicarse el horrendo drama, la contra-revolución queda triunfante por aclamaciones del pueblo.

El héroe de tan insigne jornada murió en 1891, en Lima, asesinado por su pariente José Sánchez, y el no menos héroe general Narciso Campero, murió ha poco, en Bolivia, rodeado de la estimación de sus compatriotas.

Es singular que un hombre cual Belzu, idolatrado por las multitudes hasta el punto de llamársele el *mahoma Boliviano*, fuera incapaz de conservar el cariño de su noble compañera, y así vivieron separados desde que ocupó la presidencia hasta el fin de sus días, sin intentar reconciliación, aunque el sol de la gloria iluminara a entrambos hasta en su sepulcro.

La señora Gorriti, que se hallaba entonces en la ciudad de La Paz, corrió al sitio de la catástrofe y cumplió piadosamente sus deberes de esposa, hasta dar sepultura a sus ensangrentados restos.

La biografía de nuestra escritora no cabe en los estrechos límites de estas breves noticias; parecería más bien una leyenda, y es imposible seguirla en su móvil existencia como en su acción variada y fecunda, influyendo en la educación como maestra de escuela en Perú y Bolivia, en las letras, como literata fecunda, en la política y en la sociabilidad boliviana y limeña, donde celebraba sus famosas veladas con asistencia de lo más granado del país.

En esos *recibos* se distribuía el tiempo así: de 9 a 11 las señoras en un salón y los caballeros en otro, departían y tijereteaban ausentes y presentes con entera libertad: de 11 a 1, todos en un salón, donde se *hacía música*, se cantaba, se escuchaba a alguno de los artistas en boga que allí encontraban amena acogida, se recitaban versos y se procuraban análogos entretenimientos.

A esa hora, los pocos que persistían aún, comenzaban a deslizarse en el terreno escabroso del epigrama; la anécdota reservada, en que se cuenta el milagro y se retrata el santo; las improvisaciones, las letrillas picarescas y en fin cuanto inspiran las expansiones de la intimidad, luciendo su verba original y chispeante de narradora inagotable, sentada a la moda oriental sobre ricos almohadones en una rueda de hombres y mujeres que circulaban cual planetas luminosos en torno de aquel sol refulgente de luces propias.

Uno de sus biógrafos, el eminente publicista, poeta, crítico y estadista colombiano José María Torres Caicedo, tan renombrado por su genio como por la austeridad de sus principios y veracidad de su palabra, ha condensado todo su juicio respecto a nuestra escritora en esta pincelada magistral: "Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevación de ideas, bondad de corazón, prendas del alma, gracia en el decir y talento para contar, eso, más que eso, las decepciones y las

lágrimas forman la aureola que brilla sobre la inspirada frente de esta literata americana".

Durante algunas épocas de pobreza ejerció de institutriz y maestra de escuela en el Perú y Bolivia, y en el noble magisterio ganaba su subsistencia en La Paz cuando fue muerto su esposo.

Cultivaba cariñosa relación con muchas damas distinguidas en la sociedad y en las letras de las repúblicas hermanas, quienes la llamaban habitualmente *nuestra madre*; como asimismo con los hombres de letras más caracterizados, que se honraban en mantenerla.

Actualmente existen algunos deudos en Buenos Aires, y era parienta del Dr. J. M. Zuviría y más lejana pero muy cariñosa con el autor de "Martín Fierro".

Los destellos de su pluma resplandecen siempre por una moralidad nítida, y se revela conocedora del corazón humano, creyente razonadora y fervorosa cristiana.

Tenía especial adoración por el Niño Jesús, y alternaba sus veladas literarias con las "Novenas del Niño", habiendo compuesto la siguiente oración que obtuvo 220 días de indulgencia, por los obispos de Bolivia y Perú; pero a la cual el señor Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, negó igual privilegio, exigiendo la supresión de la palabra *único* que se lee en el último párrafo.

ORACION

DE

Juana Manuela Gorriti

Jesús, Verbo Divino!

Yo te adoro en esa dulce edad transcurrida en los brazos de tu Sagrada Madre.

Yo te adoro mecido en su regazo.

Yo te adoro lactando en su seno virginal.

Ruégote, por aquella era venturosa de la vida, único para ti dulce recuerdo de este mundo que viniste a redimir con tus dolores y tu sangre, des a nuestras almas la serenidad, la pureza, la sencillez y la santa alegría de los niños, esas plácidas virtudes que según tu divina palabra, nos abrirán la puerta del Cielo.—Amén.

220 días de indulgencia.

Su último viaje a Lima fue en 1883 y regresó a Buenos Aires en 1884, de donde no salió más, y en ese intervalo escribió varias obras.

La "Tierra natal" fue escrita en 1886.

Después de 22 meses de enfermedad sobrevino su fallecimiento en Buenos Aires el 6 de Noviembre de 1892, en la casa calle Santa Fe N° 1007, y mereció un homenaje especial de toda prensa y del público en general, asistiendo al acto una numerosa concurrencia femenina, en que figuraban las damas más distinguidas de la sociedad bonaerense.

El carro fúnebre, tirado por tres yuntas de soberbios caballos rusos, de crines hasta el pecho y cuya piel luciente parecía de terciopelo negro, con palafreneros, cocheros y lacayos, legítimos descendientes de Etiopía, iba seguido de un carruaje lleno de coronas, muchas de ellas de gran valor artístico, enviadas por las siguientes damas y caballeros:

Carmen Gascón de Vela, Elvira Roldán, Lía Tedín, Julio B. Figueroa y señora, Emilia P. de Caballero, Fernando López Benedit, Matilde W de Puch, Constanza Puch de Weigel, Liborio Ponce, Severo Carbonell y señora, Teófilo del Castillo, Alejo B. Ferreyra, Jacobo Z.

Berra, Carmen C. de Ferreyra, María R. de Berra, Federico de Puch, familia Gayangos, Osvaldo Correa, Mercedes O. de Ortiz, María G. de Martínez Castro, Paulina B. de Martínez Castro, Hortensia S. de Garnier, Mercedes Quiroga, Luis Mongrell y señora, doctora Cecilia Grierson, Rume B. de Beccar, Hortensia M. de Ponte Ribeyro, Eufrosia Cabral, Mónica A. L. de Soler, Josefa Aguirre de Vasilicos, doctora Elvira Rawson de Dellepiane, Natalia G. de Seoane e hijas y sobrellevando la que le consagraba la colectividad de proscriptos bolivianos, acompañada de un soneto del doctor José Daniel Berrios.

La asistencia de caballeros fue tan numerosa como selecta, representando dignamente la política, las letras y la sociabilidad del país, y en el acto de la inhumación hizo escuchar su palabra vibrante y conmovida el inspirado vate Carlos Guido y Spano, ensalzando los méritos de la extinta, honor y lustre de las letras patrias.

El doctor Seoane, Ministro plenipotenciario del Perú, lo hizo también a nombre de su patria y de sus compatriotas residentes en la Argentina, cerrando los discursos el señor Próspero Zorreguieta, a nombre y representación de la juventud salteña.

El Gobierno Nacional por su parte contribuyó con 1.000 pesos para costear el sepelio.

La triste noticia transmitida por el cable, repercutió dolorosamente en la ciudad de los Reyes. Toda la prensa peruana expresó hondo pesar y "El Andes" enlutó sus columnas, publicó un hermoso retrato con autógrafo y dedicó su número de 19 de Noviembre exclusivamente a este suceso, reproduciendo artículos de nuestros diarios y composiciones de varios poetas y poetisas de las Repúblicas centroamericanas.

Hallándose en prensa este capítulo llega a nuestras manos "La Revista Literaria" de Noviembre, que goza merecido crédito por la elección de sus materiales, y entre ellos se destaca un hermoso artículo del poeta peruano, residente en Buenos Aires, Domingo de Vivero, dedicado a nuestra escritora, con motivo de una carta del malogrado Ricardo Gutiérrez, conservada inédita hasta su muerte.

El galano escritor recuerda también las famosas veladas de la señora Gorriti, de que él mismo formó parte, en la histórica ciudad de los Pizarros, y duplican el mérito de esta ofrenda la elegancia de la narración y la autoridad del testigo.

Deseando mejorar nuestras páginas, transcribiremos pocas líneas, no siendo ya posible el todo, las que además de primicia literaria, servirán para presentaros al distinguido emigrado peruano, tan digno de la especial acogida que tiene entre nuestros literatos, apreciadores de su talento y caballerescos antecedentes.

"Nosotros la conocimos —dice el señor de Vivero— cuando la escarcha del dolor había trocado en rulos de nieve los dorados bucles de su cabellera nazarena.

"Usaba el mismo peinado que Jorge Sand en el apogeo de su fecunda y gloriosa labor intelectual.

"Pero en el crisol del sufrimiento habíanse esfumado las formas tentadoras de la Eva eterna: solo quedaba en ella la belleza del espíritu, las irradiaciones de la inteligencia, y velando el desdén que originan los desengaños, iluminaba su rostro demacrado perpetua sonrisa de bondadosa resignación.

"Vivía en Lima cumpliendo la antigua máxima de instruir deleitando. Durante el día daba lecciones de instrucción primaria a un enjambre de lindas criaturas que escuchaban sin pestañear sus amenas lec-

ciones de historia y geografía. Su poderosa imaginación comunicábales el encanto del cuento infantil y grabábanse de un modo fácil e indeleble en sus tiernos cerebros, como el sello sobre blanda cera. Y como reposo y solaz de la faena diurna, cuando reemplazaba el silencio la algarabía de la falange alegre y bulliciosa, jefes y soldados de la república de las letras comenzaban a invadir el salón en las primeras horas de la noche y principiaba la animada tertulia en ese improvisado y modesto Ateneo, del que no estaban proscriptas la gracia ni la hermosura femeninas".

Compatriota que tales honores ha conquistado de nacionales y extranjeros, bien merece de nosotros este modesto homenaje.

CALLE CUENCA

El doctor en medicina Claudio Mamerto Cuencia, es el Espronceda de la literatura argentina.

Sus composiciones resplandecerán siempre con luces propias en el cielo de la patria, y la estela luminosa de su vida profesional servirá de guía a los que se dedican a la noble y dura misión de aliviar los dolores de la humanidad.

Nacido en Buenos Aires (de donde jamás salió) el 30 de octubre de 1812, cursó sus estudios y se graduó en 1839, con una tesis muy notable sobre "Las Simpatías" en la naciente Facultad, donde también se doctoraron sus tres hermanos José María, Salustiano y Amaro (familia de médicos), contribuyendo no poco con su dedicación y su ciencia, al engrandecimiento de este cuerpo que es hoy el orgullo de la nación y que tan renombrados personajes ha producido de su seno.

Distinguiose desde estudiante y en todos los años que cursó desde 1828 al 1838 inclusive, obtuvo excelentes clasificaciones, muchas de ellas como *sobresaliente*, por lo que, el mismo año de su doctorado entró a regentar la cátedra de anatomía, y posteriormente las de Cirujía, Fisiología y Materia Médica.

Las tareas anatómicas en que sobresalió siempre como habilísimo cirujano y elocuente catedrático, no le impedían el cultivo de las bellas letras: aun los estudios analíticos del maravilloso mecanismo corpóreo, que parecen inducir las ideas de la mayoría hacia la escuela materialista, no lograron dominar su alma poseída de un espiritualismo puro, que rindió como Ricardo Gutiérrez, culto al Dios de lo creado y tributo a la inmortalidad.

Adquirió gran fama de notable cirujano, hombre filántropo y caritativo; era llamado y consultado en todos los casos difíciles; preferido en sociedad por su ameno trato y delicadas poesías, y aunque no era muy adicto a Rosas, detalle que me consta por haberle escuchado en familia algunas expresiones, repetidas después al recordar su amado nombre, fue designado por el dictador como primer cirujano del Ejército, cuando el pronunciamiento del general Urquiza en 1851.

Desempeñando su humanitaria misión, se hallaba en las habitaciones de *Caseros* convertidas en hospital de sangre el 3 de Febrero de 1852, cuando fue atravesado de balas por las huestes triunfadoras, al pronunciarse la derrota que en el fondo de su alma ambicionaba.

De tan trágica manera murió a la edad de 40 años, en vísperas de contraer matrimonio con la señorita Marta Atkins, residente en su quinta de Barracas.

Una de las más notables composiciones de Cuenca es la *Oda* a la "*Jura de la Independencia*", hermoso canto patriótico de levantado vuelo, que en nada desmerece y supera a algunos de los que habían cantado antes que él, las proyecciones de nuestra gloriosa epopeya.

En "*Delirios del Corazón*" se muestra en toda su pompa el poeta galano de la escuela romántica, que llevaba el cetro en aquella época, y así como su escalpelo de profesor descubría las membranas del cerebro, la localización de los sentidos y la infinita red de los nervios transmisores de la sensación, así su éstre poético penetraba, sorprendía y patentizaba los más recónditos misterios del sentimiento y la pasión.

Cuéntase que, en un momento de zozobra durante la dominación de Rosas, su señora madre quemó un baúl lleno de papeles y composiciones inéditas, sospechando que pudieran comprometer a su hijo, y en ellas fueron sin duda algunas de sus más selectas composiciones.

La primera edición de sus obras fue hecha en 1861, bajo la dirección del literato Heraclio Claudio Fajardo, garantida por suscripción anticipada de 418 ejemplares, en tres tomos 4º mayor. La segunda y última fue hecha en París en 1889 por el señor Miguel Toro y Gómez, con 53 composiciones y un retrato del poeta. Aquí falta todo el segundo tomo y la "*Espiación Recíproca*", leyenda en siete cantos, que se halla en la primera. También falta la composición "*A Rosas*" que se supone escrita momentos antes de la batalla y decíase haberse hallado sobre su cadáver. Es una execración al tirano, que quizá el señor Toro no ha considerado auténtica, pues debe haberla conocido.

Su hermano el señor doctor Salustiano Cuenca que murió de la fiebre amarilla en Buenos Aires, le sucedió en la cátedra de Anatomía y Fisiología en el hospital de hombres, cuando se abrieron para nuestro poeta las puertas de la inmortalidad, dejando a su nombre un sitio bien conquistado en el *Parnaso Argentino*.

CALLE RIVERA INDARTE

El señor José Rivera Indarte es uno de esos tipos legendarios que sienten en su alma la misión redentora que los trajo a la vida y la cumplen a través de cruentos sacrificios y a veces del martirio.

Tuvo su cuna en la ciudad de Córdoba en 1814 (agosto 13), descendiendo de doña Trinidad Indarte y el coronel Manuel Rivera, que en 1807 mandaba la artillería colocada en la fortaleza, donde está hoy la casa del Gobierno Nacional, y desde allí cañoneó a los ingleses refugiados en la torre de Santo Domingo, obligándolos a rendirse a discreción.

Recibió en Buenos Aires la instrucción preparatoria que formaba el programa de la Universidad, reduciéndose al latín, filosofía y matemáticas, y allí mostró un carácter misántropo y agresivo; circulaba un periódico manuscrito en que atacaba a sus profesores y alumnos y cuando le objetaban porqué hacía tal con sus amigos, contestaba: —"Yo no tengo amigos, todos ellos son mis enemigos". —Esto lo refiere su ilustrado biógrafo el Teniente General Mitre.

Sus primeros escritos políticos aparecieron cuando solo contaba 18 años, en la *Gaceta Mercantil*, el año 1832, y escribió un opúsculo sobre asuntos de política exterior, abrazando puntos sobre los destinos del continente, intitulado *Voto de América*, que tuvo repercusión en la

corte de Madrid. Pasó después a Montevideo donde fundó *El Investigador*, y se afilió al servicio del general Oribe, quien le encargó una misión reservada en Buenos Aires el año 1834. Púsose mal con Rosas y fue engrillado y preso en un pontón, hasta que alcanzando su libertad emigró a Europa, estuvo en Inglaterra, en Nueva York y regresó al Janeiro donde desempeñó el puesto de secretario de la legación Oriental hasta que vino a Montevideo en 1839.

Allí recrudesció su propaganda agresiva a Rosas, en las columnas de "El Nacional".

Publicó en 1843 un libro de casi 400 páginas titulado "Rosas y sus opositores", que tuvo gran acogida, porque pinta con vivísimos colores una época luctuosa; siguió su panfleto *Tablas de Sangre* que no es el menos formidable de los ataques que se han dirigido contra la tiranía.

Se atribuye a este escritor la máxima que se hizo célebre: "Es acción santa matar a Rosas", pero la propagó también el poeta Mármol y no es fácil determinar a cual corresponden las primicias de tan nefanda doctrina.

Las obras poéticas de Rivera Indarte han sido coleccionadas y se publicaron en 1853, como también se hizo en 1884 una nueva edición de las *Tablas de Sangre*. En ellas aparecen catalogados los nombres y circunstancias, con horripilantes detalles, de numerosas víctimas que cayeron al fierro y las crugías con que Rosas impuso su autoridad y difundió el terror entre sus enemigos.

Falleció nuestro distinguido compatriota en la Isla de Santa Catalina, en la ciudad de Desterro, perteneciente al Brazil, llamada hoy Florianópolis, el 19 de Agosto de 1845, a la temprana edad de 31 años y 6 días, minado por su enfermedad al pulmón, y dejando un verdadero luto en las letras argentinas, que desde muy joven cultivó ilustrándolas con su fogoso talento y apasionado corazón.

La Municipalidad de Córdoba dispuso el repatriamiento de sus restos y la imposición de su nombre a una de las principales calles, modestísimo homenaje para quien merece un sitio entre los batalladores de la libertad.

FLORENCIO BALCARCE

De ilustre estirpe americana, y muy digno del nombre patricio que llevaba, fue el malogrado poeta Florencio Balcarce una de las más halagüeñas esperanzas tranchadas en flor.

Hijo del general Antonio González Balcarce, que tuvo la honra de iniciar con éxito la lucha contra el León del mundo, vencíendolo brazo a brazo en Catagaita y Suipacha; sobrino del general Juan Ramón, tres veces gobernador de Buenos Aires, del coronel Diego y del teniente coronel Marcos, todos valientes guerreros, nació en Buenos Aires en 1818 y se educó en nuestra Universidad; pero su escasa salud no le permitió completar los estudios a que se consagraba con febril dedicación.

Su familia resolvió enviarle a Europa a los 19 años de edad, en procura del ansiado restablecimiento, pero allí, en vez del reposo aconsejado, se entregó con nuevo afán a las tareas mentales, asistiendo como alumno a la famosa cátedra de filosofía que sostenía Saint-Hilaire

en París y dando cima a varios trabajos, tales como una novela sobre asuntos del Río de la Plata, traducción del *curso de filosofía* de Laromiguiere; traducción del drama de Dumas *Catalina Howard* y dejando otros que no pudo terminar.

Cruzó como un meteoro luminoso el cielo de nuestro Parnaso y sus poesías forman un pequeño volumen, que en corto número se publicó en 1869, del que raramente se consigue algún ejemplar.

Al ausentarse con honda pena hacia Europa, vació su corazón en un sentido canto LA PARTIDA ¡adioses a la Patria! en melancólicos acentos, que vieran en el alma cual si fueran los últimos suspiros del poeta:

*El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adios, Buenos Aires, amigos, adios.*

*Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor,*

*Tal seca mi vida de muerte el aliento,
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.*

*Mas, viene en mis sueños el angel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.*

*Pero ¡ay! que a mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama a la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba
Y un eco de muerte responde a mi voz.*

*¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche que el polvo bebió.*

*Amigos, si os llama tal vez el acaso
Al suelo extranjero do voy a morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos se olviden de mí.*

*Adios, dulce sombra de techo paterno,
Adios, compañeros de infancia feliz;
Amigos queridos, mi adios es eterno;
Adios Buenos Aires, mil veces y mil.*

¡Cuánto sentimiento, cuánta melancolía, cuánto afecto conmovedor se destilan gota a gota en estas sencillas y sentidas frases, que oprimen el corazón como una mano de seda, y nublan los ojos con lágrimas de ternura!

Por ellas, revelándose el poeta y el patriota, mereció y obtuvo Florencio Balcarce, el singular privilegio de vivir en el corazón de sus ciudadanos, ligado por lazos de simpatía que no se romperán jamás.

De todas las composiciones nacionales, esta es una de las que más se han impreso en la memoria y en el sentimiento del pueblo; recitada con preferencia en todas las clases letradas, cual si cada pecho argentino se creyese obligado a cumplir con una palpitación al menos, el testamento de amor que en tan sentidas endechas nos legara.

Puede decirse que profetizó su destino, pues solo regresó a Buenos Aires para *acabar de morir* el 16 de Mayo de 1839 a los 21 años de su fugaz existencia.

Aunque *La Partida* sea la más memorable de sus producciones poéticas, son también dignas de recuerdo *La Fantasma* y *El lechero*.

Durante su corta residencia en Francia, bajo el techo del General San Martín, e inspirado tal vez con la presencia del héroe, escribió una preciosa composición que tituló modestamente "El Cigarro", pero que, como observa don Juan María Gutiérrez, pudiera más bien titularse *El Veterano de la Patria*.

Su hermano el doctor Mariano Balcarce, unido en matrimonio con la hija única del Libertador, Mercedes San Martín, desempeñó por muchos años el alto puesto de Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Francia, con residencia en París, y prestó allí servicios importantes dignos de la esclarecida estirpe patriótica a que pertenecía.

Contemplad ¡oh jóvenes alumnos! cuál resplandece como estrella de luz perenne sobre el cielo bruñado de la patria, la imagen de este niño, que debeis esforzaros en imitar!

CALLE MARMOL

El señor José Mármol nació el 2 de diciembre año 1818, en la ciudad de Buenos Aires, descendiendo de don José A. Mármol y de doña María Josefa Zavaleta, ambos argentinos, y murió en la misma, casi ciego, siendo director de nuestra Biblioteca pública, puesto de honor y confianza que no debió salir jamás de manos nacionales.

Su vida entera fue el modelo noble, ardiente y batallador del poeta argentino. No le tocó actuar en la época gloriosa de la revolución, pero afiliado al partido llamado Unitario, fue encarcelado por Rosas en 1838, cuando cursaba derecho en la Universidad, y apenas se vio libre emigró al Brasil desde donde combatió enérgicamente contra la tiranía, en periódicos, en panfletos y en composiciones sueltas. Su alma de fuego rebosaba de amor patrio y cada canto era un himno de guerra contra la tiranía de Rosas.

Ved como apostrofa:

*¡Ah Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarle eterna, terrible maldición.
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón!*

Este canto termina con un verso que es toda una profecía:

"Ni el polvo de tus huesos, la América tendrá".

La vez primera que se presentó en público como poeta, fue en el primer certamen literario en Montevideo, el 25 de Mayo de 1841, en que obtuvo el premio nuestro eminente Juan María Gutiérrez, si-

guiéndole D. Luis Domínguez, luego Mármol y don Francisco A. de Figueroa en los honores del triunfo.

Entre los panfletos políticos se cuenta una hoja suelta publicada en Río, bajo título *El Puñal*, proclamando simultáneamente con Rivera Indarte que "Es acción santa matar a Rosas".

Como embiste salvaje la pasión, aun en los más cultivados espíritus!

Mármol ha escrito una novela "Amalia" que se considera una de las mejores, más, la primera de su género, que ha producido el genio argentino —muy pasionista por cierto como que trata de la época de Rosas, especialmente del año 1840, cuyos sucesos y personajes entrega descarnados a la posteridad, habiendo merecido los honores de la traducción al francés y al alemán.

Como poeta lírico tiene composiciones notables, siendo de las primeras su canto a Cristóbal Colón y de las últimas sus pensamientos a Teresa en prosa; aunque sólo se halla en sus poesías últimamente compiladas, el canto a la misma, en verso.

Fue senador en la Provincia y también miembro de la Convención Reformadora de la Constitución Nacional, que se reunió en Santa Fe en 1860 a consecuencia del pacto de 11 de Noviembre que esterilizó el triunfo de las armas de la Confederación en la sangrienta batalla de Cepeda; desempeñó misión diplomática en Brasil y sino fue afortunado como tal, fue galano escritor, inspirado poeta y brillante orador en el parlamento.

Escribió sus dramas, *El Cruzado* y *El Poeta* que tuvieron éxito en la representación, pero que yacen olvidados y como otras muchas obras de producción nacional, no gozarán los favores de la escena, mientras hayan de confiarse a intérpretes refractarios a las emociones patrias.

Las poesías de Mármol eran recitadas por toda la juventud apasionada de su época, pues rebosaban de amor y ternura.

Los *Cantos del Peregrino* son acaso su más preciada joya, y la composición titulada *Los Trópicos*, es selecta; ved cómo al llegar las sombras, describe:

*Allí las afecciones se avivan en el alma,
Allí se poetiza la voz del corazón;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.*

*Un poco más... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.*

.....
*Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la virgen madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.*

¡Esto es poesía de inspiración y de sentimiento!

Habiendo gozado la satisfacción de conocerlo en familia, podemos asegurar que era de trato sencillo, muy afable, y en su conversación amena como en la delicadeza apacible de su porte y acciones, no era fácil sospechar en él, al fogoso autor de aquellos cánticos de guerra.

Dícese que por donde se peca se muere, y así aquel corazón impresionable que tanto debió sufrir por lo mismo que sentía tanto los

dolores propios y de la patria, cesó de latir el 12 de Agosto de 1871 a influjo de una afección cardíaca, acompañándolo el duelo general.

Las exequias que se le tributaron fueron dignas del personaje, asociándolo el pueblo y el gobierno a su solemnidad, pero siguiéndole después un olvido que está muy lejos de los altos merecimientos de quien se distinguió tanto en política militante, en virtudes cívicas y en el culto de la gaya ciencia.

CALLE ZUVIRIA

Facundo de Zuviría, personaje de tanto volumen en nuestra historia nacional, que habeis de encontrarlo más de una vez en vuestras lecturas, y su señora madre doña Isabel Lezama (hermana de don Gregorio) unida en matrimonio con Zuviría en 1795. El señor Facundo de Zuviría, era una de las tres ramas procedentes de D. Agustín de Zuviría y doña María Plazaola y Castellanos, de las cuales una se extinguió y la otra, doña Feliciano, enlazada con el general Gorriti, produjo la primera escritora americana, Juana Manuela Gorriti de Belzu, que a su vez produjo a la inspirada poetisa Mercedes Belzu de Dorado.

El Dr. José María Zuviría era el tercero de los hijos de aquel matrimonio, siendo su hermano mayor don Fenelón, y los otros don Salustiano, Julio y Ramón y Carolina. A excepción de estos dos últimos, los demás todos han tenido mucha significación en la política y en las letras; por lo que se ve que aquel robusto tronco formado por Zuviría y Plazaola, produjo al país, en sus dos ramas, hermosos y sazonados frutos intelectuales y sociales, dignos de su origen.

Nació nuestro poeta el año 1830 en la ciudad de Salta, y muy niño todavía, su ilustre padre, que por la austeridad de principios, que fue la característica de su vida no pudo menos de ser opositor a Rosas, tuvo que emigrar a Bolivia, y allí corrió su adolescencia y cursó sus primeros estudios, recibiendo en el hogar paterno las impresiones que es dado suponer del ancho círculo político, social y literario en que rolaba toda su familia.

Poco después fue enviado a Buenos Aires a completar su carrera, y en seguida de Caseros, durante el Gobierno Provisorio, entró como empleado del Ministerio con el doctor Gorostiaga; el 14 de Julio del mismo año 1852 fue nombrado oficial 1º encargado del archivo del Ministerio de Haicenda, en que cesó el 30 de Diciembre. Era ya doctor según consta en el Decreto (Registro Oficial).

En 1853, cuando se formó el Congreso Constituyente en Santa Fe, fue nombrado secretario de aquella ilustre asamblea y ciertamente que no pudo hacerse mejor elección, pues debido a eso podemos representarnos hoy, y apreciar dignamente a muchos de aquellos patriotas que han sido maestramente perpetuados por el doctor Zuviría en su obra "Los Constituyentes de 1853", editada por Lajouane en 1889, en 400 páginas, hoy agotada.

Constituido el Gobierno de la Confederación en el Paraná, desempeñó el puesto de sub-secretario del Ministerio de Hacienda, del cual pasó al del interior. La provincia de Catamarca le encargó redactarse su Constitución, que de acuerdo con la Nacional, debían dictarse todas las provincias para su organización interna, y esta es la que hoy rige, quizá con insignificantes modificaciones.

La provincia de Santiago del Estero le eligió diputado al Congreso; pero fue nombrado secretario de la Legación enviada acerca del Pontífice de Roma, para regularizar las relaciones con la Santa Sede, confiada al entonces Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública don Juan del Campillo.

Fue en este viaje que ensayó sus facultades en las armonías poéticas, dando origen a su hermoso libro en que están coleccionadas tantas y hermosas composiciones en un tomo titulado "El Peregrino del Plata", con su retrato en portada, editado por la imprenta "Nueve de Julio" en 1871.

A su regreso de Europa en 1860, uniose con su señor padre, que se hallaba retirado accidentalmente de la política en Montevideo, y allí contrajo matrimonio con la señorita Clara de García Zúñiga, trasladándose al Paraná con su familia.

De allí comienza la época de su labor literaria. Ejerció el puesto de Juez federal en la provincia de Santa Fe por varios años y después abrió su estudio de abogado en Buenos Aires, teniendo su residencia en Belgrano, donde dio término a la publicación de sus poesías.

Su obra principal "Estudios de Historia Contemporánea", editada por Coni en 1881, comienza por desentrañar el génesis de nuestro carácter nacional, tomando sus rasgos primitivos en la conquista, siguiéndolo a través de su existencia colonial, acompañándolo en sus vicisitudes de la guerra civil y en la oscura noche de la dictadura, alborozándose con el sol radiante de Caseros, iluminando su desenvolvimiento progresivo en la era del renacimiento Nacional como en sus caídas y alzamientos hasta después de Pavón.

En esta obra, no solamente estudia nuestro estado interior, nuestras relaciones extranjeras, sino también nuestra legislación principal y nuestra vida política en formación. Consta de 570 páginas en 4º mayor y esmerada impresión.

Su libro *Sarmiento* es también de igual volumen y hermosa edición por Coni en 1889. Son anales contemporáneos en que desfila la historia política argentina de 1868 a 1874, en que aquel personaje estuvo tan íntimamente ligado a ella.

Hay también un grande acopio de datos sobre nuestra política internacional en cuanto se refiere a los países americanos.

Los demás libros son: "Religión, religiones y sistemas religiosos". Resumen histórico, hermosa edición con 300 páginas por la acreditada *Imprenta Europea*, en Buenos Aires en 1883.

"El Siglo XIX" en su evolución ante la Filosofía y la Historia, 600 páginas, 1888.

En su hermoso libro de poesías sobresale el canto que dedica a Martín Fierro, por la belleza de sus estrofas, por la exactitud de la crítica y por las proyecciones que le ha inspirado el poema nacional, participando de los mismos mirajes del autor de aquel poema, que contiene todavía muchas cosas que no han sido sospechadas de sus críticos.

Resúmenese en el doctor José María Zuviría los títulos muy honrosos de jurisconsulto, literato, magistrado, historiador y constitucionista, ciñendo con igual título la corona florida del poeta.

Descendió a la tumba el 9 de Noviembre de 1891, a consecuencia de un cáncer al estómago, en su casa calle Florida entre Charcas y Paraguay, acompañándolo un numeroso concurso de lo más selecto del país, que lamentaba esta verdadera pérdida.

"La Nación" del día 11 del mismo mes contiene importantes referencias en homenaje al poeta argentino que hoy conmemoramos.

CALLE DEL CAMPO

"En las composiciones de Estanislao del Campo, se hallan, sin disputa, el perfume y el brillo de los sentimientos y la imaginación del verdadero poeta, y la especialidad, poco común, de haber recogido de su propio corazón, de sus impresiones individuales, de sus gustos y de su carácter mismo, las bellas y distintas flores con que ha formado la guirnalda que hoy coloca en la modesta columna de la literatura argentina".

Con estas bellas y expresivas frases, comienza la *Introducción* que el inolvidable poeta José Mármol, puso en la primera edición de las *Poesías* de este vate, publicadas en un volumen por la imprenta "Buenos Aires" en Febrero de 1870.

En efecto, ningún poeta de los nuestros ha ostentado mayor originalidad; ninguno ha pintado mejor, ni hecho palpar con más verdad, los cuadros y los hechos que impresionaban su fantasía: ninguno ha extraído más, de su propio ser, los cantos que entonó.

Nació el señor Estanislao del Campo, en la ciudad de Buenos Aires, el 7 de Febrero de 1834, y fue bautizado el 4 de Abril de 1835, siendo sus padres don Estanislao del Campo, porteño, que tomó las armas al final de la independencia y militó en la guerra civil hasta llegar a teniente coronel, siendo uno de los que escoltaron el cadáver de su general Juan Lavalle, muerto en Jujú el 9 de Octubre de 1841 después de su derrota en Famaillá: luego pasó emigrado a Chile.

Su señora madre, doña Gregoria Luna, era nativa del espléndido Tucumán, llamado el jardín de la República, y aquí podemos sospechar el germen de su imaginación poética como de su *Unitarismo* acendrado.

Su único hermano varón es el estimable caballero Cupertino del Campo, y los demás pertenecen a la rama femenina.

Nuestro poeta se educó en una de las mejores escuelas de su tiempo, la *Academia Porteño-Federal* situada en la calle de la Florida, bajo la dirección de don Florentino García, llamado generalmente *Mister García*, porque en ella se enseñaba también el inglés.

Una de sus primeras ocupaciones fue como dependiente de tienda, en la de Brandes, calle Representantes (hoy Perú) entre Victoria y Alsina.

Esta ocupación era la preferida por la juventud principal de la época; se consideraba no solamente como preparatoria para el comercio, sino como la más social, pues el paseo de moda y habitual distracción de las porteñas de gran tono, entonces, eran las giras en las primeras horas de la noche, por las tiendas (1).

(1) *A esto aludía sin duda el señor Juan María Gutiérrez, Ministro de Gobierno del Dr. Vicente López, cuando en la famosa sesión de 22 de Junio de 1852, al discutirse el Acuerdo de Gobernadores de San Nicolás, increpó que los Diputados y la se hallaban en idénticos sentimientos que el 1º de Diciembre del año 28, en que hasta los tenderos pretendieron representar la opinión pública.*

De allí pasó a la Barraca de Balcarce y cuando se formó el sitio de Lagos, se incorporó a los defensores ocupando el cantón "Patria o muerte" situado en la quinta de la Sra. Anchorena, hoy Cervecería, esquina Juncal y Esmeralda, —hallábanse allí los señores Julio Cramer, que mandaba el punto; Angel Plaza Montero; Florencio Garrigós; Pablo Gómez (llamado por Calvo el Catón Argentino); Federico Miró; Manuel A. Ocampo; Manuel Guerrico; Federico Urioste; José Aramburo; Wenceslao Acevedo; Agustín Drago; Miguel Ballesteros y otros.—Siendo entre ellos el más joven y de menor talla, Del Campo, bautizaronlo con el nombre de guerra "Pichón de granadero": pero muy pronto este *pichón* mostró fauces capaces de tragar algunos gigantes de su cuadrilla.

Terminado el sitio se empleó en la Aduana y algún tiempo después entró como secretario en la Cámara de Diputados, empleo que desempeñó varios años.

Hizo la campaña y se halló en la batalla de Cepeda, en el primer Batallón del 4º Regimiento que mandaba Adolfo Alsina, y en la de Pavón ocupó su plaza de capitán en el mismo cuerpo.—En la primera de estas acciones le cupo la suerte de que cayese prisionero en su compañía el coronel Simón Santa Cruz, que era jefe de la artillería de Urquiza y extraviado de su cuerpo se presentó por la noche tranquilamente al retén de Del Campo, creyendo incorporarse a los suyos.

Cuando la revolución del año 74 que terminó en Junín, marchó a campaña en las filas del gobierno, con el grado de teniente coronel y comandante del mismo batallón.—En esta Campaña bastante penosa por las abundantes lluvias que sobrevinieron, adquirió una afección a la laringe que complicó después su última enfermedad.

Fue electo y ocupó breve tiempo una banca como Diputado al Congreso; pero habiendo resultado saliente en el primer sorteo, no fue reelecto y tomó el puesto de oficial mayor en el Ministerio de Gobierno, que desempeñó con suma competencia y notable autoridad.

Tal es su vida y foja de servicios como patriota, pues no es fácil señalar los casos en que su consejo y su prestigio en el pueblo, su habilidad, su ingeniosa inventiva y la confianza que en él depositaban los primeros hombres del país con quienes estaba íntimamente vinculado, influyeron fuertemente en las combinaciones electorales y políticas de aquella época borrascosa.

En este sentido se citaban golpes maestros y decisivos.

Como cantor lírico, sus composiciones, aunque no son numerosas, merecieron bien la corona de poeta que el sentimiento popular colocó sobre su frente, y no ofreciéndose a su númen los hechos gloriosos que inmortalizaron a sus nobles predecesores, Del Campo tuvo que tomar de los asuntos ordinarios, o antes tratados, los temas para ejercitar su éstro.

Con todo, su brillante imaginación poseía reverberaciones propias para iluminar cuanto veía, y en su paleta de artista había siempre co-

Como el Dr. Vicente Fidel López se hallara en la misma sesión en su carácter de ministro de Instrucción Pública sosteniendo el mismo documento, y tirase a bala roja contra sus impugnadores, las crónicas partidistas le atribuyeron, y se perpetuó la versión, que Buenos Aires era un pueblo de tenderos—lo que agravó al porteñismo concitándolo a contestar con la revolución del 11 de Setiembre, que ya se preparaba.

lores y matices para dar realce y animación sorprendente a sus asuntos. Como prueba véase la dedicatoria que hace de sus poesías:

A LA PATRIA

*República Argentina, Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
De gayas flores las naciones ven:
La cariñosa mano de tus bardos,
Puso rosas, jazmines, violas, nardos,
Entre los verdes lauros de tu sien.
Yo no vengo a mezclar con esas flores,
De olímpicos perfumes y colores,
Las silvestres y humildes que aquí ves:
Vengo, Patria gloriosa, solamente,
A doblar la rodilla, reverente,
Y a deshojar las mías a tus piés.*

En su canto a *Jesús* el poeta es filósofo cristiano, y en *América*—argentino patriota: ¡Americano!

Pero en donde se levanta a las cumbres más altas de nuestro Parnaso, es en el género festivo, siempre original y ocurrente. En este sentido no ha tenido rival en nuestro país, y sus composiciones son de un mérito capaz de hacer la popularidad de cualquier poeta europeo.

Ensayó con gran éxito la forma gauchesca, y si hubiera habitado algún tiempo en la campaña, penetrándose bien de sus usos y costumbres, asimilándose algo del sentimiento y el genuino ser de nuestros paisanos, ciertamente que hubiera ido muy lejos, porque tenía sobradas condiciones para ello.

Pero Del Campo era cultor del arte y solo por fantasear hizo escuchar algunos bordoneos en su guitarra, concertando con su feliz inventiva dichos y refranes cazados a los pocos campesinos que trataba, y dándoles de su propio ser, el espíritu eminentemente criollo que rebosaba.

FAUSTO es la obra memorable de "Anastasio el Pollo" pero bien considerado, es el más brillante de sus fantaseos gauchescos. Con efecto: inventarse un paisano de tierra adentro, de plena Pampa, que baja a la ciudad a cobrar sus lanas; se encamina solito hacia el Teatro de la ópera sin extraviar calles; compra su entrada; atraviesa la multitud que se agolpa; ¡sube las escaleras! ocupa su sitio en el *Paraíso* (1); juzga, critica y satiriza con atinado acierto, costumbres y cosas que no pasaron jamás por sus sentidos; asiste a la representación fantasmagórica del más nebuloso y complicado poema que ha creado la imaginación germánica; no deslumbran sus ojos, no alteran la serenidad de su alma educada en las plácidas monotonías de la Pampa, ni la novedad de tan brillantísima concurrencia, ni los esplendores del teatro, ni las mágicas transformaciones escénicas, ni las cambiantes radiaciones de la luz eléctrica; y sigue en todos sus detalles la enmarañada acción dramática entre el cielo la tierra y el infierno, interpretando hasta la intención remota del filósofo alemán, cantada en el idioma del Dante por los mejores artistas; siente las emociones que el actor refleja; y ríe, llora y palpita arrebatado en los torrentes armoniosos de Gounod.

(1) *El número de los escalones que daban acceso a la galería de hombres del Teatro de Colón, era de CIENTO Y UNO. Don Laguna tuvo la singular previsión de contarlos, con más exactitud, que si hubieran sido los corcobos de su potro.*

Y para que nada falte, repite al día siguiente con notas y comentarios que harían la fama del más hábil narrador, cuanto ha visto y escuchado en el fantástico espectáculo.

Lo que Goethe empleó treinta años en combinar pudo el gaucho en tres horas comprender.

Francamente: se necesita ser *muy gaucho* para realizar este prodigio, o Del Campo ha creado en su *Laguna* un "domador de óperas" desconocido en el país.

Por eso no hay que exigirle inexorable propiedad en los cuadros que con maestría presenta, como el del mar, y basta gozar de las bellezas desplegadas en esa pintura digna de una acuarela por De Martino, sin relacionar el caso a un gaviero de alta mar que describiera los bosques Misioneros con la fantasía de Chateaubriand.

Tan admirable cual sea su sagacidad criolla y su facultad imitativa, a menudo tiene que incurrir en errores de hechos, que no es fácil desde lejos penetrar.

Su personaje principal, Laguna, es un gaucho bien *empilchao*, que monta un flete escarciador y coscojero, que aunque era *medio bagual*, sin embargo, lo deja rienda arriba, allá entre las ropas tendidas de las lavanderas del bajo (1), y cuando el Pollo le dice: —"¿No quiere maniar su overo?" contesta:

—Déjelo a mi parejero

que es como mata de pasto.

Y este parejero, que se llama *Záfiro*, piedra preciosa que ningún gaucho, y aun pocos cultos conocen —y por tanto nada más contrario a la índole expresiva, y a veces gráfica, del lenguaje gaucho— es de color *Overo rosado*: justamente el pelo que no ha dado jamás un parejero, y conseguirlo sería tan raro como hallar un gato de tres colores.

Cada pelo tiene, por lo general, su condición característica: los ozcos son preferidos por fuertes, ligeros, sufridos, y briosos: los claros no sistienen la competencia; el overo rosado es manso, *galope de perro* y propio para andar mujeres; el moro es *acero*, el picazo pintor, el oscuro *pájaro*, el blanco *quitilipe*, el tordillo nadador, el zaino para todo, el *tobiano* para nada, el *alazán* chasquero y el *tostao* antes muerto que cansao.

Hidalgo eligió para su *Chano*, un azulejo; Magariños Cervantes, para *Celiar*, imitó a Hidalgo dándole:

Un malacara azulejo

parejero ganador

que en muchísimas carreras

renombre ilustre adquirió.

pero Ascasubi, más legítimo, presenta su *Chano* en su *picazo* volador y le dice a su aparcerero Contreras:

...de mi hacienda

éste es el pingo mejor

y el único que reservo

para algún lance de honor...

Martín Fierro, "tenía un moro de número —sobresaliente el matucho"—; ningún gaucho típico habría elegido aquel pelo híbrido para presentar el pingo de su crédito.

(1) En aquel sitio, que hoy llenan los terraplenes, avanzando hacia los docks del puerto, varios millares de mujeres lavaban en los charcos y tendían en las verdes toscas, y en cuerdas al aire, toda la ropa de la población de Buenos Aires.

Pero veamos la primera estrofa:

.....
*Un paisano del Bragao
De apelativo Laguna
Mozo jinetazo, ¡ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.*

Observación: Al potro no se le pone freno, sino *bocado* —sofrenar, es un tirón de las riendas, recio, seco, inesperado, que ensangrienta las encías del caballo y lo vuelve “quebrado en la boca” y *estrellero*, sumamente torpe a la rienda y de difícil manejo. *Sofrenar el caballo* no es propio de criollo jinete, sino de gringo rabioso. El gaucho clava la espuela: el otro castiga por la cabeza.

Luego, el abrazo prolongado en que se *enredaron* lagrimiendo los dos amigos, es del mismo corte. —¿Quién vio abrazarse dos gauchos? —Ni para bailar.

Abrazo, beso y lloriqueo, entre napolitanos es cosa corriente; y si tal escena tuvo por teatro algún pajonal de esta tierra, no habrá pasado de la Boca del Riachuelo.

Por eso repetimos, hay que gozarlo en sus bellezas, no analizarlo en sus detalles.

Basta lo dicho para diseñar la tesis y poner en primer término de las composiciones de *Anastasio el Pollo* su oportuno “Gobierno Gaucho” rebotante de intención, de patriotismo y de verdad; recomendando al mismo tiempo, como una sátira original y moralizadora, la *cuenta por duelos*, que le evitó a Varela, en que se burla de tan ridícula práctica, aunque dos veces tuvo que participar de ella.

Consérvanse en la memoria de algunos amigos, los célebres epitafios en vida a Frías, Alsina, Galván, Gelly y Obes, Cantilo, Marcó del Pont, Villegas, etc., en que brilló con éxito su chispa epigramática.

Atacado de una grave enfermedad que complicaban los resabios de la que había adquirido en la campaña del 74, abandonó la vida pública soportando un año y medio de padecimientos, que alejaban apenados a sus numerosos amigos, contemplando aquel cerebro tan fecundo, que mil veces derramó en torno suyo la felicidad y la alegría, postrado hasta el punto de perder a intervalos el uso de la palabra.

El 6 de noviembre de 1880, dejó de existir en la casa calle Temple 631, que él mismo había hecho levantar, y sus restos mortales fueron al día siguiente acompañados al cementerio del Norte por una concurrencia que distaba mucho de ser la que debía esperarse. La prensa misma que tantas veces animara con su genio, olvidó tributarle el merecido homenaje y para su corona fúnebre hubo solamente dos discursos, improvisados pero sentidos y sinceros: pronunciáronlos Carlos Guido y José Hernández.

Merece consignarse que esta fue la única vez que Hernández haya hablado sobre una tumba, pues se excusó siempre aun en casos de compromiso; tal excepción con Del Campo, prueba cuánto era el cariño y la estimación que recíprocamente se profesaban.

Su palabra seductora; su ancha y plácida faz agradable a pesar de su rostro excesivamente hollado por la viruela; su cabello ensortijado; su boca sonriente, tan dispuesta a un chiste como a un consuelo, pero refractaria a la meledicencia o la crueldad; su continente franco; sus modales de corte criollo; la vivacidad de sus ojos y la amenidad de su trato, figura que por su talento desfila con justicia en la galería de los buenos poetas del país.

Honrémonos conmemorando su nombre en nuestro pueblo.

JOSE HERNANDEZ

El Concejo Municipal sancionó este nombre con exclusión de mi voto, por razones claras de comprender. Pero si en el seno de una corporación oficial, tratándose de una resolución destinada a honrar la memoria de mi hermano, me abstuve de tomar parte, no he creído deber persistir en este folleto, retrayéndome de narrar la vida *del hombre que más he amado en este mundo*, si se me permite emplear las propias palabras del señor Nemesio Vicuña Mackena, refiriéndose a su ilustre hermano Benjamín, en circunstancias parecidas a las mías.

Y al hacerlo así, siguiendo en ello el ejemplo que en Europa y en América me ofrecen ilustres escritores respecto a sus deudos más inmediatos, entre los cuales, guardando legítimas distancias, puedo recordar al patriota Manuel Moreno en la publicación de la vida y memorias de su esclarecido hermano M. Mariano, sólo cuidaré de no apartarme ni un ápice de la verdad, acallar mis sentimientos fraternales, sustraer la pluma a todo apasionamiento y librar al juicio público la apreciación de los hechos que ligeramente narraré. Con esta salvedad, que espero sea justamente apreciada, doy comienzo a este trabajo.

José Hernández, popularmente conocido por *Martín Fierro*, pues como decía él mismo, era ése un hijo que había dado nombre a su padre, nació en Buenos Aires el 10 de noviembre de 1834, descendiendo por línea paterna de distinguido abolengo Español y por la materna de tronco americano formado en 1769 por una hija del emigrado irlandés O'Doggan, nacida en el país, unida en matrimonio con el francés Pueyrredón.

Esta es la familia de patricios de donde salió don Juan Martín Pueyrredón, el primero que acaudilló la caballería gaucha iniciándola en la pelea, en el "Caserío de Perdriel" (hoy chacra Pueyrredón, en el partido de San Martín) contra el general inglés Berresford y llegó a General y Director Supremo de las Provincias Unidas, compartiendo con San Martín la empresa colosal de la campaña de Chile. Tres hermanos más de D. Juan Martín, llamados José Cipriano (abuelo de Hernández), Diego y Juan Andrés Pueyrredón, actuaron con él y se distinguieron en la Reconquista y Defensa de Buenos Aires en 1806 y 1807.

Fueron sus tíos (por línea materna) el coronel de la Independencia, oficial de Granaderos a caballo, Manuel Alejandro Pueyrredón, que tenía diecisiete cicatrices en el cuerpo, escribió sus memorias militares, y murió en el Rosario; D. Diego Pueyrredón que murió joven en la batalla de Ciudadela, y D. Fortunato Pueyrredón que cayó prisionero de los españoles en la misma y cargado de grillos y cadenas murió a los seis años en las horribles crugías de *Casas Matas* en el Callao; aquellos antros más horribles que *Los Plomos* de Venecia, donde la "amorosa madre patria" arrullaba a sus altivos hijos de la América.

De la misma familia derivan también las de Itoirte, Leloir, Albarcellos, Sáenz Valiente, Dr. Eduardo Costa, poetisa Josefina Pelliza, Dr. Liliedal, Dr. Larroque, D. Goyo Torres, Coronel Emilio Castro, y más de 300 productos existentes, de aquel robusto árbol, en distinguidos apellidos del país.

Por la línea paterna era sobrino de los coroneles de la Independencia, Eugenio y Juan José Hernández, que el año 1831 plantó el primer campamento cristiano en Choele-Choel, ostentaba los cordones de Itugainzó y murió mandando las infanterías de Rosas en Caseros.

Su bisabuelo, del tronco femenino, y sus tíos abuelos, Caamaño y San Martín, no tenían rivales como los más ostentosos y genuinos hombres de campo, fuertes hacendados de Baradero, donde aún existen restos que mantienen ambos apellidos.

Educóse Hernández en el colegio del señor Pedro Sánchez (que vive aún), muy acreditado en su época, distinguiéndose por su percepción rápida y prodigiosa memoria. Desde niño fue inclinado a la poesía, mas sus afanes escolares le produjeron una afección pectoral que le obligó a salir al campo, donde en alta escala trabajaba su señor padre, gozando de renombre en el paisanaje Surero, por sus grandes empresas en volteadas de haciendas alzadas de los campos de D. Felipe Piñeyro, Calixto Mouján, Pedro Vela, Escribano, Casares, Alzaga, Llavallol, etc., de donde enviaba decenas de miles para los saladeros de Cambaceres, de Panthou y otros.

Allá, en "Camarones" y en "Laguna de los Padres" se hizo gaucho, aprendió a jineter, tomó parte en varios entreveros, rechazando malones de los indios Pampas, asistió a las *volteadas* y presencié aquellos grandes trabajos que su padre ejecutaba, y de que hoy no se tiene idea. (1) Esta es la base de los profundos conocimientos de la vida gaucha y su amor al paisano, que desplegó en todos sus actos. Ved ahí, por ambas líneas, el génesis patriótico y gauchesco fundido en *Martín Fierro*.

Hallóse en la acción de San Gregorio con don Prudencio Rosas, que trajo la gente del Sud en 1853, y también en la del Tala; fue teniente en el Regimiento del coronel rengó Sotelo, y en 1858, a causa de un duelo en el campamento, y habiéndose hecho Reformista, con Calvo, emigró a Entre Ríos y fue empleado en el comercio y oficial 2º en Contaduría Nacional en Paraná.

Aprendió, por referencias casi, el arte de la Taquigrafía, y sin maestro, en siete meses de ensayo, estuvo apto para ocupar el cargo en el H. Senado de la Confederación, que desempeñó varios años, bastando su solo lápiz para tomar y traducir las sesiones allí, donde había oradores de fuste, como Zavallia, Campillo, Severo González, Calvo, Angel Elía, General Guido, Zuviría, etc.; y además en las sesiones solemnes de la Cámara de Diputados, y en la convención de Nogoyá.

Ejercitando sus excelentes dotes de observación, se hizo *estudiante* de derecho constitucional al tomar los importantes debates de aquellos ilustrados patriotas, que tenían a su cargo la gran tarea de constituir la República bajo la forma federal en que hoy se halla.

Veinte años después, esas observaciones ampliadas con sus lecturas, fueron el caudal de conocimientos en materia de derecho constitucional que manifestó en el periodismo y en la Legislatura de Buenos Aires, en varios períodos de representación.

—“A mi lápiz de taquígrafo, solía decir, debo mis estudios constitucionales”—. Lo cierto es que sus maestros no fueron simples teorizadores, sino constituyentes de verdad.

En la campaña de Cepeda perteneció al batallón Palma Nº 1º de línea), en clase de ayudante, y se distinguió en la batalla por su valor y resistencia infatigable en las tareas de todo el día y la noche del 23 de octubre.

Durante la presidencia interina del General Juan E. Pedernera fue su secretario privado y esto formó un vínculo de cariño entre ambos que sólo se turbó con la muerte; después de Pavón y “Cañada de Gó-

(1) Con decir que sólo los 2 Estancias de Vela que administraba el señor don Felipe Vela en el Tandil, tenían 64 leguas cuadradas y estaban cubiertas de ganados cimarrones, se comprenderá el dicho de Fierro:

Teniendo al campo la vista
Solo via hacienda y cielo.

mez", donde se halló, ascendió a Sargento mayor efectivo del Ejército Nacional, título que no reclamó jamás de los gobiernos posteriores que combatió. Poseía abundantes apuntes para la biografía del benemérito guerrero puntano y había escrito la del General Angel Vicente Peñaloza, bajo el título *Vida del Chacho*, que se reimprimió en Buenos Aires en 1875 con motivo de un discurso sensacional del Dr. Rawson en el Congreso recordando con elogio al patriarca de la Rioja, que fue asesinado por jefes nacionales en Olta el 2 de noviembre de 1863, con aprobación y aplauso oficial de Sarmiento, que era gobernador de San Juan. Esto conmovió bastante a la juventud ingenua que se había educado bajo la influencia de una historia ficticia elaborada por la pasión intransigente de los partidos, que desfigura los hombres, falsea los hechos y desnaturaliza las cosas!

Fue Fiscal y luego Ministro de Hacienda en Corrientes; hizo la campaña con el Gobernador derrocado por fuerzas nacionales don Evaristo López; participó en todas las campañas mantenidas por la resistencia armada de Entre Ríos, con el general López Jordán hasta Ñaembé, de donde a causa de la derrota final, emigró por tierra al Brasil.

Esgrimiendo siempre la espada y la pluma, guerrero, revolucionario, periodista, orador popular y muy prestigioso en el pueblo, trabajó mucho y no disfrutó nada. Redactó muchos periódicos, "El Argentino" en Entre Ríos; como corresponsal político de la "Reforma Pacífica"; y en varios del Rosario. Redactó con Soto "La Patria", en Montevideo, y fundó en Buenos Aires, el "Río de la Plata", cuya propaganda era: Autonomía de las localidades, Municipalidades electivas, abolición del contingente de frontera, elegibilidad popular de jueces de paz, comandantes militares y consejos escolares.

De formas atléticas, poseía una fuerza colosal comparable a Rattetto, el hércules de nuestros circos y una bondad de alma comparable a su fuerza. Decidor chispeante, oportuno, rápido y original, se conservan entre sus amigos interesantes anécdotas; pero jamás hiriente en sus chistes epigramáticos. La nota bulliciosa vibraba siempre a su alrededor, no por cuentos que refiriese, sino por sus ocurrencias felices y siempre criollas.

Perteneció constante al partido federal, hoy nacionalista; fue Diputado y Senador, afrontó las cuestiones más trascendentales, prestigian-do con su palabra como Diputado, en imperecedero debate, la cesión de Buenos Aires para capital de la República; presidió la comisión popular en la gran fiesta de la piedra fundamental de La Plata, como presidió también la sección de las provincias en la Exposición Continental y la Cruz Roja en la revolución de Tejedor.

Cuando se dispuso reformar la constitución en 1869, formóse una coalición de los directores de diarios influyentes para llevar a las bancas de la Convención los hombres más preparados del país. El partido político restos de unitarismo, que había dominado 25 años, empezaba a dividirse en dos bandos. La figura de Alsina acentuaba sus perfiles federalistas y trazaba su propio rumbo.

Las fuerzas estaban equilibradas: "La Tribuna", "La Verdad", "La Nación Argentina", "El Nacional" y "La República" representaban los dos bandos; "El Río de la Plata" era la tercera fuerza que actuaba en función determinante y Hernández la hizo valer en las distintas reuniones que tenían lugar en la imprenta de "La Verdad", presididas por el señor Cantilo, para dar alternativamente el triunfo a candidatos de uno y otro bando, a cambio de los suyos pertenecientes al partido Federal que llevaba 20 años de ostracismo o abandono en la oscuridad y el olvido. Por esta evolución que él solo llevó a cabo, con persistente

labor, y aunque le fue privadamente reconocida, no se le manifestó públicamente jamás, volvieron a la vida pública los señores Vicente F. López, Bernardo de Irigoyen, Luis Sáenz Peña, Alvear, Lahitte, Gutiérrez, Vicente G. Quesada, Navarro Viola y Tomás Guido. Estos tres últimos se conservaron siempre finísimos amigos y muy consecuentes y cariñosos con Hernández.

A más de los nombrados entraron a la Convención otros federales que, como Gorostiaga, se mantenían más o menos a flote en sociedad, pero alejados de la política, y una vez en aquel teatro, fueron una revelación para el pueblo, que no tenía idea de su existencia y valimiento; pero una vez conociéndolos, marcharon rápidamente en la opinión, porque tenían merecimientos propios, que el partidismo intrasigente había ocultado a toda una generación.

Hernández no fue entonces convencional, lo que retardó mucho su presentación en la escena pública de su provincia, porque a indicación suya se había convenido en eliminar la candidatura de todos los diaristas del acuerdo, compromiso que algunos cumplieron hasta el fin.

En ese diario, de complexión robusta, que la administración Sarmiento mató de un golpe, escapando a la cárcel su redactor propietario gracias a sus numerosos amigos, fue co-redactor el ilustrado Agustín de Vedia y colaboraron los señores Navarro Viola, José Tomás Guido, Vicente G. Quesada, C. Guido y Spano, J. Sienra Carranza, M. A. Pelliza, Tomás Moncayo Avellan, Simón Bolívar Camacho, y algunos otros escritores de nota, en tanto que se iniciaron esgrimiendo sus primeras armas literarias Estanislao Zeballos, Aurelio Herrera (a) Teseo, Cosme Mariño, Oscar Liliedad, Ocampo (Salvador Mario), Mariano Espina, Gerónimo Montero, Samuel Alberú, Nicasio Dibur, Rómulo Gazcón, Enrique Serantes, Vicente Hernández, Horario Mendizábal, Sixto Rodríguez y otros que no recuerdo, pero cuya nómina demuestra la perspicacia de Hernández para penetrar en el corazón de los jóvenes, apreciar sus cualidades y fomentar aquellos que poseían los elementos de superioridad para distinguirse en el país. Los tres primeros pasaron en seguida con el señor José C. Paz a fundar "La Prensa", que ya cuenta 27 años.

Como político de largas vistas, se mostró particularmente en notables conferencias, que dio en los altos del teatro Variedades, a que asistían muchos hombres públicos, cuando el entusiasmo por la apertura del Istmo de Panamá exaltaba todos los ánimos. Logró entibiar ese entusiasmo demostrando los trascendentales perjuicios que nos ocasionaba, y apuntando lo que era preciso hacer para contrarrestarlos, aunque fundando a grandes rasgos su opinión que preveía el fracaso.

Con esto ampliaba lo que había dicho en el famoso debate con el doctor Alem en 1880, sobre la cesión de Buenos Aires para capital de la República, a cuya sanción llamaba "forjar el acero para hacer invencible la Nación" y "poner el sello a la obra iniciada en 1810". En ese discurso, que ocupó tres sesiones sin salir un punto de las cuestiones internas, recordaba que el señor Lesseps tenía ya reunidos 300 millones de francos para principiar la obra y exclamaba: "No nos descuidemos, no nos quedemos atrás del movimiento científico, comercial y económico del mundo... la apertura del Istmo de Panamá va a servir de puerta para el comercio de Europa dejándonos relegados al extremo meridional de la América del Sud".

En las actividades de su vida y merced a su poderosa organización intelectual, guiaba su mente por distintos rumbos, sin distracción ni confusiones y así fue sucesiva y a veces juntamente: Contador, taquígrafo, guerrero, revolucionario, legislador, miembro del Consejo Nacional de

Educación, Consejero del Monte de Piedad, del Banco Hipotecario, protector de las industrias, estanciero, periodista, orador y poeta, hombre de espada y de pluma, del bosque y del salón, de tribuna y de espuela. En el campamento como en el gabinete sirvió a su país en el orden Nacional y Provincial; de su poema Martín Fierro dijo el doctor Navarro Viola: "es una lección de lo que debe ser la poesía, es decir: *Una moral y un arte*".

La autoridad incontestable que tenía en asuntos campestres, fue causa que el gobierno del doctor Rocha le confiara la misión de estudiar las razas preferibles y los métodos pecuarios de Europa y Australia, para lo cual debía dar la vuelta al mundo, siendo costeados por la Provincia todos los gastos de viaje y estadías y rentado con sueldo de 17.000 pesos moneda corriente mensuales durante un año, sin más obligación que presentar al regreso un informe que el Gobierno se comprometía a publicar.

Tan halagadora se suponía esta misión, que el decreto fue promulgado sin consultar al favorecido, quien al conocerlo por los diarios se presentó en el acto al despacho de Gobierno rehusando el honor.

Como el gobernador insistiera en que se necesitaba un libro que enseñase a formar las nuevas estancias, y fomentar las existentes, le contestó que para eso era inútil el gasto enorme de tal comisión; que las formas y prácticas europeas no eran aplicables todavía a nuestro país, por las distintas condiciones naturales e industriales; que la selección de razas no puede fijarse con exclusiones, por depender del clima y de la localidad donde se crían y las variaciones del mercado, y en fin que en pocos días, sin salir de su casa, ni gravar al Erario, escribiría el libro que se necesitaba. En efecto, escribió su "Instrucción del Estanciero" que editó Casavalle y cuyos datos, informaciones y métodos bastan para formar un perfecto mayordomo o director de estancias, y enseñarle al propietario a controlar sus administradores.

Excusado es decir que el Gobierno ni siquiera suscribió un ejemplar del importante libro, pero insistiendo en la idea de la famosa misión, rodeando el mundo, se sirvió ofrecérmela a mí por conducto de su ministro el doctor D'Amico; pero también la rehusé a pesar de las animadas reflexiones de aquel amigo, fundado en iguales razones y en que no tratándose de elegir y mandar los ejemplares, lo demás me parecía escolástica pura. A las tres fue la vencida y dicha comisión fue confiada al señor Ricardo Newton, llevando por secretario al ilustrado doctor don Juan Llerena, "el hombre que más sabe en la República Argentina", según le escuché decir en conversación al doctor Nicolás Avellaneda.

El viaje se hizo, el informe se imprimió en 5.000 ejemplares de 10 tomos, los gastos fueron fastuosos y puntualmente pagados... más el resultado, predicho por Hernández, está lejos de competir con el de su libro criollo.

Si el doctor Rocha en vez de esforzarse por alejar a Hernández de su patria, enviándolo primero a Europa y después a Salta, donde adquirió los gérmenes de su enfermedad mortal, se hubiera apoyado en su prestigio incontestable en la Provincia, otra hubiera sido su situación actual.

Era su retentiva tan firme y poderosa, que repetía fácilmente pá-ganas enteras, de memoria, y admiraba la precisión de fechas y de números en la historia antigua, de que era gran conocedor.

Se le dictaban hasta 100 palabras, arbitrarias, que se escribían fuera de su vista, e inmediatamente las repetía al revés, al derecho, salteadas y hasta improvisando versos y discursos, sobre temas propuestos,

haciéndolas entrar en el orden que habían sido dictadas. Este era uno de sus entretenimientos favoritos en sociedad.

En las asambleas tumultuosas sirvió muchas veces para apaciguarlas por su figura culminante, por su palabra de fuego, por el cariño con que el pueblo lo recibía y hasta por su potente voz de ÓRGANO DE CATEDRAL, como le llamó el escritor Benjamín Posse.

Al fin, este coloso inclinó la robusta cabeza, con la debilidad de un niño, en su quinta de Belgrano, el 21 de octubre de 1886, a menos de 52 años de edad, minado de una afección cardíaca, quizá; en el pleno goce de sus facultades hasta cinco minutos antes de expirar; conociendo su estado y diciéndome: —Hermano, *esto está concluido*. Sus últimas palabras fueron: BUENOS AIRES, BUENOS AIRES y cesó!

Numerosa y selecta fue la concurrencia a la inhumación de sus restos, y entre los discursos pronunciados, sobresalieron los del Coronel José Tomás Guido y el doctor Luis V. Varela. En cuanto al del General Lucio V. Mansilla, dominó la opinión de ser la mejor pieza oratoria que había pronunciado aquel fecundo y original orador. En esta sentida oración inició la idea de conservar por la estatuaría las líneas de su figura colosal.

El Senado, de que era miembro, decretó una placa para su sepulcro.

Su libro, bien conocido, es como la fotografía de una raza legendaria que se extingue.

Al desaparecer el gaucho, la Providencia trajo al pintor: Concluida su misión, también acabó! —Escudriñando escrupulosamente no se hallará una sola impropiedad o error en cuanto allí describe, porque no procede de oídas, ni por imitación, sino que pinta escenas en que ha sido a menudo actor o espectador.

Tomó al gaucho en la frontera, se internó con él en el desierto, luchó en el Pajonal con el Pampa y trazó en su poema, no solamente usos y costumbres de los salvajes, entonces completamente desconocidas del cristiano civilizado, que no han sido rectificadas, sino cuadros conmovedores que produjeron una revolución en las ideas sociales y en la política, pues suprimieron el contingente de frontera y operaron la emancipación del criollo como lo había sostenido en su diario "El Río de la Plata".

Por eso autoridades como Avellaneda, Estrada y muchos otros, han dicho que ese libro era libro de misión, que condensaba en coplas de cadencia y lenguaje popular, sabiduría profunda y moral exquisita. Entre los numerosos escritores nacionales y extranjeros, que de él se han ocupado, por más de 20 ediciones, tan sólo el señor Juan Antonio Argerich ha pretendido singularizarse diciendo que Ascasubi y Hernández eran simplemente dos prosistas insoportables. El crítico ha perdido su tiempo, pues sin embargo del tono olímpico con que fulmina sus fallos literarios, no ha modificado el concepto nacional acerca de estos poetas populares.

Se le escuchó con la misma sonrisa que cuando dijo que los versos de Carlos Guido y Spano, nuestro gran poeta lírico, *eran flores de trapo*.

El 21 de octubre del corriente año tuvo lugar en el Cementerio de la Recoleta la ceremonia oficial de colocar en su panteón la corona y placa de bronce que como homenaje a su memoria decretó el Senado por iniciativa del doctor Julio Fonrouge, cuya inscripción dice: *El Honorable Senado de la provincia de Buenos Aires a José Hernández, autor de MARTÍN FIERRO*.

Asistió numeroso y escogido público y se pronunciaron elocuentes discursos, pero el del doctor Mariano Orzábal, que hizo el panegírico en nombre y representación del Honorable Senado, fue una pieza magistral en la que nos recordó que era el iniciador de la Escuela y Haras de Santa Catalina y el que había dado el nombre a la ciudad de La Plata.

Prestigió el acto la prensa de todos los matices, asociándose a él, así como el Ateneo, el poeta Guido y Spano y numerosos personajes del país.

La reputación del *Martín Fierro* se ha extendido por todos los países y centros del habla latina en Europa, en las repúblicas Americanas y en Nueva York.

El "Correo de Ultramar" de París fue el primero que lo reprodujo íntegro en sus columnas, luego en Méjico y siguió en las demás repúblicas.

Hace poco tiempo, el reputado crítico español Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *"Antología de poetas Hispano-Americanos"*, le consagra altos elogios y hace propios los del ilustrado poeta Unamuno, ferviente encomiador de Hernández, que entre otras cosas, dice: "Su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma".

"Martín Fierro, es el canto del luchador Español, que después de haber plantado la Cruz en Granada se fue a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto."

No se extinguirá en el corazón del criollo, la imagen de este poeta. El, supo bien lo que hacía, conocía a fondo el corazón y los sentimientos del paisano, confiaba en su gratitud eterna, y por eso, como un presentimiento, en la última página de su libro dice:

*Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar—
En mi obra he de continuar
Hasta dárseles concluida—
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.
Y si la vida me falta,
Ténganlo todos por cierto,
Que el gaucho, hasta en el desierto
Sentirá en tal ocasión—
Tristeza en el corazón
Al saber que yo estoy muerto.*

GONZALEZ DEL SOLAR

Quien mayor empeño ha demostrado para reconstruir la sección galana en los fastos del Plata, es el renombrado literato José Domingo Cortés, seleccionando en "La América Poética", hermoso libro con más de mil páginas en mayor, publicado en París en 1875, y en *El Parnaso Argentino* las valiosas producciones de nuestros principales poetas.

Aunque igual cosa ha hecho con los bardos de las otras repúblicas hermanas, buscando fomentar por las relaciones literarias la unión de nuestras nacionalidades que es un alto ideal Americano, debemos en justicia reconocer este servicio de un chileno, que tan buena reputación goza en el mundo de las letras.

Con decir ahora que en *El Parnaso Argentino*, edición 1873, en Santiago de Chile, y entre los retratos y composiciones que lo constituyen, coloca en sitio distinguido el de Andrés González del Solar, basta y sobra para comprender que si no alcanza más alto sitio, debido al poco tiempo que pudo consagrar a las musas, no por eso dejó de honrar a su país, revelando las condiciones superiores de un verdadero patriota y poeta.

Nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1838 y perteneció a la frondosa rama de ese nombre, en que se cuentan varios médicos y abogados que ocupan altos puestos disfrutando merecidas distinciones por su talento y virtudes.

Fueron sus padres, don Andrés González del Solar, español, originario de Santander, y establecido con una tienda de lencería y artículos de introducción en Buenos Aires, y doña Margarita de la Puente, argentina y perteneciente a una de las distinguidas familias de la misma ciudad.

Desde muy joven mostró su inclinación a las letras, formando parte del círculo brillante en que actuaban: Carlos Encina, Francisco López Torres, José M. Estrada, Juan O'Roock, Carlos L. Paz, Pedro Rivas, Tomás Gutiérrez, Laurindo Lapuente, Heraclio Fajardo, Juan Chassaing, Dardo Richo, José María Muñiz, Juan Coquet y algunos otros aficionados a las letras.

Del Solar marchaba en primera fila con sus compañeros y si a los 15 años empuñó un fusil en los cantones del sitio, cuando la revolución de Lagos, al cumplir los 20 se presentó en el gran certamen para la instalación del Liceo Literario el 13 de octubre de 1858 en el Teatro Colón, iniciado por el Barón de Viel Castel.

Revelóse en aquel acto solemne con su canto a Colón, que admiró al selecto público no menos por la belleza del trabajo que por la precocidad del autor; y como empezaban ya a acentuarse los partidos políticos que luego se denominaron *Pandilleros* (unitarios) y *Chupandinos* (federalistas), los diarios que no pertenecían a esta filiación, se concretaron a la conspiración del silencio, reproduciendo con aplauso las otras composiciones y negando su publicidad a la del Solar. Así se extendía hasta en el sublime arte de las letras esa guerra cruenta, contra la vida, la hacienda y la fama, que ha ensangrentado por tantos años la República, y así también se matan las más bellas iniciativas con incalculable mengua de la patria.

Copiaremos algunas estrofas de la introducción y el final, que bastarán para juzgar al imberbe poeta.

ODA A CRISTOBAL COLON

Lema

*Dios al verlo tan sabio y tan discreto
Le confió de los mundos el secreto.*

*¡Oh, sacro eterno fuego!
Que al numen das la inspiración, la fama!
¡Oh fecundante riego
De luz, me inunda en tu creadora llama
Y al nombre de Colón mi pecho inflama!*

—
*Retempla, sí, mi lira,
Del inspirado vate unida al coro,
Hoy que mi voz aspira
Del gran padre de América, que adoro,
Cantar la gloria con el plectro de oro.*

*La antigüedad en llanto
Envuelta, y en horror que al alma espanta,
Rasgado el regio manto,
Hundió en la nada la soberbia planta
"Otro poder más alto le levanta"*

.....

*¡América! hoy gigante,
Entonces India en el placer dormida
Levántate radiante,
De savia llena y rebosando vida,
Grande amazona a dominar nacida!*

—

*La luz del Cristianismo
Que fulguró en tus montes y en tus llanos
Te salvó del abismo,
¡Alzate formidable y en tus manos
Quebranta el rudo cetro a los tiranos!*

—

*Colón! tal vez mañana
La noble raza del latino unida,
(La hora está cercana,)
Formando una nación fuerte y erguida
Alce la sien y los espacios mida.*

—

*Y allí tendrás un templo
Donde tu grave imagen se venere,
"¡Oh sombra de alto ejemplo!"
Cuando su gran destino se cumpliera,
De donde nace el sol a donde muere.*

—

*Y tu inmortal hazaña
Los siglos contarán de gente en gente,
Que si ingrata la España
Te dió la hiel de redentor, ardiente
Quedó tu nombre en su blasón fulgente.*

—

*¡Salve, Colón! mi lira
No alcanzará jamás a tu grandeza,
¡Salve! genio que admira
El Orbe, a quien legaste la riqueza
De todo un mundo y de tu heroica alteza!*

—

*El tiempo como el hombre
De la nada al panteón irán cayendo,
Más eterno es tu nombre,
Que en medio de su ruina o de su estruendo
Hasta el sereno Olimpo va creciendo.*

Cuéntase que hubo allá, en Inglaterra, en 1770, un niño llamado Tomás Chatterton, que no pudiendo sufragar a las necesidades materiales de su vida, se suicidó con un veneno al cumplir los 17 años.

Tan trágico suceso movió la atención pública hacia lo que había producido aquel cerebro infantil que acababa de secarse, y tan grave y trascendental se encontró, que hubo de ocasionar una revolución en el orden literario y todos los poetas y filósofos de la época se divi-

dieron el campo respecto a las atrevidas doctrinas que consagraba el niño muerto. La materialidad de la vida, con la lucha tenaz que nos promueve, y las injusticias de los hombres dirigentes, quebrantan a menudo los más animosos corazones: para cada uno que resiste a la prueba ¡cuántos se han hundido en el abismo!

Solar es uno de ellos. Decepcionado, dejóse arrebatar por la vorágine política, y afiliado a la fracción federalista que encabezaba don Nicolás Antonio Calvo en 1857 al 58, emigró con éste, así como sus hermanos y más de mil porteños que tuvieron que abandonar su patria para peregrinar 20 años.

Establecióse en el Paraná, donde escribió "La Luz", periódico político fundado por Fermín de Irigoyen (hermano de don Bernardo), y posteriormente en "La Soberanía del Pueblo", "El Litoral" y "El Paraná". Colaboró con José Hernández en "El Argentino" y fue corresponsal en algunos periódicos políticos y revistas literarias.

En 1861 sirvió como oficial secretario de la Legación en el Paraguay con el doctor Baldomero García, y disuelto el Gobierno del Paraná, cuando los horizontes del porvenir se oscurecían para todos los porteños emigrados, derrotados y en la miseria por la conducta desleal de Urquiza, nuestro poeta no desdeñó presentarse a un concurso y, naturalmente, ganar la regencia de una escuela pública primaria en dicha ciudad.

Con esto atendía el sostén de su familia en formación, mientras se preparaba para el notariado, que ejerció algún tiempo en la antigua Capital de la Confederación, hasta que trasladándose al Rosario afianzó allí el porvenir de su familia por el trabajo asiduo y honorable comportamiento.

Actuó siempre en política militante, en los clubs como en la prensa; escribió en "La Capital", "La Cabrionera" y otros periódicos de la primera Ciudad Santafecina; ocupó el puesto de Intendente Municipal, uno de los más altos a que puede aspirar un porteño en las provincias; prestó servicios a la localidad; gozó de especiales consideraciones de todos los partidos que lucharon allí durante los últimos 20 años y dejó un nombre acrisolado en su noble profesión.

En los distintos periódicos donde ejerció su pluma trazó huellas duraderas de su exquisito gusto y festivo talento; muchas veces las crónicas de "Chichipía" dieron interés y vida al diario que las cobijaba.

Las composiciones que lo hicieron conocer, a más de la "Oda a Colón", son "La Virgen", "Ayer, hoy y mañana" y "Acuérdate de mí". Las demás forman un volumen manuscrito que nunca quiso publicar y se halla en nuestro poder.

He aquí una, improvisada en un álbum y, por consiguiente, inédita:

*El álbum de una hermosa
Es el recuerdo de su edad florida;
Cada hoja, orgullosa,
Guarda un pasado, que jamás se olvida.*

—
*En esas hojas revelan.
Los blancos sueños que la mente agita
¡Guay! que los sueños vuelan,
Y en la honda realidad se precipitan!*

—
*El faro del pasado,
Siempre ilumina el porvenir incierto.*

*¡Guay! si el camino, Hado
Se halla de abrojos y dolor cubierto!*

*Del profano embeleso
Huye tú, Rosa, porque el mundo miente,
Del criminal exceso
Lleva él el sello en su caduca frente.*

*El mundo es un tirano
Vestido de oropel; siempre propicio
A formar, inhumano,
Al borde del placer, un precipicio.*

*Conserva immaculado
El sentimiento de tu virgen seno;
El amor profanado,
Es de la vida perennal veneno*

*Perdón. Quizá mi acento
Rasga ese velo que tu dicha encierra
Mas... digo lo que siento:
La tierra empaña aún el cristal que es tierra.*

Atacado de una afección pulmonar en la ciudad de su residencia, en 1893, elevó su alma al Creador como cristiano puro, el día que cumplía cincuenta y cinco años de edad, y la patria lo acoge en su seno con las preferencias dignas de sus hijos predilectos.

CALLE CHASSAING

El doctor Juan Chassaing era una de aquellas naturalezas expansivas, volcánicas, comunicativas, que por doquiera dejan rastros ardientes de su pasaje, y cuya imagen de acentuados contornos, se graba en la memoria del pueblo con indeleble tenacidad.

No puede decirse que haya ejercido acción decisiva en su país, y sin embargo, todos sus contemporáneos lo recuerdan como el tipo esbelto del patriota sincero, del tribuno elocuente, del poeta levantado que libaba su inspiración en las fuentes gloriosas de la verdad, de la justicia y del honor.

Nació en Buenos Aires el 15 de julio de 1839, siendo su padre D. Juan Chassaing, de origen francés, nacido el 4 de mayo de 1793 en Santa María de Obran, Departamento de los Bajos Pirineos, quien contrajo matrimonio en Buenos Aires con doña Catalina Gironde, argentina, el año 1833. El señor Chassaing tuvo buques de su propiedad, fábrica de licores y otros negocios, y su hermano D. Esteban, tío de nuestro poeta, tuvo casa introductora de alhajas, con su pariente Sicuret. Esto ha motivado alguna confusión entre los que desearon remontar al origen de nuestro compatriota.

El señor Chassaing no fue adicto a Rosas, que llamó a su monarca *guarda chanchos*, lo que le ocasionó algunos disgustos y sacrificios.

Hizo sus primeros estudios como pupilo en el *Colegio Republicano Federal de Buenos Aires*, donde hoy se hallan la Universidad, el Museo y el Colegio Nacional, en tiempos que ese gran establecimiento era di-

rigido por el famoso Padre Jesuita Dr. D. Francisco Magesté (1), único sacerdote de esa orden que existía en Buenos Aires, y el inolvidable doctor Alberto Larroque, padre del actual Juez correccional Larroque y Albarells.

Desde muy joven reveló las claridades de su inteligencia como las impetuosidades de su carácter, por lo cual, sin duda, sus padres lo cerraron en aquel rígido establecimiento, donde había como 200 pupilos.

Debió ser allá por los años de 1849 hasta 51, que habitaron en una misma celda, situada en el piso alto, por el orden de edades: Juan Martín Leguizamón (hijo de D. Juan Galo, que era dueño del café de Catalanes), el cual falleció el año 81, siendo senador al Congreso por la Provincia de Salta, de que su hermano Delfín ha sido tres veces Gobernador, Juan Chassaing, a quien se refieren estos apuntes, y el que, último de aquel terceto, hoy cariñosamente los recuerda.

Leguizamón y Chassaing, cursaban latín con el Padre Magesté y principios de filosofía con Larroque. Yo, el menor, asistía a las clases inferiores, de Sáenz, y después a la más adelantada de Villegas. Cursaba también el mismo colegio el poeta González del Solar.

Recuerdo que un cumpleaños del padre Magesté, todo el colegio pasó a saludarlo, representado por comisiones de alumnos de cada clase que debían declamar o dirigirle un discurso.

Hallábase el bondadoso Padre en su modesta casita, en la esquina de la Plazoleta del Mercado, frente a la Universidad, altos de la actual Farmacia Bessone.

Tocóme hacer la salutación por mi clase, y aunque sólo han transcurrido 46 años, más o menos, conserva mi memoria estos únicos reflejos:

*Brilló ya el ansiado día
Del plantel Republicano
Y en él me presento ufán
A daros el parabien.*

.....
.....
.....

*Seguid, señor, luengos años
La juventud instruyendo
Y los apoyos haciendo,
De la patria que será.
Continuad, señor, formando
A la patria venidera,
Que ella un día placentera
Sabrá premiar vuestro afán.*

Como esta salutación que constaba de 3 ó 4 estrofas, me valiera un efusivo abrazo y un premio que colocó en mi pecho la mano del

(1) Las obras de este maestro en la elocuencia sagrada, fueron publicadas por el presbítero Nicolás Aguirreche, en Barcelona. Imprenta del heredero de Pablo Riera, 1867. Constan de 6 tomos en 4º mayor y como 400 títulos, entre sermones, panegíricos, apuntes, meditaciones y toda clase de asuntos religiosos.

Son dignas de conocerse: la oración pronunciada con motivo del acuerdo de Gobernadores en San Nicolás, el panegírico del finado Rey Pedro V, de Portugal, y la oración fúnebre por el General Manuel Oribe, en San José (R. O.), el 18 de diciembre de 1858.

célebre orador, siempre la tuve, ingenuamente, como el prelude feliz de mis veleidosas alternativas rítmicas a intervalos manifestadas; pero hoy, considerando imparcialmente las cosas, sospecho ¡Dios me perdone el mal juicio! que mi musa no se llamara Calíope,—sino Chassaing!

Los alumnos de entonces no serían más escrupulosos que los de ahora, y en todo caso, merecerían tal galardón mis aptitudes gimnásticas para descender por sábanas torcidas hasta el gallinero del Capellán y proveer a los banquetes clandestinos de mis compañeros de celda, con los mejores productos del sacro corral.

Este recuerdo viene solo por hilación de ideas sobre cosas y costumbres estudiantiles de... todas las épocas!

Chassaing emprendió los cursos Universitarios en 1853, pero inclinado desde niño hacia las corrientes vertiginosas de la política militante, empleaba más su tiempo en los clubs que en las aulas, ya perorando entre sus compañeros, ya escribiendo artículos bravíos en *La Espada de Lavalle*, ya deleitándose en ensayos poéticos que prepararon su ruidoso triunfo en el torneo. Así sus clasificaciones resultaban medianas, aunque solo tenía 20 años cuando fue laureado y victoreado por inmenso público en el teatro de Colón el once de Setiembre de 1858, al instalarse el *Ateneo del Plata*, bajo la presidencia de D. Juan María Gutiérrez, que pronunció el discurso de apertura.

Formaban el jurado los Sres. Mitre, Bilbao, Barros Pazos y Gómez. El Dr. Mariano Varela leyó el veredicto de la Comisión y el Coronel Mitre usó de la palabra al entregar los premios.

Dos medallas de plata se acordaron, la 1ª a Juan Chassaing, la 2ª a Ricardo Gutiérrez. Las tres composiciones siguientes, que por *accesit* merecieron los honores de la lectura pertenecían a Isaac de Tezanos, Eduardo Gordon y Fermín Ferreyra y Artigas, orientales los tres.

Deseando ofrecer una idea del hermoso canto de Chassaing, solo podemos transcribir dos estrofas, la primera:

*Cada siglo es un sol reverberante,
Que hunde una noche fulgurando un día,
Cada siglo es un faro; de la errante
Miseria humanidad los pasos guía;
Y altivo, audaz, intrépido, anhelante,
Abismos salva el hombre en su osadía,
Y el corazón latiendo de esperanza
Allá a la cumbre de su gloria alcanza.*

.....

Y la última:

*Los siglos correrán! Sin lujo vano
Sin vana pompa en el fatal olvido,
Cuanto hoy levanta el orgulloso humano
Para siempre jamás yacerá hundido;
Mas el hombre del genio soberano
Y la gloria del vate esclarecido
Eternos son, que la grandeza admira
Y al tiempo destructor respeto inspira!*

El canto de Gutiérrez no es menos inspirado que el de Chassaing y termina con esta valiente octava:

*Alzate, Juventud! Allá en el cielo,
Más alta que ese sol, más refulgente,*

*Se cierne altiva en el remoto cielo
Una corona de laurel, ardiente!
Oh! ¿Quién en galardón a su desvelo
Con ella un día ceñirá su frente?...
Adelante, valor! Fe y esperanza
Donde no alcanza el siervo, el libre alcanza!*

Las dos composiciones premiadas y la de Fermín Ferreira, se encontrarán en el periódico EL ORDEN de 15 y 16 de Setiembre, que está en los Archivos de la Biblioteca Nacional.

Este ruidoso triunfo despejó para Chassaing el campo de las letras, pero al encenderse la guerra separatista de Buenos Aires en 1859, colgó la lira y marchó como oficial de Guardias Nacionales, puesto que cambió por el de oficial de un batallón de veteranos en el que asistió a la batalla de Cepeda. Allí, como en Pavón, dos compañeros de colegio se batían encarnizadamente por el mismo ideal: LA INTEGRIDAD DE LA PATRIA.

Volvió en seguida a la Universidad, la que abandonó en 1861, por su plaza en el batallón 6 de línea, para la campaña de Pavón. En 1862 obtuvo su título doctoral y el 63 tomó la redacción de "El Nacional" que abandonó para aparecer como fundador y redactor principal de *El Pueblo*, el 15 de Enero de 1864. Colaboraron en él D. Melchor G. Rom, en la sección financiera, el malogrado literato y patriota poeta Carlos L. Paz, muerto como un bravo en Santa Rosa el año 1874 y otros, siendo co-redactor el ardoroso publicista Francisco López Torres, fallecido en la fiebre amarilla que asoló la gran ciudad.

El programa de *El Pueblo* era la expresión genuina de las aspiraciones levantadas y purísimos ideales del tribuno.

Después de haberse batido como bueno en las filas de los separatistas, proclamaba la autonomía de la Provincia, dentro de la Nacionalidad Argentina; combatía a los que pretendían con el General Mitre a la cabeza, la federalización de toda la Provincia, como a los que proclamaban su separación en Estado independiente, marchando rectamente hacia la unidad indisoluble de la Patria. Al mismo tiempo luchaba con independencia y denuedo contra los avances del poder y el despotismo de los círculos.

Hallándose ya enfermo, fue electo Diputado al Congreso donde hizo oír su palabra elocuente en pro de los intereses rurales de la Provincia, y presintiendo su próximo fin, escribió cartas llenas de resignación y enseñanza. "Es preciso no tener nada que reprocharse, decía, para ser un verdadero republicano en la alta acepción de la palabra. El republicano se inspira en Dios".

Elevándose a las alturas donde quería colocar la imagen sacrosanta de la Patria, maldecía los errores del unitarismo, execraba el federalismo sangriento, combatía los partidos extremos de la época y encarnaba el pensamiento de la Nacionalidad Argentina, cual hoy se halla constituida.

El que había combatido tan ardientemente la alianza del General Flores con el imperio esclavócrata, cerró sus ojos a la vida el día mismo que el Presidente Uruguayo anunciando al mundo el utraje de su territorio hollado por las huestes extranieras, lanzó el grito de indignación que debía sublevar todo pecho republicano! Así la muerte le libró del profundo dolor que le hubieran ocasionado el sacrificio de Paysandú y los hechos que le sucedieron.

El 3 de Noviembre, de 1864 a la una de la madrugada y después de crueles sufrimientos, cesó de latir aquel corazón vehemente, a causa de una hipertrofia que apresuró sin duda con las agitaciones de

la lucha, rodeado de numerosos amigos y produciendo un duelo general. Sus restos mortales acompañados de un cortejo de más de 400 personas de lo más granado de Buenos Aires, fueron depositados en el cementerio del Norte, pronunciando sentidos discursos el Dr. Manuel Argerich, su gran compañero y también su igual, que murió en la lucha de la fiebre amarilla, Fermín Ferreyra, Francisco Bilbao, Santiago Estrada y el Dr. Lastra, que leyó el discurso de López Torres. Más de 100 coronas cubrían el féretro, enviadas por damas y familias principales —y la empresa de Cabral contribuyó con un coche fúnebre y 20 de acompañamiento.

Ricardo Gutiérrez, su amigo querido, cuya inspiración enmudeció aquel día por el dolor, anunció su biografía que no ha tenido realización.

Aquel joven de 25 años que descendía a la tumba, patriota sincero, tribuno ardiente, publicista brillante, que combatió en las batallas, en lances de honor, en el debate oral y escrito, tuvo muchos adversarios, pero no dejó enemigos. Hubiera sido ciertamente uno de los hombres influyentes del país; porque era adorador de la libertad y de carácter intransigente y austero.

El escritor político Juan Lavaisse, le llamó "el Arcángel de la libertad" y Francisco López Torres, al ocupar el asiento que dejaba en *El Pueblo* declaró: que la bandera política de Chassaing, clavada en su mástil, sería sostenido por él. "Nada podrán abatirla, clamaba, el credo republicano jamás admite transacciones".

El luto fue general en la Provincia, y en Azul, Dolores y San Nicolás, se celebraron exequias públicas a su memoria.

Las obras de Chassaing fueron coleccionadas pero es difícil hallar hoy algún ejemplar. La más conocida es el canto *Mi Bandera* que empieza así:

página eterna de Argentina gloria

pero no lo es tanto el CORAZÓN DEL HOMBRE, siendo una de las mejores ráfagas del vate.

Hela aquí:

*El corazón del hombre es su destino
Y el corazón del hombre es un misterio
¡Siempre adelante en su fatal camino
Bajo la ley de su fatal imperio!
En lucha eterna, formidable, impía,
O en nube envuelto de radiante lumbre,
Solo y sin fe cayendo en su agonía,
Ora escalando portentosa cumbre
Allá rueda, allá va.—Con su amargura,
Su dolor, su poder, su desconsuelo,
Su orgullo, su miseria, su ventura,
Marcando eternamente su desvelo...
Bajo la ley de su fatal imperio,
Siempre adelante en su fatal camino!
El corazón del hombre es un misterio,
Y el corazón del hombre es su destino!*

Lanzado de lleno en la mar agitada, actuando en primera línea en la atmósfera candente de la época, animado del fuego sacro de la revolución francesa, soldado de la democracia en la Ley, periodista inquebrantable y rodeado siempre de una juventud entusiasta, su gallarda figura, de rostro pálido encuadrado por una barba castaña, y el cabelol tras la oreja, iluminado por expresivos ojos negros resplandecientes de firmeza y valentía, se hallaba siempre en los círculos, en

los clubs y hasta en las plazas públicas, enardeciendo a las multitudes que acaudillaba con su elocuencia fogosa, arrebatadora y persuasiva.

Compendiaba excepcionales condiciones de austeridad, honradez y valor, en una presencia simpática no exenta de juveniles alegrías, y aquel conjunto fulgurante de energía, inteligencia y pasión, daba solemne autoridad a su palabra, imprimiéndola el sello de su eficacia en la acción.

Con justicia, sin duda, fue llamado por Cortés en *El Parnaso Argentino*, el Saint-Just del Plata, este joven, que a las fogosidades de su glorioso origen francés asociaba las elevadas aspiraciones del Patriota Argentino; cuya corta carrera fue tan bien llenada que como escritor, tribuno, y poeta, impuso a la posteridad el deber de su conmemoración.

CALLE ENCINA

Matemático, filósofo y poeta; sabiduría, raciocinio, sentimiento: he aquí la trinidad sublime que realiza la perfectibilidad del hombre.

Por eso, Carlos Encina, que las reunía en tan alto grado cual no fue permitido a su país el contemplarle, era una de los seres que más se aproximan al ideal de la humanidad.

Todos cuantos gozaron el placer de cultivar su cariño con alguna intimidad, están unánimemente de acuerdo en que Encina, con un poco más de fortaleza física y 20 años de vida, hubiera ocupado un sitio prominente en el mundo ilustrado.

Era todo un filósofo en la plena acepción de la palabra, y matemático capaz de comprender y allanar en su entendimiento grandes dificultades de la ciencia. Poeta que hubiera creado una escuela nueva, armonizando en su mente y vaciando en sus hermosos ritmos cuanto hay de más hermoso en la naturaleza, más bello en el arte y más puro en el corazón.

Comenzó, como la gran mayoría de los jóvenes, deslumbrado por los fulgurantes resplandores de las ciencias positivas, persuadido de que las verdades que proclaman fijan el límite de lo existente; pero muy pronto su espíritu privilegiado, marchando solo, iluminado por las luces de su propio genio, traspasó esos límites y se halló en el infinito de luz que le permitía recrearse, como Humboldt, en las magnificencias de la creación, ante la cual, emocionada su alma inmortal, entonó himnos de alabanza a su Creador.

Nació Carlos Encina en Buenos Aires, en 1839, educose en nuestras aulas y formó en la pléyade de jóvenes literatos de que se hace referencia al tratar de su íntimo amigo González del Solar.

Contaba apenas 19 años cuando obtuvo el laurel como 2º premio, en la inauguración del Liceo Literario el 13 de Octubre de 1858 en los salones del Teatro Colón (hoy Banco de la Nación).

Sus primeros pasos en la vida fueron bastante dificultosos, dedicándose al estudio de las matemáticas, hasta que se recibió de Agriensor, y pudo bastarse a sí mismo ganando la subsistencia con su saber.

Desde que produjo ese inspirado canto a Colón, ya el país pudo comprender que en aquel gallardo mancebo, bajo aquella ancha y abovedada frente circundada de negra y rizada cabellera, que realizaba la blancura del rostro, bañado siempre de un tinte de melancolía contrastado por sus ojos fulgurantes, se albergaba el espíritu reflexivo, el cerebro equilibrado, el alma apasionada de un poeta de grandes destinos en el Parnaso.

Por esto, el pensador Don Francisco Javier Muñiz le decía al siguiente día, felicitándolo por su triunfo: "...si el hombre es nada y sus hechos o sus escritos son todo, Vd. que canta a aquel héroe en versos inmortales, traspasará, a no dudarlo, sus laureles, triunfantes de la guadaña del tiempo, de su individuo a su memoria, que no perecerá como el cuerpo".

Verdadera profecía de un sabio, que leía claro en el porvenir de un niño.

Es como un destello del escepticismo amargo que lo embargaba en su juventud pristina, el siguiente soneto que franquea el estado de su alma en ingenua condifencia a la amistad, y por tanto, de muy pocos conocido.

MENTIRA

*Miente el amigo que "amistad" exclama
y miente la mujer que nos adora,
miente el iluso que intranquilo llora
y hasta el imbécil que "feliz" se llama.*

*Miente el sabio que sabio se proclama
miente la ciencia, que su objeto ignora,
miente del juez la espada vengadora,
y miente el pueblo que "justicia" clama.*

*Miente la sociedad con vano orgullo,
mienten sus leyes con infame dolo,
y hasta su religión miente sin cuento:
y en medio de tal farsa y tal barullo,
osaré verdad decir yo solo?...*

pues... no, señor... no he dicho nada!... MIENTO!

Marzo 9/60.

La transición declinante que se nota en el último terceto de esta hermosa composición, impresiona... como una protesta íntima del alma que quisiera reaccionar contra un dominador externo. —Ya lo veremos.

Proyeccionad al joven y descubriréis al hombre!

Cuando en 1877 apareció su *Canto al Arte*, se comprendió al poeta en toda su plenitud ¡Cómo salvó las grandes dificultades, los conflictos tal vez, de la religión y la ciencia! Cómo supo romper las barreras de la escuela existente para posar su planta, arrogante y firme, en un terreno que nadie se había artevido a penetrar!

Con razón un maestro en la poesía y en la ciencia, Ricardo Gutiérrez, elogiando aquel canto soberano, decía que Carlos Encina había trazado un rumbo nuevo a la poesía moderna; y todos sus críticos autorizados, estuvieron acordes en que era la composición más notable que había salido de pluma americana.

La sorpresa fue mayor para los que, no habiéndolo seguido privadamente en el movimiento progresivo de su espíritu investigador, lo consideraban adherido a sus teorías de joven y que al alcanzar el título de ingeniero y profesor de matemáticas en nuestra Universidad, se hubiera afianzado en ellos. Error. Encina estudiaba y progresaba armónicamente en todas las facultades de su alma. Ved qué entrada magistral y atrevida:

*Sentimiento y razón! Dualismo agosto,
gloria y dolor del hombre,
si sois verdad ¿por qué luchar crueles
mientras la humanidad vaga perdida
náufraga en los océanos de la vida?*

*No hay más allá en el mundo
tras la prisión que la mirada abarca,
y el vuelo del espíritu, detiene
el horizonte que la ciencia marca?*

.....
*¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
que hasta el alma del hombre se desprende;
allí sus formas el artista encuentra;
allí el poeta su palabra enciende,
y el músico al buscar sus armonías,
las armonías del Creador sorprende.*

Aquel poeta escéptico que en nada creía, que consideraba mentira el amor, mentira la justicia y hasta la religión mentira, ha transformado sus ideas a favor de la ciencia y la reflexión y luego exclama:

*No ¡no es una ilusión! no es un delirio
el ideal supremo
que a la más noble aspiración responde!*
NO PUEDE SER MENTIRA
LA VISIÓN INMORTAL QUE EL ALMA ESCONDE!

.....
*Hay algo más que el átomo y la fuerza;
hay algo más que moles poderosas
sometidas del número al imperio!
Del fondo de mi pecho un eco ardiente
al labio llega que mi voz inflama:
lo bello, lo sublime, no es materia!
no es material el ser que lo proclama!*

El proceso reaccionario que sospechamos al final de aquel soneto del joven, ha terminado lenta pero juiciosamente en el hombre! Y en medio de sus fantasías de poeta, de sus reflexiones de filósofo y de sus investigaciones en las ciencias físico-naturales, Encina tiene, a la par de todos sus compatriotas hermanos en el Parnaso, una palpación suprema para su patria:

*Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa.
—Dios es del Arte la sublime idea;
que su revelación el Arte sea!
Suprema luz increada,
Artista de los mundos! Yo te invoco:—
Hacia la humanidad tu mano extiende,
y un rayo de tu llama
en los altares de mi patria enciende!*

Habiendo ocupado una banca de Convencional en la Reformadora de 1870, Carlos Encina abrió campaña sobre dos puntos capitales: pasar las escuelas públicas, que dirigía la Sociedad de Beneficencia, a una dirección general de educación, y establecer el voto proporcional, a fin de dar representación a las minorías. A este efecto escribió un opúsculo estudiando el sistema Hare, el cual tuvo después apasionados sostenedores en la Legislatura. Ciertamente que ambas cosas eran una verdadera novedad y en cuanto a la representación política, expuesta de manera atractiva y convincente, por quien tenía ya buena fama de pensador severo y concienzudo, debía naturalmente sugestionar a los teóricos de puras intenciones. Encina pretendía, en sus ingenuidades patrióticas, resolver por medio del cálculo el problema político de la

representación proporcional al número de los adherentes de cada idea. Los descarados fraudes electorales que mantenían su imperio desde 1853, "cuando cada una de nuestras casas era un verdadero taller de votos falsos", (según la frase gráfica del Dr. Mariano Varela en la Cámara de Diputados, gloriándose al hacer la apología del sistema), habían colmado la paciencia del pueblo, que, alejado de las urnas durante 20 años, por la producción de esos talleres y el despotismo de los jueces de paz, comandantes militares y comisarios de Policía, adictos naturalmente a los gobiernos que los elegían, suspiraba por la reivindicación de sus derechos y libertades.

Así fue que el sistema que Encina presentaba, especulativamente considerado, produjo entusiasmos generosos que se manifestaron en la Legislatura de 1875-76, donde se aceptó al fin rodeándolo de los métodos de control, más adelantados para las garantías del sufragio.

Aquella Ley, en que tuvimos el honor de colaborar también, llevando allí la práctica de los comicios, no pudo adquirir toda su eficacia, porque aparte de que los vicios tenían raíces demasiado hondas, el escaso número de circuitos en que se dividía la Provincia (6 secciones) y la falta de calificación en los sufragantes, son bases fundamentales para hacer inextingible el fraude.

Sin ir tan lejos como el Dr. Sáenz Peña, que proponía en la Constituyente la elección unipersonal, nosotros queríamos las secciones pequeñas correspondientes a un senador y tres diputados, buscando en las numerosas agrupaciones parciales, la representación aproximada de los diversos matices políticos del todo. Sea lo que fuere, Encina prestó un buen servicio que el país debe reconocerle.

Posteriormente ocupó como ingeniero electricista el puesto de sub Director de telégrafos nacionales, en tiempo que el Dr. Ojeda fue Director General de Correos y Telégrafos.

En 1882, cuando el estado de su salud no era realmente tranquilizador, empujado por su fatal destino resolvió partir hacia Neuquén para ejecutar la mensura del triángulo, que había obtenido del Gobierno Nacional en sociedad con Edgardo y Rodolfo Moreno y Juan Ignacio Alsina.

La profesión de Agrimensor en nuestro país exige, a más de los conocimientos universitarios, los de la vida del campo, y una fortaleza capaz de resistir todas las privaciones, todas las incomodidades, todos los peligros y todas las intemperies desde el calor al granizo. Sus amigos en masa le rogamos renunciara a tal proyecto—no faltó quien se ofreciera a partir por él, pues había declarado que necesitaba reunir algunos fondos para replegarse definitivamente al estudio.—Nada fue capaz de disuadirlo, y partió.

Muy pronto sucedió lo que estaba previsto quizás hasta por él mismo, rindiéndose el 19 de Junio de 1882 en las crudas regiones del Sur. Su muerte ocurrió al descender por las aguas del Río Negro.

¡Cubriéronse de crespón las letras americanas! Sus restos, conducidos a Buenos Aires en el transporte nacional "Villarino", fueron recibidos en el muelle por un inmenso gentío el 3 de Julio y llevados a pulso desde la falúa hasta el cementerio del Norte, cubierto el féretro con la bandera nacional y rodeado de coronas que expresaban el duelo nacional.

Pronunciáronse allí elocuentes discursos: por el Doctor Juan Carlos Gómez a nombre del *Club Libertad*, de que ambos eran fundadores; —el Ingeniero Luis Silveyra, en representación de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, "lo saludó en la hora de su transformación suprema"—Rafael Hernández, por el Departamento de ingenieros y el gremio de Agrimensores, lamentó la pérdida de "esa existencia que pro-

metía una época". El Doctor Augusto Alsino ofreciendo en nombre de la amistad sincera el sepulcro en que se depositaron sus restos, y el poeta Eduardo Sáenz una sentida composición en verso.

La Tribuna Nacional del 4 de Julio publicó todos estos discursos.

"La Patria Argentina" dirigida por el periodista de alta escuela Doctor José María Gutiérrez, dijo que "este era el poeta de la filosofía" y la estatuaría, cuya inteligencia, de vigor excepcional iba más allá "de la primera línea, y aquella manifestación de duelo debía significarse así: EL PUEBLO DE BUENOS AIRES A CARLOS ENCINA".

Los Gobiernos Nacional y Provincial se asociaron respectivamente al acto, y se proyectó un túmulo que no ha llegado a ejecutarse.

Bajo título: "EL POETA MUERTO", dedícole Olegario Andrade en *La Tribuna Nacional* uno de sus magistrales artículos, verdadero canto en prosa, en que después de recordar a los grandes poetas, considerando tales a "los que se inspiran en la vida colectiva de los pueblos, los que saben cantar en su lira las pasiones, las creencias, las esperanzas y las ideales de su época", agrega: "A estos poetas, pertenecía Carlos Encina, el gran poeta argentino, muerto en la plenitud de la vida, astro eclipsado cuando iba a despedir sus más intensos fulgores".

La prensa de todo el país se asoció al justo dolor.

En esa época era ya de algunos conocida, aunque inédita, la *Lucha de la idea*, hermosa composición que rivaliza con el *Canto al Arte*; pero hallábase sin pulir, sujeta a bastantes enmiendas, según un original que tuvimos en la mano; pero que al leerla hoy, parece una composición acabada. Podemos asegurar que no es así. Otras composiciones quedan en esqueleto y algunas cuyos solos títulos indican su importancia:

"El poema del infinito".

"La evolución del espíritu".

"La mujer ideal".

"Un nocturno de Chopín".

Para amar a Encina, para sorprender las proyecciones luminosas de su genio, era preciso tratarlo en la intimidad; gozar de aquellas horas inefables, que no se borrarán jamás de la mente, cuando a las cuatro de la tarde, abandonando nuestras fatigosas tareas del Departamento de Ingenieros hablábamos a la Secretaría de la Facultad de Ciencias Físico-Naturales, de que llegó a ser académico y decano, a yerbatera un amargo en apacible compañía con Luis Silveyra, soliendo concurrir también los sabios profesores Rosetti y Espeluzzi, José María Muñiz y algunos otros.

Empezaba la charla por algunos sucesos del día; trasladábase a alguna crítica sabrosa, ya sobre las novedosas lecciones de estática gráfica de Rosetti, ya sobre las cucarachas de Bergg, ya sobre el materialismo intransigente de Shneyder y poco a poco se levantaba hacia algún capítulo de Herschell, de Darwin, de Spencer o de otros filósofos ingleses, alemanes, franceses, pues estaba al corriente de todos desde Voltaire a Pezzanni, desde Tindal a Malebranche, desde Valmike a Klopstock; a todos había leído y sobre todos tenía un juicio comparativo.

Entonces se transfiguraba: sus mejillas se encendían como por oculto esfuerzo, relucían sus brillantes ojos imprimiendo animada inspiración a sus lenguaje y aquella palabra que empezaba lenta, descuidada y trabajosa, adquiría insensiblemente un desarrollo, una vivacidad, valentía y elocuencia tanta que retenía al auditorio suspenso, fascinado, encadenado a su discurso por los rigores de la lógica y la novedad de la idea. Quien le interrumpía cuando lanzaba su palabra expresiva y voladora tras su fantasía centellante?

Como no escucharlo cuando explicaba la elaboración de las ideas y su localización en el cerebro?

Se las veía germinar, nutrirse, asimilarse, tomar formas, adquirir fuerza y convertirse en potencia capaz de trastornar los mundos.

Y cuando explicaba las fuerzas psíquicas, la voluntad, el amor, el odio, sus funciones, sus armonías y sus luchas materiales, diré así, en el universo moral!

Oh! si se hubieran tomado por taquígrafo esos chispazos aislados, podrían formar un interesante libro!

Ya raleado el auditorio, no era posible separarnos sin hacer siquiera una ligera excursión al menos por los dominios de Williams Crookes o de Jacoliot, el famoso orientalista que nos ha revelado tantas relaciones de ultratumba mantenidas por prácticas secretas entre los Sacerdotes y fakires de la India, pues ¡porqué no decirlo, si es verdad! Carlos Encina era un espiritista tan sincero y convencido, como algunos de los que formábamos aquel grupo, y nos tratábamos por eso DE HERMANOS.

Tal es el secreto, porque, pisa tan firme el terreno desconocido donde no puede aventurarse el pensamiento velado por el manto de la duda. Encina creía porque sabía. Creía, porque había penetrado en las profundidades del antro con la antorcha de la filosofía y la experimentación de la ciencia. Era teórico y era práctico.

Sus laureles conquistados hace 38 años, reverdecen cada día más lozanos y, según la profética expresión de Muñiz, triunfantes de la guadaña del tiempo se perpetúan en su memoria, que no murió con el cuerpo.

Tributemos siquiera este modesto homenaje a quien honrando a la Patria con su genio, no ha recibido hasta hoy la retribución que merece. Los pueblos ingratos con sus buenos hijos no llegarán jamás al pedestal de la gloria.

ADOLFO MITRE

Si algún poeta entre los nuestros hubiera seguido con segura planta el trazado brillante de Carlos Encina, habría sido ciertamente el malogrado joven doctor Adolfo Mitre, una de las más halagüeñas esperanzas del país que acentuaban brillantes dotes intelectuales y morales.

Este poeta, hijo del ilustre General y de la virtuosa matrona Del-fina Vedia de Mitre, nació en Buenos Aires el 6 de Mayo de 1859, cursó sus estudios en el Colegio Nacional, pasó a los claustros universitarios y se graduó en derecho a los 21 años de edad, dejando impresa en la memoria de sus condiscípulos la característica de su espíritu: decidida vocación por el estudio, inalterable bondad de corazón.

Tales cualidades, que presidieron siempre su conducta hasta conquistarle el general cariño de sus compañeros, se acentuaban y engrandecían a medida que se desarrollaba el hombre.

En su tesis inaugural, trabajo modesto, sencillo, pero abundante de erudición y sana filosofía, notando vacíos en el Colegio actual que menoscababan el derecho legítimo de los hermanos en las sucesiones intestadas, abogó por ellos con tal sabiduría y pasión, que el doctor Magnasco pudo decir con verdad: que ese trabajo había sido escrito con la cabeza y el corazón.

En posesión apenas de su título, se consagró a difundir en la juventud los conocimientos adquiridos y sin otra necesidad que el noble

anhelo de que se hallaba poseído, ocupó las cátedras de Geografía en 3º y 4º año del Colegio Nacional y emprendió con su compañero y amigo el también malogrado poeta Alberto Navarro Viola, la traducción del "Manual de Derecho Internacional", obra importante adoptada en las escuelas militares de Francia y de oportuna aplicación en las nuestras.

Sin abandonar sus tareas periodísticas en el cuerpo de redactores de "La Nación", escribió con el doctor Ernesto Quesada los "Apuntes de derecho internacional privado".

Fue miembro de numerosas sociedades y comisiones, tales como de la "Estatua de Lavalle", "Dean Funes", "Academia Argentina de ciencias, letras y artes", "Bernardino Rivadavia", "Apollons", "Instituto Geográfico Argentino", "Directorio de la Sociedad Socorros Mutuos La Argentina", "Academia Franco-Hispano-Portugués", "Centro Gallego", defensor de pobres ante la Suprema Corte y la Cámara de Apelaciones, fundador con otros de Centros y Revistas Literarias, y miembro de jurados en la misma clase.

¡Abogado, publicista, filósofo, poeta!

Joven que apenas deja de ser niño, en el reducido espacio de 4 años que median desde que abandonó el claustro hasta que la parca segó su brillante existencia, no teniendo siquiera los aguijones de la necesidad o la ambición, los trabajos realizados por el doctor Mitre en las brillantes manifestaciones de su talento, indican al hombre substancial, que solo ha menester tiempo para ser grande.

A los 25 años de edad había realizado trabajos que bastan para conquistarle un sitio en la comunidad de los escritores distinguidos del país.

Abriendo el libro de sus POESÍAS publicadas en 1882, al leer los primeros versos. . . ya se ve la entidad superior, ángel caído que vislumbra su redención, espíritu originario de más alta esfera, sometido a la inexorable ley de completar su perfeccionamiento moral para elevarse luego al seno de sus iguales.

Profeta de sí mismo, presiente en el fondo de su corazón la brevedad de su tránsito en la tierra; que nada tiene que conquistar en la lucha por la vida; nada ambiciona en ella, satisfaciéndole lo único que sustenta a los espíritus puros: ¡el amor! y con la amargura del desterrado en un centro de seres que le son moralmente inferiores, exhala así las aspiraciones de su alma:

P A Z

*Ah! me repugna este combate diario,
donde el más fuerte al débil pone el yugo,
donde el hombre del hombre es adversario,
donde a veces el premio es un mendrugo.*

*Yo no disputo a nadie la existencia,
ni en la bajeza y la ruindad me enlodo;
yo comparto mi pan con la indigencia
y al que todo me pide, le doy todo.*

*Yo no contemplo con mirada huraña
a los que vienen a ocupar mi techo;
el triunfo de los otros no me daña,
el mundo para mí nunca es estrecho.*

*Yo ni desdén ni ambiciono nada,
yo vivo en paz bajo la luz del cielo,
y el amor de mi madre y de mi amada
llenar mi corazón, colman mi anhelo.*

*Si quieres, en la tierra sé mi hermano;
 pues mi paz no es la paz del egoísmo;
 si quieres, pon tu mano aquí en mi mano
 para costear unidos el abismo.
 La lucha es un absurdo de la vida
 y hay triunfos de esa lucha que avergüenzan.
 Despreciemos la rabia fratricida...
 mientras unos pelean, otros piensan.*

Ansiedades de suprema justicia exaltan su fantasía, y el hombre del derecho, superior a la obsesión profesional, se subleva contra la ficción humana de su augusto manto revestida; aboga con Víctor Hugo contra la nefanda pena, y tomando por divisa un pensamiento lapidario del gran filósofo del siglo XVIII, fulmina este haz de fuego:

LOS INFALIBLES

Ah! ne me parlez pas de ces jugues
 moitié singes moitié tigres
 VOLTAIRE.

*Mirad aquellos jueces de los hombres,
 Y por lo tanto, seres sobrehumanos,
 Que juran por los Santos Evangelios,
 Y Condenan a muerte a sus hermanos.
 Mirad qué gravedad tiene su aire
 Bajo el birrete que las calvas tapa.
 ¿Sabéis? son infalibles—Infalibles?
 —Infalibles, amigo, como el Papa.
 ¿Y en virtud de qué ley es que ellos matan?
 —En virtud de la ley que han invocado
 Jueces como los de hoy, que decidieron
 Que fuera el Salvador ajusticiado.
 Después, cuando se alzó la guillotina
 ¿Qué cabeza rodó por su meseta?
 En nombre de la ley cayó entre sangre
 La cabeza inspirada del poeta!
 Los hombres de birrete, serios, graves,
 Condenan al suplicio a un delincuente,
 Ya lo han ejecutado... ¿Quién es, sábes?
 —Se llama el Fornaretto: un inocente.*

Para afianzar lo que hemos dicho respecto a la inclinación de Mitre hacia la escuela iniciada por Encina, nos bastará citar alguna estrofa de sus *Armonías*, composición vaciada en el molde del *Canto al Arte* y justamente dedicada a su autor:

*Hay una ley, universal, eterna,
 Que rige lo creado.
 Espíritu de Dios, dios ella misma,
 Los mundos y los átomos gobierna.
 En torno al sol hace girar la Tierra,
 La humanidad sobre la Tierra asienta
 Y en la carne del hombre que ella alienta
 El alma humana encierra.
 Espíritu y materia, luz y sombras,
 Todo lo que es contraste, lo dirige,
 Y en ella se confunde en armonía,
 Como son en la ciencia noche y día*

*Tan solo posiciones de una esfera.
Gravitación se llama cuando rige
Los astros del espacio en su carrera,
Vida en la unión de espíritu y materia,
Y en el mundo ideal del sentimiento
Cuando las almas guía
Se llama amor—y en todo es armonía.*

En el concepto filosófico del Hombre-Dios, se nota relación tan íntima en estos dos poetas, que se dirían alumnos de la misma escuela; la tercera estancia de "Ece Homo" pudo ser cantada por Encina: en "La lucha de la idea" hay estrofas que entonaría ufano Adolfo Mitre.

Todas sus composiciones están llenas del más casto sentimentalismo. Aquel "Amor del alma"... quisiéramos transcribirlo íntegro—termina así:

*Lejos, como el ideal de mi existencia,
Para salvar tu amor de mi locura,
Quiero amar tu recuerdo y tu inocencia,
Quiero adorarte inmaculada y pura.*

Las composiciones que dedica a su amigo Gervasio Méndez han debido conmover las fibras más íntimas del sentimental poeta, nuevo Prometeo, sujeto hace 25 años, inmovilizado en su lecho de dolor.

Muy pocas, pero del más exquisito gusto, son las composiciones del género ligero, y no es posible resistir al deseo de recordar la siguiente:

TU CORAZON

*Hace días, en un diario,
leí este aviso: atención:
se ha perdido un relicario
en forma de corazón.
Si se llegase a perder
tu corazón ¡oh dolor!
donde en paz deben yacer
tantas reliquias de amor.
Se leería en algún diario
este otro aviso: Atención:
se ha perdido un corazón
que parece un relicario*

A la edad de 24 años recorrió las principales capitales europeas, contrajo valiosas relaciones sociales y literarias y celebró su matrimonio en París con su amada la señorita Angélica Méndez.

A poco de llegar a las playas argentinas se desarrolló en su organismo la tuberculosis y presa de horrible fiebre, se trabó la lucha, tenaz, incesante, angustiosa, entre la vida y la muerte; lucha desesperada que duró cien días, en que sus amigos, su padre y sus hermanos, auxiliados por todos los recursos de la ciencia, prodigaban sus fuerzas y desgarraban su corazón.

Tan solo él aparecía sereno y plácido en el centro del inquieto cuadro, sin emitir una queja, blando a toda exigencia, resignado a todo evento, hasta que al fin, el 21 de Octubre de 1884, meciendo quizás su conciencia en las armonías de aquel cántico inspirado que otrora entonara el mártir del Gólgota, acogió los auxilios de su consoladora religión, suministrados por el presbítero Rassore, cura de la Merced, que por su ilustración y virtudes, se ha conquistado un puesto distinguido

en el noble clero de su patria. A las 7 y media de la noche exhaló el último suspiro... y partió!

Coincidencia penosa: pocas horas después fallecía también en París su condiscípulo, compañero y amigo, Benigno Lugones, otra flor tronchada al entreabrir su cáliz en el carmen de las letras argentinas.

El vate pasó casi sin transición de la alcoba rosada a la tétrica tumba, inclinando su cabeza de poeta en el pecho de su hermano Bartolomé, que no lo había dejado un instante y con su noble padre envolvieron los amados restos en una mortaja de seda blanca, emblema de la dulzura de carácter, y la pureza de intenciones que lo distinguieron en la vida.

En el instante supremo de su desprendimiento espiritual, Mitre debió escuchar en el fondo de su alma, con los acordes de harpa eólica, la final estrofa de su ECCE HOMO:

*Entre tanto ¡Oh Jesús! ante mis ojos
Sé mi eterna esperanza y pensamiento:
Aunque no caiga ante el altar de hinojos,
Tu religión dentro de mi alma siento,
Y al pronunciar mi admiración tu nombre
La conciencia repite: Ese es el hombre!*

Su dulcísimo carácter, su pasión por todo lo bueno y lo bello, sus sentimientos siempre generosos, que a menudo se traducían en actos abnegados, eran con su genial modestia, las prendas más hermosas y más resplandecientes de aquel joven "en quien, como decía Portela, se descubrían todos los contornos del grande hombre".

En efecto: heredero de un nombre ilustre, y un sólido capital social, político y literario, cual muy pocos; con instrucción extensa, fortuna razonable, bondad ingénita, amigos numerosos, mimado en los círculos más distinguidos por las bellas producciones de su talento, que habían ya traspasado las fronteras en alas del "Canto al suicida" y "El alma del artista", hubiera sido, a no dudarlo, una personalidad continental.

El señor don José Tomás Guido, uno de los escritores de primera línea en nuestro país, severo cuanto límpido y correcto en su interesante obra "Fastos de la libertad" le dedica un tierno recuerdo, en que se leen las siguientes líneas:

"Cuando se contempla la incertidumbre del destino cuando el sepulcro parece preferir los seres más amables, y las flores de la vida se cortan o caen al nacer, tenemos que inclinarse ante su fallo inexcrutable nuestra frente, pensando en la inmortalidad.

"Pero la amargura de esta despedida sin retorno se colma cuando nos abandona uno de esos espíritus raros, que por una amalgama singular unían la fuerza a la dulzura y el ingenio a la más generosa sensibilidad.

"Había en el fondo del corazón de este joven un tesoro no solamente de ilusiones, sino de los sentimientos más nobles. La Patria, la amistad, la piedad filial, la tendencia al sacrificio, y todos los ideales de la juventud eran la fuente de sus inspiraciones".

Meditando en todo esto: ¿cómo no explicarse la prematura desaparición de Mitre?

Viajero ideal del infinito, él mismo se sentía habitante transitorio de un planeta donde no había ya misión para su alma sublimada de elevadas concepciones; nada que esperar, nada que requerir para su progreso moral: hasta el ambiente le asfixia y sin precipitación ni esfuerzo, anhela abandonar la pesada materia que retiene encarcelado su espí-

ritu ansioso de paz, de justicia y de amor, para elevarse a las esferas sin sombra que vislumbra allá, en los tiempos insondables de inextinguible existencia.

La lucha humana le repugna, las conquistas que promete en la vida no presentan a su alma inmaculada sino trofeos indignos de su grandeza —Bien pudo decir:—mi morada no está en la tierra.

¿Será esto exagerado? Bueno. Es mi impresión genuina.

Hay que absorber las generosas revelaciones de su ser íntimo—contemplarlas a la luz sideral que reverberan—seguir su numen volador a las alturas desde donde, ajeno al embate de las pasiones, desdeña las materialidades de la humanidad, y después... admirarlo, amarlo y perpetuarlo.

PLAZA LOPEZ Y PLANES

Para justificar el nombre que la Municipalidad ha sancionado para la Plaza principal de nuestro pueblo, bastaría decir que lleva el del autor del HIMNO ARGENTINO consagrado como CANCIÓN NACIONAL. Pero antes de alcanzar timbre tan imborrable, el nombre de este patriota venía también distinguido por servicios anteriores y por obras poéticas que ya habían llamado la atención sobre él.

Nació en Buenos Aires el 3 de Mayo de 1784, el mismo día que el poeta coronel Juan R. Rojas. Sus padres fueron, el comerciante y propietario D. Domingo López, originario de Santander, y D^a. Catalina Planes, natural de Buenos Aires, cuyo apellido paterna era La-Plana, cambiado en el de Planes, quizá por ser forma más fácil; aunque en la familia se decía que la razón provenía de que, siendo italiano el padre de D^a Catalina, había tenido que naturalizarse y dar a su apellido una forma más española para obtener el mando de un buquecillo, la *Chasquera*, que servía de práctico leman y de correo marítimo entre el puerto de Maldonado y el de Buenos Aires, allá por los años 1734 o algo antes.

D. Domingo López, se manifestó esmerado en dar a sus hijos la mejor educación de que podía disponerse en aquel tiempo, cuyo ejemplo debemos recomendar siempre a los que aman y desean la felicidad de sus hijos.

Era D. Vicente el primogénito y cumplidos los diez años entró a la escuela primaria del convento de San Francisco, luego al Colegio de San Carlos, donde cursó latinidad con notable aprovechamiento, bajo la dirección del mentado catedrático Presbítero D. Pedro Fernández, al mismo tiempo que muchos otros alumnos, hombres célebres después, que conservaron el nombre y el respeto de este profesor.

Cuéntanse entre ellos D. Bernardino Rivadavia, D. Manuel José García, D. Matías Patrón, D. Julián Segundo de Agüero, D. Juan Ramón Rojas, D. Esteban de Luca, D. Manuel Tomás de Anchorena, y otros que se galardoneaban del hecho hasta en sus últimos días: imperecedera corona del magisterio.

Fue también alumno de filosofía del Dr. Valentín Gómez, en el curso de 1799 a 1801.

El estudio de los clásicos latinos allanó su fácil disposición para hacer versos, que engalanada después por la lectura de los clásicos españoles y de los autores franceses, tomó en su espíritu una forma filosófica y moderna que ninguno de sus contemporáneos había ensayado en Buenos Aires.

Cuando llegó a la edad de llenar por sí las necesidades de la vida, que la carrera literaria no podía satisfacer, estableció una tienda de géneros, lencería y artículos de tráfico común; más, dominado por las propensiones de su espíritu y su educación, seguía siempre nutriéndose no solo con incesantes lecturas, sino siguiendo con interés los rumores de la revolución Francesa y los grandes sucesos militares que agitaban al mundo.

Bajo estas influencias morales, oscurecido en la densa bruma de la colonia, se deslizaba su vida en la tienda de la calle Belgrano (hoy) frente a Santo Domingo, cuando como un desplome de la alto cayó sobre Buenos Aires el ataque, la victoria y la ocupación de la primera expedición inglesa al mando de Berresford. A esta terrible angustia del espíritu patrio, sucedió la reacción enérgica, entusiasta, arrebatadora y al tomar con Liniers la gloriosa revancha, estalla en la juventud argentina el genio de la *Nueva Edad*.

El joven López y Planes acudió de los primeros a enrolarse. Respectuoso a los deseos de su padre, se inscribió con su íntimo amigo don Manuel José García en el batallón de *Cántabros*, que mandaba el coronel don Pedro Andrés García. Pero era demasiado conocido como criollo para que le fuera permitida esa desviación; así el coronel don Cornelio Saavedra reclamó al joven soldado y lo incorporó a su regimiento con el grado de teniente.

Al anunciarse la 2ª expedición, Liniers pasó el río, con una división en que iba nuestro teniente, con el objeto de proteger a Montevideo, pero al desembarcar en los *Cerrillos de San Juan* supose que la plaza había caído y la expedición regresó a Buenos Aires.

Una nueva avalancha de doce mil ingleses, con Witelocke a la cabeza, se desplomó nuevamente sobre nuestra capital, la que se defendió con tal denuedo y valentía, que el ejército inglés tuvo que capitular y retirarse, dejándonos las calles cubiertas con sus muertos y todas sus armas y banderas por trofeos.

Herido y prisionero cayó por segunda vez el famoso coronel Parker, prisionero en la invasión anterior, el cual con su jefe el general Berresford fueron internados a la Villa de Luján *bajo su palabra de honor*, y rompiendo tan sagrado compromiso, se fugaron una noche, llevándose los planos que habían levantado secretamente durante su cautiverio y sirvieron para esta 2ª invasión. Fue, sin embargo, respetado en su vida y atendido con tanto esmero, que, lleno de gratitud, pidió al morir de sus heridas "que su cuerpo fuera sepultado en el cuartel de los valientes *"Patricios* que lo habían vencido en el combate y mitigado cuanto pudieron el dolor de su desgracia".

El teniente López y Planes fue ascendido a capitán de *Patricios* y destinado a guarnecer la *Batería de Abascal*, colocada en lo que es hoy la cabecera norte del Puerto Madero.

Allí escribió el poema heroico que tituló TRIUNFO ARGENTINO, cuyo solo nombre y cuyo texto es ya una profética revelación de lo que debían ser los tiempos que amanecían en los horizontes del Río de la Plata.

En la solemne invocación de este canto, que se halla en *La Lira Argentina* bajo su nombre, llama HIJO DE APOLO al poeta doctor don Juan Manuel Lavarden, y es título que debemos recordar para el primero de esta galería, por la incontestable autoridad de quien lo confiere: *magister dixit*.

A fines de 1808 bandonó el comercio y se trasladó a Chuquisaca (hoy Sucre), donde se graduó en derecho como adscripto a la matrícula de Abogados del Virreynato. Complicado, aunque sin pruebas, en el movimiento insurreccional del año 1809, fue remitido a Buenos Aires

con los asientos del sumario que se le había formado; pero el fiscal señor Villota anuló el expediente y admitió al procesado como practicante de su estudio.

Un paso más, y estalló la revolución de 1810. En los cabildos abiertos de esa GRAN SEMANA, como la ha llamado nuestro erudito historiador doctor Vicente Fidel López, actuó su señor padre en el séquito de los grandes patriotas que constituyeron la Nueva Junta Gubernativa. Sus reconocidos talentos y su carácter moral, hicieron que la Junta por unánime voto, le confiriera el encargo de Secretario de la Expedición Libertadora que marchó a los pueblos interiores y a los del Perú, a las órdenes del comandante general don Francisco Antonio de Ocampo.

De manera que tiene entre todos uno de los mejores derechos a estar inscripto en las primeras líneas de los Guerreros de la Independencia.

En 1811 fue secretario de Gobierno durante el primer triunvirato.

En 1813 fue electo miembro de la Asamblea General Constituyente, y actuó como adicto al partido del General Alvear, compuesto por la mayor parte de los hombres notables que habían pertenecido al de Moreno. Allí fue donde se resolvió que los miembros Fray Cayetano, José Rodríguez y doctor Vicente López y Planes, prepararon un proyecto de Canción Nacional guerrera, que sirviera para invocar en los labios de los pueblos las ideas y los fines de la Revolución de Mayo. Presentados ambos proyectos, Fray Cayetano retiró el suyo, y fue aclamado el de López tal cual hoy subsiste.

Eran tan bien apreciados sus conocimientos y madurez de juicio, que la misma Asamblea le dio la comisión de proyectar una prisión penitenciaria bajo las formas inglesas.

Fue procesado entre los partidarios del supremo Director General don Carlos M. Alvear, pero inmediatamente absuelto; y organizado en seguida el Directorio del general Juan Martín Pueyrredón, fue llamado al Ministerio de Gobierno, de donde pasó en seguida a formar parte del Congreso Constituyente al trasladarse de Tucumán a Buenos Aires.

Sufrió las consecuencias y las persecuciones de la caída del régimen nacional, pero reorganizada la provincia de Buenos Aires como entidad autónoma, prestó grandes servicios en la administración del General Martín Rodríguez, cuyos ministros eran Rivadavia y García. Entonces fundó el Departamento Topográfico y el Registro estadístico, origen de nuestro Registro Gráfico.

A la convocatoria del Congreso Nacional de 1825 fue electo y figuró en él hasta la caída del general Las Heras, provocada dentro del Congreso para erigir la Presidencia del señor Rivadavia, por cuyo incidente se retiró desagrado a la vida privada.

A poco tiempo fracasó la nueva presidencia y el Congreso resolvió disolverse, eligiendo un presidente interino con el encargo de reglamentar la disolución del orden nacional existente y reconstituir la autonomía de la Provincia de Buenos Aires, en la fisma forma y manera que había existido durante los gobiernos de Rodríguez y Las Heras.

En ese carácter fue electo López y Planes y cumplió su misión entregando el gobierno al coronel Manuel Dorrego, electo al efecto por la Junta de Representantes de la Provincia.

Hecha la paz con el Brasil, Dorrego le llamó al Ministerio de Hacienda, con el general Guido en el despacho de Gobierno y el general Balcarce en el de Guerra.

Sobrevino la revolución del general Lavalle en 1º de Diciembre de 1828, y después de la guerra vicil el gobierno de Rosas. Este en sus primeros tiempos encargó a López el Ministerio de Relaciones Exterio-

res, del cual se separó para quedar como miembro del Superior Tribunal de Justicia hasta 1853.

Como la victoria de Caseros y la consiguiente fuga de Rosas produjeran la acefalia en el gobierno, el general Urquiza encargó a López que lo ejerciera interinamente, como lo hizo, brillando en su corto período gubernativo por sus altas condiciones de sabiduría y honradez que inalterablemente le habían acompañado en su infatigable carrera política de cuarenta y cinco años. Fue en tal carácter que asistió al famoso Acuerdo de Gobernadores en San Nicolás, firmando con todos los de las 14 provincias el convenio para la reorganización de la República bajo el sistema federal, lo cual produjo los memorables debates en la Cámara de Representantes en Junio de 1852, y la revolución de Setiembre del mismo año que planteó la separación de Buenos Aires en Estado independiente.

Las alteraciones del orden y las luchas de nuevos partidos, lo alejaron de la escena y murió en el más absoluto retiro el 10 de octubre de 1856 a los 72 años y cinco meses de su edad.

La vorágine de los acontecimientos políticos en que se encontró siempre envuelto desde 1810 hasta 1853, fue demasiado violenta y persistente para que tuviera tiempo y sosiego de reanudar sus trabajos literarios, y él como todos los hombres de su tiempo han muerto sin dejar obras nuevas ni recuerdos escritos.

Para escribir la biografía de López y Planes sería necesario recorrer la historia del país, tan vinculado está a ella y tantas veces ha hecho sentir su influencia en los acontecimientos; pero estos ligeros apuntes bastan para demostrar que, con ser el homenaje que le presentamos el más significativo de que podemos disponer, está muy lejos de sus altos merecimientos, y debemos completarlo guardando en nuestros corazones el recuerdo del eminente poeta, del acendrado patriota, del ciudadano incorruptible y austero ¡honor de la patria! que grabamos en nuestra Plaza principal designándola desde hoy, para siempre, LÓPEZ Y PLANES.

PLAZA GUIDO Y SPANO

De todos los ciudadanos a cuyos nombres se tributa este homenaje conmemorativo, el único que el país se goza de conservar vivo en su seno, es el inspirado vate, acaso el primer poeta lírico de América, Carlos Guido y Spano.

¿Por qué se ha hecho una excepción con él, habiendo todavía en la lista de los poetas muertos, algunos casi olvidados, no indignos por cierto de ocupar un sitio inmovible en la pobre galería de una villa rural?

Porque Guido y Spano, sin haber dado todavía cuanto tiene que dar, ha producido lo bastante para merecer, como Víctor Hugo, su glorificación en vida.

Guido es ya una gloria consagrada; algo que debe engrandecerse, pero que la mente no concibe que pueda detenerse ni retrogradar.

Como aquel hilo de cristalina linfa que brota de una herida de la sierra en el trópico, y en su trayecto de leguas se aumenta asimilando vertientes, lagunas y arroyuelos, aumentando siempre su caudal hasta formar el majestuoso río cantado por Lavarden, cuyo torrente baña y vivifica millares de pueblos y ciudades, no podría, imagen de la vida, retroceder a su origen: del mismo modo los ecos de la fama, los resplandores del genio, los laureles de la gloria y el amor que la Argentina

profesa a este hijo predilecto, no pueden apagarse jamás, porque están firmemente incrustados, diré así, en el sentimiento y en la historia de su patria.

Carlos Guido es una de aquellas personalidades de altas cumbres, respecto a las cuales puede escribirse más de una biografía razonada, pues de cualquier lado que se coloque el espectador tiene a su estudio un personaje completo.

Hijo de un ilustre militar, diplomático, estadista y esclarecido prócer de la Independencia, que ocupa brillantísimas páginas en la revolución Sud Americana, Brigadier General Tomás Guido, y de la noble matrona Pilar Spano, primogénita de un héroe, el Coronel Spano, nació, como él dice en sus *Ráfagas*, en la plaza de la Victoria en Enero del año 1827.

A la edad de 13 años, en 1840, dejó la escuela y el país para unirse con su señor padre, a la sazón Ministro Plenipotenciario en Río de Janeiro. Temprano mostró grande inclinación hacia las nueve de Helicon, consagrado todo su tiempo a la lectura de los grandes poetas y al estudio de diversas lenguas. El año 48 se trasladó a París con motivo de la trágica muerte de su hermano Daniel, ocurrida cerca de Amiens.

Mitigada la dolorosa impresión, en París, lejos de la celosa vigilancia paterna, con su imaginación meridional, dotes intelectuales, espíritu alegre, belleza personal que los azares del tiempo y de la lucha no han menguado, músico, poeta, y educado con la más fina cultura de su familia y de la aristocrática corte brasileña, es fácil imaginar las abstinencias, los ayunos y disciplinazos que maceraron al gallardo americano, allá entre los conventuales del barrio latino.

Sin embargo, su alma delicada sacióse pronto de la vida fácil y regresó a Río, en busca de los halagos que labraban su felicidad en el hogar paterno, comenzando desde luego por incorporarse al movimiento literario, traduciendo al portugués el *Rafael* de Lamartine y publicando artículos políticos en la prensa.

En seguida partió nuevamente a Europa, visitó otra vez a Londres, y París, y en 1852, después de Caseros, regresó a sus lares, con grande acopio en su cabeza de poetas, de músicos, de artistas y de literatos, habiéndose perfeccionado en las lenguas inglesa, francesa, italiana y portuguesa.

Amargas reflexiones debieron ocupar su espíritu exaltado por el romanticismo de la época, rebotante de ideales de patriotismo y libertad, cuando al desembarcar vio en la Plaza de la Victoria un trozo de tropa en formación, que estaba recibiendo en dinero cantante el premio de su adherencia a la revolución del 11 de Setiembre.

Y más amargas hubieran sido si alguien le dijera que en aquel acto recibieron también con el homenaje público de un partido político, el estipendio acordado, los mismísimos mazorqueros comandante Manuel Troncoso y su segundo Silverio Badía, que poco tiempo después fueran fusilados, a causa de *hechos anteriores*, por los mismos que así los ensalzaban premiando su *patriotismo* de circunstancias.

Tan luego como estalló la revolución encabezada por el Coronel Lagos, nuestro poeta ciñó la espada, sirviendo como ayudante del General Pacheco, Ministro de la Guerra a la sazón; pero muy pronto tuvo que abandonar las filas y el país, lleno de indignación a causa de un acto atentatorio del gobierno contra la persona de su ilustre padre, y no volvió hasta que estuvo restablecida la paz.

Durante la presidencia del doctor Derqui fue nombrado Subsecretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores; puesto que sirvió dos años con cinco ministros; y cuantos documentos salieron

de aquella cancillería, cuantas memorias, notas diplomáticas, correspondencia pública y privada se mantuvo en nuestras relaciones internacionales, todo lleva el sello inalterable de su labor y su talento.

Pocos días antes del derrumbamiento de la Confederación, renunció el puesto y se retiró a Montevideo, a ocuparse como corrector de pruebas en una humilde imprenta.

Tentando fortuna en el comercio, se trasladó al Brasil como representante de una empresa de carnes conservadas; pero su mala suerte quiso que las tales carnes adquiriesen vida y movimiento en el camino, y el desmedrado imperio rehusó alimentarse con el horrible manjar, por lo que, abandonando el azaroso campo mercantil se refugió de nuevo en las umbrosas regiones del Parnaso.

Cuando se formó la triple alianza contra el Paraguay, Guido protestó enérgicamente a nombre de la justicia y la solidaridad republicana, y sus escritos, bajo el rigor del estado de sitio, le valieron algunos días de prisión.—Las persecuciones del poder no bastaban a acallar los dictados de una conciencia varonil y honrada. Protestó luego contra el inicuo atentado de Paysandú, manifestó su admiración por Leandro Gómez, corrió a meterse entre los ardientes escombros de la defensa, y cuando ya no halló sino una inmensa hoguera, lloró como Mario sobre las ruinas de Roma. De allí pasó a unirse a los defensores de Montevideo, sitiado y bloqueado a la sazón por las armas del Brasil, cabiéndole el honor de que se anunciase su llegada en la orden general del ejército.

Días de no menor angustia para la patria habían de alumbrar todavía los contornos vigorosos de su personalidad culminante: la fiebre amarilla que asoló nuestra ciudad en 1871, requirió todos los sacrificios de la abnegación y del valor. Una comisión formada popularmente a su iniciativa y la de Héctor F. Varela para atender a los atacados, se constituyó en seguida, y en ese puesto de inminente peligro y de infatigable actividad, se destaca entre los primeros Carlos Guido. Sus compañeros caen alrededor como soldados en la pelea. Como espigas bajo la hoz caen los habitantes de la ciudad, desde el conventillo hasta el palacio; no hay elementos para transportar los cadáveres; es forzoso habilitar nuevos cementerios; los peones no bastan a cavar las sepulturas; montañas de cuerpos humanos en revuelta confusión colman las fosas—¡llegan hasta 700 por día! y la lucha se mantiene tenaz, formidable, horrenda—Por todas partes muerte, miseria, hambre, desolación, espanto.

Los héroes de la Comisión Popular, caen para no levantarse algunos, para volver nuevamente al combate otros. Hasta sesenta sacerdotes se postraron en esos días nefastos cumpliendo su santo ministerio. La Municipalidad, la Policía, el Gobierno, el pueblo, todos los que no huyen azorados de la ciudad infestada, luchan con desesperación, casi con rabia.

Nuestro poeta se halla en todas partes, se multiplica, atraviesa cual vestido de amianto la devorante hoguera, y al fin, después de una lucha de tres meses, triunfa la perseverancia, y el pueblo agradecido condecora su pecho y el de sus noble compañeros con UNA CRUZ DE HIERRO.

En seguida recibió también la medalla de oro decretada por la Municipalidad de Buenos Aires en gratitud de los mismos hechos.

Cuando el país levante su panteón a los varones ilustres, señalará un sitio en él para aquellos *héroes de la piedad cristiana*.

En esa horrible tarea tocóle la satisfacción penosa, de sepultar en altas horas de la noche, con sus propias manos, ayudado solo del abnegado y valiente Carlos Munilla, Administrador del Cementerio del Sud, ya clausurado, a la matrona argentina Luisa Díaz Vélez de Lamadrid,

hermana del glorioso General Díaz Vélez y esposa del héroe legendario de cien combates.

Pasada la batalla, el adalid volvió a ser el ruiseñor de los dulces cantares, hasta que organizándose el Departamento Nacional de Agricultura, fue nombrado secretario y cayó sobre sus hombros el pesado fardo.

Grande error cometen los que creen que el poeta solo sirve para componer ritmos. Preparada la mente por el estudio, abierta el alma a las ideas majestuosas, no se necesita más que la voluntad para encaminarla hacia cualquier rumbo en que se vislumbren horizontes de felicidad y grandeza.

Guido tiene esa voluntad; devora, estudia y comprende pronto cuantos libros hay sobre agricultura, ganadería e industrias aplicables al país; descubre en esa ruta inmensos campos de felicidad, de grandeza para su patria, y se hace obrero decidido de su progreso. Colabora entonces en calidad de Secretario del Departamento Nacional de Agricultura, a la obra de su director el señor Oldendorf.

Dos libros con cerca de mil páginas cada uno, infinidad de folletos, circulares, explicaciones y consultas, son el fruto de esos trabajadores del progreso y se difunden por toda la República.

Traducciones de obras, comparaciones de país a país, estudios de razas, selecciones, aplicaciones, ganadería, agricultura, meteorología, horticultura, maquinarias, estadística—todo está certera y brillantemente tratado en esos libros, revelando el enorme esfuerzo y la firmeza de voluntad que se ha necesitado para adquirir, comparar, y armonizar aquel cúmulo de conocimientos tan ajenos a las corrientes ordinarias del número.

Dejando allí estampada su imperecedera huella, Carlos Guido abandonó de nuevo el rastrillo por la espada en la revolución de 1874, y terminada ésta, pasó como Director del Archivo General de la Provincia, que fue más tarde transferido a la Nación, cargo sin mayor lucimiento, pero de verdadera labor, en que el pueblo creyó que el cantor dormía, en tanto que afanoso trabajaba por sus destinos.

Así logró desenterrar, con auxilio de sus buenos empleados, cerca de doscientos documentos importantísimos, relativos a la Patagonia Oriental que nos disputaba Chile, algunos de ellos muy extensos, y no pocos copiados de puño y letra del mismo Guido; pero todos ellos prolijamente confrontados, los cuales fueron a manos del Ministro de Relaciones Exteriores, haciendo decir al señor don Félix Frías en la Cámara de Diputados, "que veinte mil pesos que se hubieran gastado para encontrar uno solo, habría sido una plata muy bien gastada".

Prosiguiendo las investigaciones, el Archivo preparó y catalogó más de trece mil documentos, relativos a nuestras cuestiones con la República trasandina.

Compulsados en oportunidad esos documentos por el ilustrado doctor don Antonio Bermejo, oficialmente encargado de hacerlo, y habiéndoles agregado algunos otros encontrados en los estantes del Archivo, el comisionado del gobierno supo esparcir intensa luz en la cuestión de derecho internacional que más ha preocupado a los argentinos en los últimos tiempos.

Posteriormente fue Guido miembro del Consejo Nacional de Educación, donde prestó importantes servicios al país, con otros distinguidos ciudadanos, bajo la presidencia del benemérito doctor D. Benjamín Zorrilla.

Sus hermosos libros "Hojas al viento" y "Ecos lejanos" contienen numerosas composiciones, algunas de ellas de largo aliento; pero todas

perfectamente acabadas, en que brillan tanto la inspiración del poeta, como la prolijidad artística con que parecen esculpidas por el cincel de Cellini.

LAS RÁFAGAS forman una obra de dos tomos con más de 400 páginas cada uno, en 4^o mayor, y allí se contienen más de cien capítulos en prosa y verso sobre distintas materias. Historia patria, crítica, teatros, viajes, agricultura, política internacional, literatura, traducciones, investigaciones históricas; de todo hay como en un precioso mosaico, y en todo es Guido el mismo artista consumado, erudito en historia antigua y moderna; engalanado por el conocimiento de los clásicos; dominando la historia de su país; ya meditando sobre los grandes asuntos nacionales, ya fulgurando su genio alegre y juguetón; dando estocadas al enemigo, aliento a los principiantes, alfilerazos a sus émulo, y esparciendo por todas partes, hasta en epístolas familiares, las flores más galanas de su jardín siempre primaveral y cuidadosamente cultivado.

A más de las "Ráfagas" ha dado a luz las "Misceláneas", libro de traducciones de trozos selectos, la "Vindicación Histórica" en un tomo de 400 páginas, el libro publicado en ocasión del centenario del General Guido, y varias memorias y panfletos políticos.

Incompletos quedarían estos apuntes si no señalásemos aquí la elocuencia tribunicia de Guido, tantas veces manifestada en asambleas populares. La guerra de Méjico, la de España contra el Perú y Chile, la gigantesca pugna de Francia y Alemania en el 70, nuestras contiendas eleccionarias, en la vida ardiente de la república, dieron ocasión a que su palabra siempre levantada se hiciese escuchar con caluroso aplauso en los teatros, en los clubs, en la plaza pública y hasta en el cementerio en ceremonias augustas. Y sin embargo nunca le cupo el honor de representar en las cámaras a los mismos que tanto le ensalzaban.—Mejor, dice él, esto probaría en todo caso que hay en la República muchos ciudadanos que valen más que yo.

El apóstol de las grandes causas no podía ser indiferente a la suerte de la infortunada Cuba, y se mostró partidario acérrimo de su independencia en la década de 1868 a 78, como se manifiesta hoy mismo entusiasmo de la heroica Antilla.

Ninguno ha pintado a Guido con los colores vivísimos y la exactitud de rasgos que el distinguido escritor ecuatoriano Tomás Moncayo Avellán, residente entre nosotros. Nuestros estrechos límites nos permiten apenas transcribir unas líneas de un precioso artículo, con motivo de la proyectada coronación del poeta. Helas aquí:

"El relato de la vida de Carlos Guido Spano lo pueden hacer al presente dos generaciones, y ambas están de acuerdo en que ella se sintetiza en estos tres términos, que la determinan, la limitan y la caracterizan: estudio, filantropía y pobreza.

"En efecto, Carlos Guido Spano es acaso el más sólidamente instruido de los literatos argentinos, porque no solamente se ha ocupado de poesía, sino que ha sido también periodista, escritor de historia y crítico erudito. Dedicado al estudio de las lenguas clásicas y modernas, se ha familiarizado con sus respectivas literaturas, ha hecho elegantes traducciones de sus principales autores, y le hemos visto discurriendo frecuentemente por entre esa "alameda de inmóviles gigantes" que se llaman Homero, Esquilo, Lucrecio, Juvenal, Dante, Shakespeare, Cervantes.

"Como hombre dedicado a hacer el bien de los demás, olvidándose de sí mismo, es notoria su conducta en las grandes epidemias que han azotado este país, en las calamidades que derivan de las guerras civiles, y en todos los infortunios que no faltan desgraciadamente en ninguna sociedad.

"El ha sido por vocación irresistible el amigo de los humildes, el infatigable propagandista de la caridad, el compañero dispuesto siempre a participar del dolor ajeno. Ha sido a orillas del Plata, como Hugo a orillas del Sena, el poeta de los desvalidos.

"La pobreza de Carlos Guido Spano es una pobreza que podríamos llamar legendaria, porque a él no le han preocupado jamás los halagos de la fortuna, y en su infancia, en su adolescencia y en su ancianidad, en todos estos períodos de su existencia, siempre se ha mantenido personalmente pobre, resignado con su muerte y satisfecho en el retiro del hogar doméstico, lejos del bátrito de las pasiones.

"Con todos los medios que sirven para allegar riquezas,—talento, instrucción y alcurnia,—no se sirvió de ninguna, porque él tiene en su esencia moral lo mismo que el poeta mejicano Guillermo Prieto reconocía en su amigo Rodríguez Galván:

Alma de rey, ánsias de mendigo.

"Finalmente, su carácter original, sus modalidades de filósofo antiguo, y su culto incommovible por la respetable memoria de sus ascendientes, hacen pensar que él no es como todos los mortales que habitan este mundo, sino que procede de un planeta distinto, en el cual hay otro cielo, otra naturaleza y otros hombres superiores a los que conocemos".

Así como puede afirmarse que fue con Héctor Varela promotor principal y fundador de la Comisión Popular en la fiebre amarilla, puede decirse que fue también uno de los de la Cruz Roja, sociedad que cuenta hoy con más de 2,500 socios y solo tiene 4 ó 6 MIEMBROS DE MÉRITO, siendo de su número Carlos Guido; ganó sus entorchados sobre el campo de batalla, en el Puente Alsina, durante las sangrientas jornadas de junio de 1880—acaudillando un corto grupo de ciudadanos de buena voluntad, entre los cuales se hallaban los distinguidos doctores en medicina Francisco Simón y N. Dubreuil, los señores Aquiles Sioen, Findley, Dupont, Salvador Alfonso, el virtuoso presbítero D. Benjamín Paz y algunos otros.

Esta ambulancia llegó hasta el campo del Coronel Racedo y en su trayecto recogió 111 heridos, que fueron en parte alojados fuera de trincheras en la casa del memorable francés Picard, calle Caridad, transformada por Guido de centro de festivales en hospital de sangre.

Un grupo de ciudadanos hemos llamado a los que acompañaron a Guido, interpretando la gratitud pública que debe conferirles título honoroso de ciudadanía por su noble comportación: en realidad eran casi todos franceses y españoles.

Los títulos y diplomas que posee Guido son innumerables y apenas podemos apuntar, alterando un tanto el orden de las fechas, los siguientes: Miembro fundador del *Ateneo* y su primer presidente; Miembro fundador y primer presidente de la Sociedad protectora de animales; Miembro de la facultad de letras de Chile; Miembro correspondiente de la Real Academia Española, nombrado por unanimidad en votación secreta; Socio honorario correspondiente de la Real Academia poética Italiana; Socio honorario de la Academia Stesicoreo de Catanea (Sicilia); Miembro honorario de la sociedad literaria inglesa de Buenos Aires, y en fin, casi todas las sociedades o círculos literarios del Plata, se han honrado incorporando su nombre al de sus asociados.

La carencia de un título doctoral ha impedido, acaso, que pueda traspasar los umbrales de la facultad de letras en su país; pero tiene aun tiempo de graduarse aunque sea en veterinaria y con esto merecerá tal honor y una banca de Diputado al Congreso.

Las ya citadas poesías de Guido están coleccionadas en dos libros: "Hojas al viento" y "Ecos lejanos"; todas ellas son de alto merecimiento, y es imposible dar preferencia a ninguna. Transcribiremos, sin embargo, el siguiente soneto, porque en él están genuinamente vaciados su estilo, su fantasía, su corazón; el que conoce a Guido, lo ve hablando:

LA INDEPENDENCIA

1 8 1 6

(A la Municipalidad de Buenos Aires)

*La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones,
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.
América contempla en torvo duelo
La bandera de mayo hecha jirones.
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.
Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe: libre se proclama;
Rompe el vil yugo con potente brazo,
Y triunfantes las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.*

Así como Alberdi, Lafinur y Larrazábal eran eximios pianistas, Guido es también eximio flautista. Este arte le ha proporcionado siempre triunfos y felicidades: tan solo un disgusto.

Cierta noche quiso hacer partícipe de sus goces filarmónicos a su amigo el autor de *Martín Fierro*, que había ido a visitarlo. Tocó maestramente las mejores piezas de su repertorio, y en uno de los pasajes más sentimentales, observa que su auditor roncaba como un bendito. Escandalizado el artista, lo empuja con la flauta diciéndole:

—¡Duermes, noble elefante!

—No, replica el otro, medito.

—¿En qué, vamos a ver, en qué?

—En la extravagancia de un hombre de talento que pasa tantos horas soplando en un canuto.

Con efecto, Hernández era uno de los hombres menos accesibles a las impresiones de la música. Igual a Florencio Varela: no gustaba de ella, pero era admirador de las artes plásticas.

Aunque estos apuntes distan mucho de la biografía, séanos permitido una reflexión, en gracia del objeto que la inspira.

Carlos Guido es generalmente reputado como el prototipo del hombre cuyo lema es el DOLCE FAR NIENTE, al cual dedicó un dítirambo en las *Ráfagas*.

El mismo ha contribuido a sancionar este juicio, perpetuando frases como la de que "era incansable en el descanso" y que "la noche se ha hecho para dormir y el día para descansar".

Si no fuera porque la calumnia implica mala intención, y nadie puede tenerla para Guido, pudiera decirse que ha sido calumniado. Tiempo es de rectificar el erróneo juicio.

Considérese cuánto ha producido, cuánto ha trabajado en cada una de sus perfeccionadas producciones. Considérese que sin cursar ninguna universidad ha aprendido idiomas, artes, música, historia, filosofía, literatura de varias lenguas—que ha investigado archivos—que ha

estudiado los clásicos y los modernos—que ha defendido el honor nacional y cuidado de sus industrias productivas; en una palabra, que ha colaborado como factor eficiente en el progreso nacional con los fulgores de su genio, las vehemencias de su corazón y la labor de su mano.

Bastaría el móvil de la verdad y la justicia para incitar a este reparación; pero hay más: el ejemplo cunde y el mal ejemplo peor. No faltan jóvenes incautos que émulo de esta falsa fama, creen que el genio vuela y resplandece sin auxilio del trabajo y blasonan considerando timbre de honor su abandono, confiándolo todo a las luces de su propio talento. Los frutos de esta idea no pueden ser más funestos, y es preciso mostrar a esos jóvenes el verdadero, el genuino tipo que deben imitar, destruyendo para siempre esa falsificación de un carácter, por todas sus faces relevante, que debe ser de todos conocido, como un fulgor de la gloria Nacional.

La máxima holgazana que se le atribuye no es la que en realidad profesa; la verdadera, la genuina, la que practica, es la que hemos sorprendido por fortuna en la Revista Literaria del mes de Octubre, y dice así: "El trabajo no es un castigo, sino la revelación enérgica de la fuerza del hombre".—CARLOS GUIDO Y SPANO.

Penetraos de tan bello concepto y grabad en vuestra memoria al autor.

La plaza designada para conmemorar su nombre querido es, sin duda, el sitio más pintoresco de Pehuajó, pues desde allí se domina una extensión de casi dos leguas y la vista se extiende sobre anchos lagos y verdes praderas que animan el paisaje.

PLAZA ANDRADE

¡Descubrámonos con respeto! Nos hallamos en presencia de un coloso, verdadero genio de la poesía en América, y en cualquier parte del mundo.

Si hubiera intentado un trabajo crítico sobre poetas argentinos, al llegar a Andrade hubiese roto la pluma, impotente para comprender y describir este espíritu privilegiado, que lo mismo trata y discute política, instituciones, hacienda, en el periodismo militante, que modula trinos suavísimos con las armonías de Arpa Eólica; llora como un niño en el regazo, ruge como el huracán sobre los abismos sin fondo y estalla con el estrépito aterrador del volcán en erupción.

Andrade es el eco robusto de todas las energías de nuestros héroes, entonadas en estrofas magistrales sobre la cumbre de los Andes.

Prometeo! El Nido de Cóndores! La Atlántida! Paysandú! Son cantos imperecederos que todo argentino debe conocer. Grandiosidad en la idea, claridad en el concepto, soberana pompa en el estilo!

Nadie como él ataca más solemne asunto y nadie expresa con mayor energía la grandiosa escena. Citamos a la ventura.

En "La libertad de América", canta con acentos de cíclope:

*América! desnuda tus aceros,
Sacude tu melena de volcanes,
Que relinchen tus potros altaneros,
Y que proclamen tus enojos fieros
Con su potente voz los huracanes.*

.....
.....

*Entonces al calor de tu entereza
Su nieve derritió la cordillera,
Y el Chimborazo, que las nubes besa,
Dobló bajo tu planta la cabeza
Para ser pedestal de tu bandera.*

En el Nido de Cóndores al trasmontar los Andes el ejército republicano:

*Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!*

Siempre igual, sostenido, conceptuoso, ardiente, sin decaer jamás, el poeta heróico, el digno cantor de los titanes, se muestra tierno y conmovedor cuando deja vibrar las notas de paternal cariño a su hija Agustina:

*La virtud! perfume santo
Que los contagios aleja,
Que hace dulce hasta la queja
Y da hasta al dolor encanto.*

*Hija amada,
Esa es la joya preciada,
El talismán prodigioso
Que trueca el pesar en gozo,
Que las querellas concilia,
Que hace a la niña más bella,
Y a la mujer una estrella
Del altar de la familia!*

Y más tierno, melancólico, con gemidos de arpa pulsada por los rosados dedos de una niña, destilando esa ingenua filosofía del sentimiento, que está en la naturaleza pura del humano ser, que palpita cual misterio divino en el fondo del alma y en las grandes catástrofes golpea la mente como una verdad ansiosa de estallar, en el *Consejo maternal* inclinado, niño, en el regazo, sin poder explicar a su madre los motivos de aquella tristeza, que se reflejó siempre en su semblante de sonámbulo:

*Yo prorrumpí a llorar.—Nada, le dije,
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón y lloro!*

*Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila
Y enjugando sus ojos y los míos*

*Me dijo más tranquila:
—Llama siempre a tu madre cuando sufras,
Que vendrá muerta o viva;
Si está en el mundo a compartir tus penas,
Y sino, a consolarte desde arriba!...
Y lo hago así cuando la suerte ruda
Como hoy perturba de mi hogar la calma;
Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma.*

Andrade es uno de los muy pocos argentinos que se han gozado honrando a los ingenios de su patria y a este fin recordamos una de sus

preciosas fantasías "El arpa perdida", consagrada al poeta Esteban Luca en su desastroso naufragio, que le arranca este gemido:

*Ay! de la débil nave!
Ay! del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
Como corcel herido
Que lleva en los hijares la cornada
Del iracundo toro.*

La magistral introducción con que su condiscípulo y amigo el doctor Benjamín Basualdo, ha encabezado la edición de sus *Obras poéticas* ordenada por el Gobierno Nacional en 1887, nos excusa de todo juicio, que sería pálido e imperfecto en este caso.

Andrade nació en Entre Ríos, en la ciudad de Gualaguaychú, en 1840 y se educó en el famoso colegio del Uruguay que dirigía el inolvidable doctor Larroque.

Muy joven y con tan modesto capital escolástico que él sabría enriquecer, abandonó los estudios en 1858, habiendo dado ya pruebas de su númen poético; pero las exigencias de la vida lo hicieron periodista y fundó y redactó periódicos políticos en Santa Fe, en Gualaguaychú, Uruguay y Concordia.

En 1860 fue encargado de la secretaría del Presidente Derqui en el Paraná y después de una vida asaz dificultosa, luchando siempre como federalista en la política candente de la época, llegó a fijarse en Buenos Aires, justamente apreciado por su condiscípulo y amigo el general Roca.

Fundó con el publicista Vedia "La América", atacando la política de la triple alianza; escribió en "La Tribuna" y fundó por fin "La Tribuna Nacional" como director propietario; periódicos todos, que cual se deja suponer, adquirieron bajo su dirección verdadera popularidad y significación política.

En mitad del día lo sorprendió la noche, como dijo un poeta sobre su tumba, abierta casi de improviso el 30 de octubre de 1882—congregando alrededor de su féretro cuando más notable había en la gran capital, en posición política y social, en las letras, en el foro, en la magistratura, en el parlamento y en la prensa.

Pronunciáronse muchos discursos, pero el que sobresalió, no tanto por la significación del orador cuanto por la exactitud de los rasgos, y su forma sobria y conceptuosa, fue el del teniente general Roca, presidente a la sazón de la República.

En aquel acto solemne ocurrió una escena que conmovió hondamente a la numerosa concurrencia, ya muy impresionada por el dolor de la pérdida y la expresiva palabra de los oradores:

El desventurado cuanto querido poeta Gervasio Méndez, que contaba más de 10 años de postración en el lecho, se hizo conducir en brazos de tiernos amigos, llevando una hermosa corona, con que en un certamen de beneficencia lo había obsequiado una sociedad extranjera, y depositándola sobre el féretro de su hermano en el Parnaso, exhaló este sentido sollozo:

*Condensado en mis lágrimas te dejo,
Todo el triste poema de tu muerte
Y este laurel, que es símbolo de gloria,
Arrancado a mi sien para tu frente.*

Entre los centenares de personas que rodeaban el féretro escuchando conmovidas los discursos apologéticos y composiciones en verso, se notaba más pálido el semblante, balbuciente el lábio, expresando mayor congoja, el grupo de poetas jóvenes, representantes allí de nuestro Par-

naso enlutado, y entre ellos se destaca la noble faz, circundada como aureola de luz transparente por su blanca barba, su abundosa y flotante cabellera, el laureado Carlos Guido, el de la cruz de hierro, que desde el principio de la enfermedad no se apartó de su hermano en el arte, hasta colocar una flor sobre su tumba!

"La Tribuna Nacional" mantuvo muchos días enlutadas sus columnas destinadas a reproducir estos tristes acentos, entre los cuales es digno de mención el sentido artículo de Pablo Zuvietta, un sabio bohemio, hijo de Bolivia, que murió poco después oscurecido; pero dejando imperecederos recuerdos entre los que tuvimos el placer de estimar su gran corazón y singular ingenio. Con decir que era muy amado de Andrade, basta para merecer este recuerdo.

Fue aquello un duelo nacional que traspuso las fronteras, dilatándose en ondas sonoras por todo el mundo literario en América y parte de Europa.

Decretóle el Gobierno los honores correspondientes como Diputado al Congreso por su provincia y cinco disparos de cañón al partir el tren fúnebre.

La prensa de toda la República se asoció, interpretando la pesadumbre nacional y por muchos días se escucharon de todos los ámbitos doloridos ecos y algunos tan sentidos lamentos, cual si fuesen arrancados por maestra mano a los mágicos acordes de un violoncello.

El Honorable Congreso votó en Junio de 1884 una autorización al Ejecutivo para comprar en 16.000 pesos los originales de sus obras, debiendo ser catalogados y conservados en la Biblioteca Nacional, y mandarlas imprimir en esmerada edición, destinándose la suma de 6.000 pesos. Esta es la más auténtica y completa edición de las obras de nuestro eminente poeta que, como dijo Roca: "deja sus versos" "inmortales vaciadas en el molde de los Andes, el Amazonas y el Plata".

Tan laudable iniciativa del Congreso Argentino debe recordar al país el deber que tiene y el honor que alcanzará en compilar las obras de tantos poetas, cuyos himnos inspirados por la virtud, por la gloria y por el heroísmo de nuestras armas, resplandecerán como aureola de luz en las sienas de la Patria.

PEHUAJÓ

Terminada esta ligera noticia respecto a las personalidades cuyos nombres se conmemoran en las calles del pueblo, se impone la correspondiente al nombre del pueblo mismo y todo su distrito.

Llenaremos este vacío en pocas páginas.

A la margen izquierda del caudaloso Río Paraná, en donde corre deslindando el Paraguay de las Misiones Argentinas y Corrientes, como a 5 kilómetros más o menos del "Paso de la Patria", se encuentra un arroyuelo tan insignificante en la rica orohidrografía de aquella región, que apenas figura en escasos mapas, y lleva el nombre indígena de PEHUAJÓ.

En los desenvolvimientos armónicos de la naturaleza y de la vida, tropezamos a menudo con ejemplos que nos sorprenden cual aberraciones de la loca fortuna, esa eterna ruleta donde a suerte y azar juega perpétuamente la humanidad; y así vemos que los hombres más oscuros se levantan hasta elevadas cumbres: seres y cosas insignificantes llegan a adquirir puestos distinguidos en la sociabilidad y la historia.

Tal sucede con esa fangosa arruga de terreno que ocupa ya una página en la historia de dos naciones y se conmemora en este pueblo, cuyo engrandecimiento, prosperidad y riqueza es fácil pronosticar, y acaso alguno de vosotros o de los que vengan después, podrá enaltecerlo más todavía.—¡Qué raro! Yapeyú era por cierto más humilde que esta aldea de ayer, pueblo hoy, ciudad mañana, y sin embargo mereció ser cuna del héroe de un continente.

El humilde arroyo, en el sitio que sirvió de teatro a la sangrienta lucha que lo enalteció por el bautismo de sangre generosa, queda separado del Gran Río por una ancha faja de esos bosques impenetrables que bordean las costas acompañándolos en su curso por centenares de leguas:

*Bosques que guardan la cuna,
Como muralla sagrada,
Del Paraná, cuyas ondas
Besan y lavan su planta.*

Andrade.

Bosques donde se entrelaza y confunde toda la vegetación lujuriosa del trópico, desde la esbelta palmera, cuya copa recuerda el penacho de un cacique charrúa, hasta la salúfera Caroba y el Ezipó que sirve como cuerda incorruptible en el agua; bosques encantadores cuyo solo recuerdo exalta la imaginación visionando en ellos genios fantásticos entre cortinajes de verdor; bandadas de pájaros de pintado plumaje y variado canto; praderas de flores cubiertas de mariposas; altos quebrachos, formando con sus copas un macizo de rosadas flores que en lo alto del bosque se destaca, y los naranjeros, entre cuyo verde follaje perfumado siempre de azahar se ve destilando, como gotas de oro derretido, el sabroso manjar de los Hespérides.

En aquel sitio agreste y solitario, jamás turbado el silencio sino por el cantar de los pájaros, el chillido estridente de los monos o el rugir de la encelada fiera, se encontraron frente a frente el 31 de Enero de 1866 un cuerpo del ejército Paraguay y la 2ª División "Buenos Aires" al mando del caballeresco coronel Emilio Conesa, compuesta su oficialidad de juventud portefla, que nunca había olido pólvora en las batallas, e iba a recibir su bautismo de sangre a doscientas leguas distante del foco de sus afecciones.

Fue este uno de los primeros encuentros de nuestras armas con el enemigo, que ocupaba todavía territorio argentino, a causa de su contienda iniciada con el Brasil.

Nuestra división, compuesta de 4 batallones (2º, 3º, 4º y 5º), dos piezas y un regimiento de a caballo, se movió en la mañana de ese día, vadeando el arroyo de San Juan con el agua a la cintura y las municiones en la cabeza, hasta encontrar al enemigo que con una guerrilla desplegada de 150 tiradores, buscaba atacarlo por la izquierda.

Entre abras y bosques se encontraron las fuerzas a las 12 ½ del día, y al eco electrizador de entusiastas vivas a la patria comenzó el sangriento choque con igual ímpetu y valentía por ambas partes.

Mandaban: el 2º batallón el comandante Miguel Martínez de Hoz. El 3º el comandante Juan Manuel Serrano. El 4º el comandante Manuel Obligado. El 5º el comandante Carlos Keen, siendo su segundo el sargento mayor Dardo Rocha. La artillería el capitán Benigno Cárcova, y la caballería el coronel Calvo y el comandante Muzlera. Todo de lo más granado de la sociedad bonaerense. El veterano coronel Pedro José Agüero mandaba en brigada los dos últimos batallones y se halló presente en la acción el comandante en jefe del ejército de Vanguardia, general don Manuel Hornos.

Los paraguayos, conocedores del terreno, se ocultaban en las isletas de bosques, y velozmente atravesaban descalzos aquellos terrenos cenagosos en que se embazaban los caballos, y se hundían los infantes, calzados, con pesado equipo y moviéndose en un medio completamente desconocido; exhaustos por la fatiga, y aplastados por una atmósfera de plomo y sol de fuego, en pleno rigor zenital.

Pero nada de esto podía detener a esa juventud creada en las comodidades de la vida civilizada, que salía de los claustros universitarios llevando consciente la misión de probar al mundo que no ha degenerado en el esfuerzo la robusta raza de 1810.

Después de algunas horas de combate incesante por ambas partes sostenido, en que los paraguayos disparaban cohetes a la congreve, comenzaron a escasear las municiones y el coronel Conesa dispuso iniciar las famosas cargas a la bayoneta que tanto han ilustrado su vida militar.

Nuestras bajas eran numerosas y por demás sensibles—entre ellos, herido, el joven comandante Carlos Keen—por cuya razón tomó el mando del batallón 5º su mayor Dardo Rocha.

El movimiento fue general y el ataque impetuoso, presentando el pecho franco contra el fuego aspillerado por el monte; más el enemigo no pudo resistir: abandonó el terreno velozmente y aunque perseguido como legua y cuarto por los nuestros, se mantuvo en buen orden hasta poder afianzar de nuevo su resistencia en la costa del arroyo PEHUAJÓ, favorecido por sus espesos bosques.

En este sitio recrudeció nuevamente la lucha; las cargas se llevaron a fondo, forzándolo al fin a declararse en derrota con dirección a los montes que cubren las costas del Paraná en los puntos denominados *Picada del Puerto* y *Paso de la Patria*.

Allí pudo terminar el combate; pero el empuje estaba dado y nuestros jóvenes guerreros no podían contenerse ni aún por la perspectiva de lo más sangriento que se presentaba, y se lanzaron enardecidos hacia los indicados puntos del río, llegando hasta bayonetear a los que estaban en las canoas y apoderarse de algunas de ellas. Pero el enemigo tenía sus fuerzas acampadas en una isla inmediata a medio tiro de cañón, y mandó 500 hombres de refresco protegidos por su batería desde el islote, que desembarcaron en la costa sirviendo de base a la reorganización de los vencidos. Entre tanto, la primera división, al mando del coronel Rivas, que se esperaba de reserva, no llegó a tiempo.

Como era de preveer, la última parte del combate no fue la menos difícil de la jornada, pues al cansancio natural se agregaba la espesura del bosque y la escabrosidad del terreno que dificulta el avance, desordena las filas, aleja la presencia de los oficiales y no permite escuchar las voces de mando de los jefes. Además, la falta de jefes y oficiales, de los que el 30 por ciento se hallaban tendidos en el campo, agravaba la azarosa situación, de modo que solo la unanimidad del valor individual pudo hacerla sostenible, peleando a veces cada uno por su cuenta. La caballería, compuesta de correntinos, echó pie a tierra y usó sus lanzas contra la infantería paraguaya.

A las seis y media de la tarde se reorganizó la división y emprendió la retirada hacia su campamento, llevando los principales muertos y todos sus heridos sin ser molestados por el enemigo.

Las bajas de nuestras filas fueron, cuatro jefes: heridos, Carlos Keen, Martínez de Hoz, mayor Bernabé Márquez y Juan Manuel Serrano, muerto; 5 oficiales muertos, 21 heridos y 6 contusos, entre ellos el coronel Conesa; 81 de tropa muertos, 237 heridos, 84 contusos.

Total fuera de combate 402. No pasando la división de 1200 hombres.

Las del enemigo se calcularon en 700 fuera de combate y aunque puede decirse que esto fue una simple escaramuza, con relación a las muchas batallas que se dieron después, el número de bajas revelará la calidad y ardor de los combatientes comparando con los partes de otros ejércitos que cuentan 100 a 200.000 soldados y en batallas que duran días apenas resultan algunos heridos.

Los nuestros tomaron dos oficiales y varios soldados prisioneros, que naturalmente fueron respetados en su vida, como se hizo siempre, pues el fusilar a hombres inermes es cosa bárbara, inhumana y cobarde, que no hacen las naciones civilizadas. Menelik, el Negus de Abisinia, ha devuelto vivos y sanos sus 1500 prisioneros a la Italia.

En Pehuajó se distinguieron todos los nombrados y además el cirujano doctor Manuel Biedma y muchos jefes y oficiales, algunos que vinieron al rumor del combate para tomar parte en la refriega, cuya nómina sería difícil y prolijo consignar.

Cuando el doctor Dardo Rocha, de quien el parte del general Conesa hace mención especial diciendo: "que supo siempre conducir sus soldados al combate con valor y aplomo", llegó a ocupar la gobernación de Buenos Aires, decidió conmemorar aquel glorioso suceso, fundando este pueblo con su nombre en el sitio denominado "Las Mellizas"; plausible y feliz idea que todos debemos aplaudir, aunque sin desconocer que nombre tan guaraní sugestiona a las gentes como si se tratara de alguna región remota del Chaco, y al nombrar *Pehuajó* exclaman siempre—*¡Qué lejos!*

Y sin embargo, la distancia desde la Capital Federal es menor que a Olavarría y menos que la mitad de Bahía Blanca.

En la *orden del día* del ejército comunicando el suceso, se consigna este párrafo:

"El general en jefe del ejército al saludar y felicitar a la 2ª división "Buenos Aires" recomienda a todos los que la componen, que "en los futuros combates sean menos pródigos de su ardor generoso "y de su valor fogoso, porque la verdadera gloria consiste en vencer "con el menor sacrificio posible".

Esta es una máxima aplicable a todos los actos de la vida: *Pas trop de zèle*, recomendaba siempre Richelieu a sus agentes diplomáticos y embajadores: *Pas trop de zèle!*

FUNDACION DEL PARTIDO

En cuanto a los antecedentes legales, podrá ser alguna vez conveniente conocerlos, aunque no sea más que para recordar los fastos de este partido.

La Ley de 16 de Agosto de 1871, dice: "Resérvanse de la venta "ordenada, lotes de 16 leguas cuadradas cada uno, con destino a la "fundación de pueblos y ejidos en los parajes que designe el P. E. y "que se regirán por una ley especial. El P. E. fijará oportunamente la "ubicación de estas reservas".

De acuerdo con esta ley el Ejecutivo resolvió, por decreto de 24 de Noviembre de 1871, (Gobernador Castro) reservar en el partido Nueve de Julio las 16 leguas que acuerda la citada ley.

Por decreto de 25 de Febrero de 1881 ordenó al Departamento de Ingenieros, dividir en lotes de 10 cuadradas de frente por igual de fondo, los terrenos reservados en el partido Nueve de Julio paraje de "Las Mellizas", para la formación de una colonia agrícola, y de acuerdo con una solicitud presentada por varios vecinos del partido.

"Las Mellizas" se denominaban esas dos grandes lagunas llamadas *Rocha* y *la Sal*, que están inmediatas al pueblo.

Por el artículo 2º se dispone que toda persona que desee obtener un lote a título oneroso, deberá solicitarlo dentro de 60 días, prometiendo destinarlo a la labranza.

El artículo 3º dice: Sesenta días después de haberle sido concedido, deberá el interesado levantar en el terreno una población, y cuatro meses después, justificar que una cuarta parte por lo menos del terreno concedido se encuentra cultivada.

Por el artículo 4º se nombra una comisión administrativa, compuesta de los señores Doll y Guerrico y otra inspectora o de control.

El art. 6º dice: "El adquirente de un lote no podrá transferir a persona alguna el terreno hasta después de cinco años de haberlo obtenido en propiedad".

El art. 7º: "Es nula toda enajenación que se haga, ya sea a título oneroso o gratuito, a una persona o sociedad que tenga más de cien cuadradas cuadradas, contiguas al lote que se le transfiere, debiendo revertir al dominio público el terreno que resulte vendido en esas condiciones".

El art. 8º: "Exceptúase de lo dispuesto en los artículos anteriores los casos de herencia o venta forzada".

En 1881 nombrose por decreto de 30 de Abril, al agrimensor Telémaco González para practicar la mensura y división en lotes, nombrándose al Juez de Paz y varios vecinos para que informen en cada caso sobre la fecha de población, extensión de cultivos, etc., con arreglo al artículo 3º del decreto de Febrero de 1881.

Diciembre 14 de 1882—Se nombra al agrimensor Palacios para que estudie los terrenos conocidos por "Las Mellizas" y proyecte la fundación de un pueblo sometiendo el plano al P. E.

Decreto de Julio 3 de 1883—Aprobando el plano para la parcelación de solares, quintas y chacras y nombrado al agrimensor José A. Palacios para su ejecución.

En la misma fecha, otro decreto acordando un año de plazo a los 26 pobladores que allí se nombran, fundando la colonia sobre la base de estos agraciados con chacras de 100 cuadradas, y concediendo solo de 50 cuadradas a los demás ocupantes existentes y *los que quieran poblar esos campos sujetándose a las condiciones establecidas en el mencionado decreto.*

Decreto de Octubre 17 de 1884—Nombra en comisión para la adjudicación de lotes, al comisario inspector de policía Paulino Amante y los vecinos Antonio Iturriza y Luis Portillo.

Por otro decreto de la misma fecha se comisiona al inspector Amante para que inspeccione la colonia y desaloje a todos aquellos ocupantes que lo fuesen con posterioridad al decreto de Julio 3 de 1883, y que no tuviesen el permiso de la comisión en documento por escrito, e impidiendo toda nueva ocupación sin ese requisito y dando cuenta inmediata al P. E.

La ley de 19 de Julio de 1887—Autoriza al P. E. para vender en remate público los terrenos de chacras pertenecientes al Estado, que se encuentren dentro de los ejidos de los pueblos mandados crear, o cuya creación se autorice en adelante, acordando plazos o afectándolos previamente. En cuanto a los solares y quintas serán vendidos por las comisiones municipales.

Decreto Octubre 18 de 1887—Declara cesante la comisión nombrada en Octubre 17 de 1884.

Decreto Agosto 16 de 1888—Disponiendo que por no haber libros de las concesiones acordadas y no existiendo constancia de las tierras del ejido de Pehuajó que hubieran salido del dominio del fisco y debiendo ser vendidas en remate público las que se hallaran actualmente libres, todos los pobladores ocupantes de quintas, chacras y solares, presentaran en la oficina de tierras públicas sus correspondientes comprobantes a efecto de conocerlas.

Este decreto era un golpe de gracia para más de quinientos o quizá seiscientos pobladores a quienes las comisiones nombradas no habían dado boletas, y los que las tenían no habían cumplido las condiciones exigidas, por lo cual les correspondía salir al remate. Era una verdadera catástrofe para esta localidad, por lo que llamó la atención del senador Rafael Hernández, vecino desde varios años, quien preparó un proyecto tendiente a evitar se hiciera en Pehuajó lo que se hizo en Bolívar y en Trenquélauquen: dejar el 95 % de los pobladores en la miseria. Consultando con el señor Gobernador Paz, ejercitando su amistad particular tanto como su influencia de senador en pro de los intereses de la localidad, obtuvo que el gobierno nombrase un comisionado prudente y honorable para tan delicada misión.—Con tales ideas se dictó el siguiente:

Decreto Setiembre 19 de 1888—Disponiendo que siendo condición indispensable para que pueda otorgarse la escritura de propiedad a "los ocupantes el que hayan dado cumplimiento a las obligaciones de "población y cultivo, comisionase al oficial mayor de Tierras públicas "para que trasladándose a Pehuajó, proceda a levantar un censo de las "tierras que estuviesen cultivadas con expresión de la clase de población y cultivo que tengan" y finalmente que "los agraciados del art. 1º de decreto de 3 de Julio del 83, que no hubieran satisfecho el precio de sus lotes, lo verificaran dentro de los 15 días, bajo apercibimiento de dejar sin efecto la concesión".

Como la pobreza era entonces tan general, este decreto en resumen equivalía a anular casi todas las concesiones — despojar a los pobladores del fruto de su trabajo al par que hacer ilusorias y frustradas las ricas esperanzas de su porvenir.

Solamente una elección feliz del comisionado podía amortiguar el mal y no pudiendo desempeñar el nombrado, se procuró reemplazarle con un joven de recto carácter y bondadoso corazón; el oficial 1º de obras públicas Adolfo Bayma; pero tampoco pudo ser, excusándose como se ve en la siguiente esquela:

Señor Hernández:

Me es sensible hacerle presente que no me es posible aceptar el nombramiento de que Vd. me habló para levantar el censo de Pehuajó, a causa de encontrarme enfermo. Al señor Ministro doctor Alzaga le hice presente también lo mismo, lo que le comunico para que Vd. haga las diligencias que tenga por conveniente a fin de encontrar otro que me reemplace.

*Salúdalo afectuosamente y le agradece la distinción S. S. S.
Adolfo Layma.*

Oficina, Octubre 6 de 1888.

En virtud de esto propuso en reemplazo a su colega profesional al agrimensor Philip, quien se trasladó a Pehuajó, pero tampoco pudo cumplir, pues al hacer el censo, resultaba que casi ninguno de los pobladores había cumplido completamente, porque era imposible materialmente cumplir, las condiciones de población y cultivo en la exten-

sión requerida—y los ocupantes se agruparon en son de protesta airada, forzándolo a Philip a retirarse con sus ayudantes.

La siguiente tarjeta explica hasta cierto punto el caso:

ADRIAN PHILIP

"Saluda al señor Hernández y le comunica haber llegado de Pehuajó, dejando pendiente el trabajo del censo por causas contrarias a mi voluntad que le comunicaré verbalmente en cuanto pueda pasar a verlo, y espero que las allanaremos".

Algunos días después dirigió la siguiente carta:

La Plata, Diciembre 23 de 1888.

Señor Senador Rafael Hernández.

Estimado Señor y amigo:

Como no pude encontrarlo para ampliar las noticias respecto a la suspensión del censo de Pehuajó y tengo que ausentarme, le diré: que hice cuanto me fue posible en el sentido que Vd. me había indicado para favorecer a los pobladores, tratándolos con liberalidad; pero tuvieron algunas exigencias que no podía satisfacer sin faltar al cumplimiento de mis deberes profesionales.

Antes de faltar a mis deberes y a pesar del empeño que tenía de cumplir con sus deseos, no pudiendo armonizarlo todo, prefiero perjudicarme y renunciar.

Agradeciéndole sus buenos oficios para obtener del Gobierno mi nombramiento, lo saluda su siempre amigo y S. S.

Adrian Philip.

Ninguna razón asistía realmente a los protestantes; pero reiterando instancias al gobernador Paz, siempre dispuesto a producir un bien y servir a sus paisanos, es deber confesar en obsequio a la verdad, que en esta circunstancia se mostró especialmente decidido en favor de nuestro vecindario, secundado dignamente por su ilustrado ministro el Dr. Gonnet, y al amparo de tan benévolas disposiciones se convino y fue forzoso aceptara Hernández, en compañía del honorable Nicolás Robbio, la comisión de adjudicar discrecionalmente los lotes a quienes ellos creyeran que habían cumplido conforme a los documentos que quedan relatados.

Si esta Comisión se hubiera ajustado estrictamente a ellos, ni diez pobladores hubieran salvado su concesión; pero en vista de que era imposible cultivar tanto terreno; que todos eran pobres, conquistadores del desierto; que carecían de elementos y hasta de mercado para sus productos, pues el tren solo llegaba al Nueve de Julio, procedieron con la más equitativa liberalidad y a todos los pobladores les dieron tierra en proporción a sus haberes y familia.

Tierra casi de balde, pues se le aplicó la Ley de Ejidos de 1870, que fijaba veinte pesos m/c. (ochenta centavos) por cada hectárea. Más costaba la escritura que la chacra.

Como un mes trabajó diariamente esta comisión sin más gastos que 1.000 pesos $\frac{m}{n}$ y afirmó los derechos de propiedad a más de 570 pobladores, pues *no dejó uno solo, por más pobre y desvalido que fuese*, sin ser dueño de un bien raíz muy razonable.

Como contraposición de esto, debemos citar lo que pasó en Trenquélauquen y en Bolívar.

Allí los derechos de pobladores entraron al martillo contra la especulación; las chacras se vendieron en remate público, en la época de inflación de valores, pagándose desde 30 hasta 56 pesos $\frac{m}{n}$ la hec-

tárea, y los desvalidos pobladores, que no podían pagar tales exorbitancias, tuvieron que abandonar o quemar sus casas, sementeras y arbolados.

En cuanto a Bolívar, la cuestión de la propiedad de las tierras es un problema hasta hoy de muy difícil resolución y que mantiene en la mayor incertidumbre a los pobladores, deteniendo el progreso de aquella rica comarca.

La comisión de Pehuajó elevó al gobierno un extenso informe, explicando la resolución en los casos dudosos, y como no se produjo ni una sola protesta, ni un reclamo justificado que no fuese bien atendido, el gobierno aprobó lo hecho y fue completada muy pronto la obra, nombrando, a propuesta del mismo Senador Hernández, al escribano Antonio Sebastián Rodríguez para hacer las escrituras.

La nota siguiente contiene datos interesantes:

Pehuajó, Mayo 30 de 1890.

Señor Rafael Hernández.

La Plata.

Mi distinguido señor y querido amigo:

Tengo el agrado de comunicarle que he terminado la escrituración de las chacras, quintas y solares del Ejido de este Pueblo.

La totalidad de instrumentos otorgados desde Setiembre de 1889, en cuya época se dictó el Decreto por el P. E., nombrándome para que procediera a la escrituración en un Registro especial que se creó con tal objeto, el cual queda clausurado en este mes de mayo, asciende a 570; suma que se descompone en:

300	escrituras de chacras
120	„ „ quintas
150	„ „ solares

A más, como también he llevado al mismo tiempo un Registro de Contratos Públicos con asiento en su Colonia "Nueva Plata", en el cual he hecho 254 entre Poderes, Ventas y demás actos jurídicos, puedo asegurarle que en nueve meses próximamente he hecho 824 escrituras.

Como a Vd. debo la atención de que el Excmo. Gobierno me haya honrado con tan delicado mandato, quiero que quede testimonio del hecho, que es la mejor prueba de gratitud.

He desempeñado mi cometido con el mayor celo que me ha sido posible, porque además de ser este el modo de ser de mis procederes, pienso que siempre hay que hacer quedar bien a los amigos, especialmente a los bienhechores como Vd.

El día 2 del mes de Junio próximo me embarco en el vapor "Cataluña". Tengo muchos deseos de visitar mi país natal, que como he manifestado a Vd. en otras ocasiones es la Provincia de Canarias. Sin perjuicio de escribirle cuando llegue, a mi regreso tendré el placer de saludarle para contarle las impresiones que me haya causado el viaje, que creo serán buenas.

Excuso decirle que estoy siempre a sus órdenes para lo que le plazca.

Probablemente antes de embarcarme pasaré a despedirme de Vd.

Aprovecho esta oportunidad para saludarle con mi consideración más distinguida.

Su amigo y S. S. S.

Antonio Sebastián Rodríguez.

Tales son los antecedentes y la base de prosperidad de este partido que gozó, cual ninguno en la Provincia, el beneficio de tener tierra barata y prontamente afianzada su propiedad. La doctrina del abarata-miento y seguridad de la tierra, debe tenerse presente siempre, porque ha sido la palanca poderosa del progreso que hoy admiramos.

Algunos meses después quedó sellada la iniciativa del progreso local, con la rápida ejecución de la línea férrea desde Nueve de Julio hasta Trenquélauquen, realizada a despecho de los fuertes trabajos que tenía preparados la Empresa del ferrocarril a *San Rafael*, que pretendía su concesión; y a no haberla vencido en la lucha, estaríamos todavía esperándola.

En esta obra, realizada por el Directorio del ferrocarril, actuaron eficaz y activamente, no exentos de compromisos y responsabilidades serias, el Presidente del Directorio D. Carlos Arias, y los consejeros Emilio Mitre y Vedia, Hernández, Sáenz Peña, Amadeo y los otros miembros. En una sesión se sancionó la obra; se pidieron por telégrafo los materiales de Europa, y se ordenó al personal dar comienzo a los terraplenes. Fue una verdadera embestida de progreso para esta región.

Para terminar, y como hombre del oficio que ha fundado dos colonias en Misiones, una en Entre Ríos y cinco en Buenos Aires (Bolívar, Tres Arroyos, Pringles, Coronel Suárez y Nueva Plata), no puedo disimular el error que se cometió en la ubicación de Pehuajó, eligiendo una zona que tiene más de dos tercios inútiles para la agricultura, con terrenos salitrosos y anegadizos, con lagunas hasta de 600 hectáreas en las que se cosecha sal, sin poderse utilizar ni para criaderos de ostras o pescados, y edificando el pueblo en la parte más honda de la región; al borde de lagunas en que no se puede ni lavar ropa; desprovistas hasta de vegetación acuática; que en tiempos de seca producirán emanaciones mal sanas, contra las cuales hay que adoptar permanentes precauciones.

A pocas cuadras de distancia, sin embargo, hacia el Sud-Este, había campos secos, elevados, utilizables en su totalidad para las sementeras y con aguas dulces de 1ª calidad. Como todo era territorio fiscal, no había más que elegir: pero en vez del criterio científico, se aplicó el criterio pampa.

La población, el arte y la vigilancia Municipal lograrán contrarrestar sus efectos.

SIGNIFICADO DEL NOMBRE

Ahora, en cuanto a la etimología de la palabra PEHUAJÓ en lengua guaraní, significa: ESTERO PROFUNDO—*Estero* se dice a un sitio cenagoso, de aguas perennes, estancadas, donde la vegetación y el lodo forman una masa blanda y pegajosa, que es imposible transitar. Los más famosos son: el de la Provincia de Santiago y el *Bellaco* en el Paraguay.

La anterior traducción se halla en el "Manual o vocabulario de la lengua Pampa y Guaraní, para uso de los oficiales del ejército", por el teniente coronel Federico Barbará, pág. 99, edic. Imp. y librería de Mayo, 1879.

El mismo dice que *Tenquéd-lafquen* significa laguna redonda o apozada, y es el verdadero nombre de nuestro lindero por el Oeste *Trenquélauquen*.

Consultado sobre este punto el doctor M. J. Mantilla, como conocedor de la lengua guaraní, por intermedio del poeta Victoriano E.

Montes, se expidió diciendo que, en Corrientes se escribe y pronuncia PEGUAHÓ, aunque los diccionarios guaraníes no la traen.

Descomponiendo la palabra se obtiene la interpretación:

"PE, chato, aplanado; GUA (sincopando HUGUA), fondo: HO, ida, "ir, pasar. Traducción literal fondo plano que se va (movedizo, instable).

"Los paisanos llaman *Gûaho* el terreno pantanoso de superficie "engañadora"—Esto es lo que nosotros decimos *tembladeral* y en Entre Ríos *guaico*.

El inspirado autor de "El Tambor de San Martín", tuvo la amabilidad de transmitirme aquellos datos, que concuerdan perfectamente con la explícita interpretación del teniente coronel Bárbara en el citado libro.

Tal es el paraje por donde corre el mencionado arroyo en Corrientes y por misteriosa combinación de circunstancias, no mal aplicado su nombre en Buenos Aires.

¡Fuerza del destino!

NOTA FINAL

Hemos terminado. Este trabajo carece de toda pretensión. Muchos errores habrá; pero la mayor parte provienen de escasas o contradictorias noticias adquiridas, que ni la brevedad del tiempo, en un trabajo hecho a ratos sustraídos a diversas ocupaciones, ni el destino a que se dirigen, permiten escrupulosamente investigar.

Suplicamos pues a las personas que posean alguna noticia, dato, documento, retrato, prenda o manuscrito perteneciente a cualquiera de los personajes rememorados—y particularmente a deudos o personas que los hayan conocido y quieran favorecer de cualquier modo este pobre pero bien intencionado bloque, nos los trasmitan para suministrarlos a quienes deseen escribir las biografías razonadas de nuestras inspirados poetas. Tanto de los citados, como de los que se haya omitido citar.

Así contribuirán a la formación del verdadero PARNASO ARGENTINO, obra que reclaman el patriotismo y la gloria nacional.

Este libro se terminó
de imprimir el día
25 de octubre de 1967
en los talleres de
"NUEVA GRAFICA"
calle Varela 866
Pehuajó (Bs. Aires).